

AUTOR MÁS VENDIDO DEL USA TODAY

AMANDA MARIEL



Encantada

por
el



Corde

Encantada por el Conde

Amanda Mariel

Traducido por Samantha Priego

“Encantada por el Conde”

Escrito por Amanda Mariel

Copyright © 2017 Amanda Mariel

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Samantha Priego

Diseño de portada © 2017 Melody Barber

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Encantada por el Conde](#)

[Capitulo 2](#)

[Capitulo 3](#)

[Capitulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capitulo 6](#)

[Capitulo 7](#)

[Capitulo 8](#)

[Capitulo 9](#)

[Capitulo 10](#)

[Capitulo 11](#)

[Capitulo 12](#)

[Capitulo 13](#)

[Capitulo 14](#)

[Capitulo 15](#)

[Prologo](#)

Capitulo 1

Dedicatoria

Para todos los que aun creemos en cuentos de hadas. Ojala que todos encontremos nuestro “Felices para siempre”.

Capítulo 1

Londres, 1813

El crujir de las ruedas de un carruaje llamaron la atención de Rose, apartándola del jardín donde, arrodillada sobre la banca, inspeccionaba los brillantes brotes que había estado cuidando toda la primavera. El elegante carruaje de Lady Julia Thorne se detuvo afuera de la cabaña que Rose compartía con su abuela. Con el pulso acelerado, Rose se levantó y se limpió las manos en su delantal, dejando manchas de tierra.

Un caballero alto de cabello negro y ojos del color del cielo de verano permaneció parado cerca de la puerta abierta del carruaje. Rose notó que se le había quedado viendo a las fuertes y marcadas líneas de la mandíbula del hombre mientras él le daba una mano a su clienta, Lady Julia, para ayudarla a bajar del carruaje.

Su pulso se aceleró aun más conforme sus visitantes se acercaban. Mantuvo su vista en el caballero (era el hombre más guapo que hubiera visto). Cuando él miró en su dirección, las mejillas de Rose ardieron de pena al ser descubierta mirando al hombre tan descaradamente. Lady Julia sonrió cuando Rose se les acercó.

—Señorita Woodcourt, he venido a seleccionar la tela para mi nuevo vestido. ¿Consiguió las muestras que le pedí?

—Ayer hable a la mercería de Cheapside, — contesto Rose con alegría. Siempre estaba feliz de ver a Lady Julia, quien se había convertido en algo más que una clienta para ella. —Por favor, pasen. —Liderando el camino de entrada a su casa, abrió la desgastada puerta.

Lady Julia paso enfrente de ella con un silbido de organdí verde. Su acompañante se detuvo en el viejo porche de tablas de madera.

—Si no le molesta, esperare aquí afuera, señorita. —Su despampanante sonrisa revelo un set de perfectos dientes blancos.

Rose lo miró fijamente, anonadada por sus hermosos gestos. La manija de la puerta se le resbalo de la mano, causando que la puerta de cerrara de golpe. Ella brinco del susto por el ruido, poniéndole los nervios de punta.

El caballero abrió de nuevo la puerta, sus ojos azules brillaban.

—Permítame, señorita.

Un calor se extendió por las mejillas de Rose al tiempo que dio un paso al frente. El sonrojó se estaba extendiendo hasta su cuello. Respirando hondo para recobrar su compostura, inhalo su embriagador aroma a tréboles y salvia.

— ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Rose Woodcourt. — Ella alcanzó a ver su mano y notó un anillo con un sello brillando en su dedo. Rápidamente, añadió —Mi señor.

Por supuesto que él era un Lord y ella una tonta por reaccionar de tal manera ante él. Eso le serviría para recordar su lugar en la sociedad. Los Lords no andan por ahí cortejando a señoritas comunes y corrientes. Ellos gastaban su tiempo con ellas hasta que se aburrían, haciéndolas a un lado cuando el amorío ya no les interesaba. La indignación de Rose removió recuerdos de la pobre Annie. Un conde libertino había desechado a su vieja amiga luego de que la dejara embarazada. Abandonada y asustada, Annie recurrió a Rose para que la ayudara. Pero pobrecita, no había nada que se pudiera hacer. Annie murió al dar a luz al hijo de ese odioso hombre.

—Encantado de conocerla, señorita Woodcourt. — Él le ofreció una sonrisa. —Me llamo Hunter Thorne, Conde de Aubry.

Rose se agachó un poco ofreciéndole una reverencia, sosteniendo su mirada. Aunque tratara tanto como le fuera posible, no podía dejar de verlo.

Una bola de nervios se asentó en su estomago cuando aceptó la mano que le ofrecía el Conde. Un momento después, ella retiró su mano.

—Discúlpeme, Lord Aubry, pero Lady Julia está esperando.

Al entrar a su área de trabajo, encontró a Lady Julia sentada en una silla de respaldo alto. El dulce aroma de pan recién hecho inundaba la cabaña y, acompañada de la taza de té que Lady Julia sostenía, Rose supo que su abuela se había asegurado que Lady Julia estuviera cómoda antes de regresar a la cocina.

—Por favor, disculpe mi desaliñado atuendo. Me temo que perdí la noción del tiempo.

—No tienes nada por que disculparte. ¿Procedemos?

Rose se acercó a sus estantes y sacó varios montones de tela.

—Sí, por supuesto. Aquí hay unas muestras para su consideración. — Colocó las telas en su mesa de trabajo. —El señor de la mercería me asegura que estas son las telas más nuevas disponibles. Algunas vienen directamente del Oriente.

Rose observó a Lady Julia levantar una muestra de organdí azul. *El mismo tono que los ojos de Lord Aubry.* Ambos compartían el mismo color de ojos y cabello, la misma sonrisa. ¿Acaso eran parientes? Rose se sacudió esos pensamientos que comenzaban a enganchar su corazón con esperanza.

Debía desterrar al Conde de su mente antes de que terminara como la pobre de Annie.

—Qué hermoso color, mi señora.

La voz de la abuela resonó al otro lado de la puerta de la cocina.

—Ya le dije que no debe perturbar a Rose. Señor Wolfe, usted no puede entrar ahí.

¡Santo cielo! Ese desdichado, Dewitt Wolfe, había venido para molestarla de nuevo. ¿Es que jamás la dejaría en paz?

—Por favor, discúlpeme un momento, Lady Julia. — Con el corazón latiéndole rápidamente, Rose se acercó a la cocina. ¿Por qué no la dejaba en paz? Ella había terminado el compromiso y dejado muy en claro su posición. Aun así, él se negaba a aceptar su decisión.

El señor Wolfe se detuvo a medio paso. La abuela casi chocó con su espalda.

—Ah, aquí estas, querida. —Su boca se torció en una sonrisa. —He venido a...

Frustrada más allá de lo normal, Rose se olvidó de que tenía compañía. Lo detuvo, hablando más fuerte y seca de lo que pretendía.

—Ya sé por qué está aquí. No necesita continuar. Ya le he dado mi respuesta. —Miró sus redondos ojos café, su estomago ardía. No me casare con usted, señor Wolfe.

Mostrándole una delgada sonrisa, Wolfe se le acercó, su aburrido cabello oscuro alborotado y sobresaliendo por debajo de su sombrero.

—Te casaras conmigo. — Metió una mano en su bolsillo y sacó un documento doblado. —Tenía la esperanza de que no negaras mi propuesta. —Le entregó el documento, su oscura mirada se mantuvo en la de ella. —Es la hipoteca sin pagar de esta humilde morada, mi querida. Si te niegas a casarte conmigo, venderé tu casa.

Rose tomó el documento, lo abrió, y escaneó el escrito. Su estomago dio un vuelco, y un nudo se formó en su garganta. Arrugó el documento en su puño antes de mirarlo a él.

—No puede hacer eso. Esto no es más que un truco. Papá pago la hipoteca hace muchos años.

—Si puedo, y lo hare.

Algo siniestro cruzó su mirada. Sus helados ojos mandaron un escalofrío a Rose.

—No permitas que este bruto forcé tu mano en matrimonio, Rose, — dijo la abuela secándose los ojos. —Todo estará bien. Incluso si perdemos la cabaña, encontraremos una manera de sobrevivir. — La abuela sacudió tanto la cabeza que algunos mechones de su cabello gris se soltaron de su peinado.

Oh, como deseaba Rose que eso fuera cierto. Pero la cabaña era todo lo que le quedaba de su infancia y de sus padres, después de que ese accidente con el carruaje les arrebatara la vida. ¿Cómo podía el señor Wolfe conseguir pruebas de una deuda que ya había sido pagada hace muchos años? Respiró hondo y cuadro sus hombros.

—Probare que esto es una farsa. Mi respuesta sigue siendo no. No me casare con usted. Por favor, déjenos en paz.

Cuando se dio la vuelta para alejarse, él atrapó su brazo, obligándola a voltearse y mirarlo a la cara.

—El documento es legal, — le dijo descaradamente. —Tu querido padre jamás termino de pagar su deuda. Yo soy el dueño de esta cabaña debido al incumplimiento de contrato. —Dio un paso más cerca de Rose. —Deberías agradecerme por salvarte de la prisión de deudores.

Ella se sacudió el agarre y se alejó de él. Mirándolo a los ojos, le dijo con todo el valor que pudo juntar.

—Señor Wolfe, permítame ser clara. Jamás me casare con usted. —Sin retirar su mirada, se enderezó y levanto su barbilla. Retírese de mi casa de inmediato, señor Wolfe. —Rose se quedo firme y lucho contra las lagrimas. Se negaba a permitir que el señor Wolfe viera que logro afectarla.

—Con gusto... tan pronto como aceptes ser mi esposa.

Lord Aubry apareció detrás de él.

—Estoy seguro de que la señorita Woodcourt le pidió que se retirara del lugar, señor.

Su voz abrazó a Rose como una cálida manta en una noche helada. Sus extremidades temblaron en respuesta, mientras ella se tragaba el nudo que se le formo en la garganta. No podía llorar enfrente de ellos. Moriría de vergüenza si así fuera.

Sin cambiar su cara de burla, el señor Wolfe soltó su respuesta.

— ¿Quién eres tú para darme ordenes? — El señor Wolfe se dio la vuelta y encaro a Lord Aubry. Inmediatamente, sus hombros se aflojaron mientras se inclinaba para hacer una reverencia. —Perdóneme, mi señor. Me temo que usted llego en un momento en el que se discutía un asunto privado y los

temperamentos están altos. —Se enderezo antes de mirar sobre su hombro a Rose, sus labios estaban presionados formando una línea recta.

Rose miró a Lord Aubry, quien permanecía parado ahí con una sonrisa, y luego miró de nuevo a Wolfe. Un frío temor recorrió sus venas. Wolfe no tomaría con amabilidad la interferencia de Lord Aubry.

El Conde dio un paso adelante, directamente enfrente de Wolfe. Sus hombros estaban firmes, su ceño estaba fruncido.

—Saldrá de este lugar en este instante.

Rose miró a los hombres, sus mejillas ardían. Aunque apreciaba mucha la ayuda, prefería mantener su lucha con este desagradable personaje en privado.

—Sí, mi señor. De inmediato. —Wolfe rodeo a Lord Aubry, pero no sin antes dedicarle una mirada fría a ella. Un momento después, se azotó la puerta, sacudiendo el suelo debajo de los pies de Rose. Dejo salir el aire que había estado conteniendo.

—Gracias, Lord Aubry. —Se inclino y le dedico una amplia reverencia. La gratitud la llenaba, pero su estomago estaba revuelto. Sabía que el señor Wolfe no se daría por vencido tan fácilmente, y lo más probable es que Lord Aubry no estuviera cerca la próxima vez que ella se encontrara con la necesidad de ser salvada.

* * * *

Rose se aferró a la prueba en su bolso mientras caminaba hacia la oficina de la policía. Anoche, había realizado una búsqueda frenética a través de los viejos registros de Papá. Pasaron las horas ordenando libros de contabilidad polvorientos, hasta que por fin encontró el trozo de pergamino que necesitaba. Rose sacó el recibo y lo miró. La forma en que el señor Wolfe logró falsificar documentos hipotecarios estaba más allá de su entendimiento. Bueno, muy pronto, ella probaría que el señor Wolfe era el fraude que sabía que era.

Un caballero que usaba un sombrero alto paso corriendo a su lado cuando estaba frente a la puerta de la policía. Se creó una brisa de aire con el movimiento y esto hizo que el recibo se escapara de su mano. El documento bailó en la brisa, flotando, luego cayó a la banqueta. Su pulso se aceleró mientras corría detrás del recibo. Justo antes de que pudiera tomar el recibo, otra brisa le arrebató el recibo. Cayó sobre la orilla de un charco de lodo en el

centro de la ajetreada calle. El pecho de Rose sufrió un vuelco de desesperación. Si el recibo se arruinaba, no tendría nada con que desacreditar al señor Wolfe.

Al inclinarse para tomar el pedacito de pergamino, el viento sopló *una vez más*. No le prestó atención a la gente moviendo a su alrededor mientras los evadía o se escurría en medio de ellos, desesperada por atrapar la prueba.

El recibo floto hasta aterrizar en el mismo charco del cual Rose intentó salvarlo. Su corazón se destrozó. Se estiro para levantarlo, sacudiéndolo con los dedos, pero antes de que pudiera alcanzarlo, un carruaje que paso a su lado. *No, no no. Esto no puede estar pasando*. Si perdía esa prueba, Rose sabía que podía perder la cabaña. Estiro la mano para tomar el recibo, pero el caballo le adelanto el paso. Rose saltó hacia atrás y observo, mientras los cascos del caballo pisoteaban su esperanza en el charco de lodo. Cayendo de rodillas, busco el recibo manchado, sin prestar atención a su vestido. *Por favor, que aun sea legible*. Se inclino lo más que pudo hasta que rescato el pedazo de pergamino del charco. Su corazón se hundió hasta su estomago. La tinta estaba embarrada e irreconocible. No era nada más que unas líneas embadurnadas. ¿Qué iba a hacer ahora?

— ¿Señorita Woodcourt? — Una voz barítono invadió sus pensamientos. Ella volteó su cabeza, su mirada se encontró con la de Lord Aubry.

Rose tomó la mano que le ofrecía, permitiendo que la levantara. Miró al pedazo de pergamino empapado en su mano.

—Lo perdí, lo perdí todo. — Su voz temblaba mientras levanto la mirada para ver de nuevo al caballero.

— ¿Qué es lo que perdió?

— ¡Esto! Mi prueba. — Frustrada, agito el húmedo pedazo de recibo en frente de él. Sus guantes blancos estaban manchados de lodo por haber rescatado el recibo del charco. Rose batalló por mantener la compostura.

—Me temo que no la entiendo, señorita Woodcourt. — La preocupación era visible en sus ojos azules.

Respirando hondo, ella se enderezo, determinada a mantenerse tranquila.

—Era un recibo probando que Papá de verdad pago la hipoteca que le debía al padre del señor Wolfe. Pretendía llevar esta prueba a la policía. Ahora, no tengo nada. — Rose lucho contra el pánico, su otra mano se cerró en un puño sobre su falda.

—Podría contratar a los corredores de Bow Street para investigar. — Lord Aubry examino su reacción, su mirada se suavizo.

Algo en la manera en que él la observaba provocó una calidez dentro de ella.

—Esa no es una opción. Debo irme, mi señor. —Se inclino haciendo una reverencia.

Él tomo su codo, enderezándola.

—Le suplico que me diga, ¿por qué no es una opción contratar a un corredor de Bow Street? —Rose no pudo ignorar las pequeñas mariposas que revoloteaban en su estomago cuando la tocó.

Ella miró sus ojos azules y se mordió el labio. ¿Cómo podría admitir que contratar a estas personas estaba más allá de su alcance monetario? Sin pruebas, no podrían arreglar tan fácilmente lo que estaba mal. Quizás Wolfe sería arrestado. No. Tendría que pagar unas monedas, y muchas de ellas, para una investigación. No tenía el dinero. No importaba cuanto tratara de contestarle, simplemente no podía. Se quedo muda, mirándolo.

— ¿Acaso me está ignorando? —La frustración cubría las palabras de Lord Aubry. La soltó.

Rose continuo mirándolo. *¿Acaso podría ayudarla?* Quería preguntarle, pero no se movió.

—Si me dice cual es el problema, quizás podría ayudarla. —Sus ojos estaban fijos en los de ella. Su voz era amable. Una sensación extraña se formo en su estomago.

Rose desvió la mirada, sin estar segura de si quería compartir sus problemas con él.

—Muy bien, —dijo él. —Guarde sus secretos por ahora, si así lo desea.

—No puedo costear una investigación en este momento, y no deseo su ayuda. —Sus mejillas ardieron ante esta confesión. —No podría aceptarla. — Su interior se sentía tan extraño. ¿Por qué la afectaba tanto?

—No tiene porque negarse. De hecho, yo insisto. —Sonrió y extendió su brazo. Su abrigo estaba colgado sobre su hombro.

—Eso es muy generoso, pero no puedo permitirlo. —Rose se obligó a sonreír.

Él sostuvo su mirada y lastima cruzo sus ojos.

Pero que humillante. Un sonrojo se extendió desde su pecho hasta su cuello. Lo último que quería era convertirse en un caso de caridad.

—Por lo menos, permítame llevarla a su casa, —se ofreció.

Ella sonrió tímidamente y se dio la vuelta, con la intensión de retirarse.

—Yo puedo llegar allá por mi cuenta. Gracias.

Tomándola del codo, le dio la vuelta para que lo mirara de nuevo.

—Tonterías. No hay necesidad de que rente un caballo cuando yo tengo un carruaje en perfecto estado aquí. —Señaló el impresionante carruaje que había llevado a Lady Julia a su cabaña el día anterior.

Rose se mordió el labio, pensando. Ambos compartían el mismo apellido pero, ¿cómo podrían estar relacionados? ¿Acaso serían primos o hermanos, de casualidad? Como fuera, Lady Julia le tenía cariño. Quizás no todos los Lords eran tan odiosos como el Conde con el que Annie había estado. Seguramente, no le pasaría nada si simplemente le permitiera llevarla a casa.

—Muy bien. —Soltó ella en un suspiro.

Un escalofrió recorrió su cuerpo cuando ella le puso la mano sobre su brazo. Estaba segura de que esta reacción no tenía nada que ver con el problema en el que se encontraba. *Cálmate, boba. Él es un Lord. Los Lords no cortejan a señoritas sin título.* Probablemente, si se repetía esto lo suficiente, lograría sacarlo de su mente.

Lord Aubry le hizo señas para retirar a su conductor. En su lugar, él abrió la puerta del carruaje y jaló un pequeño escalón para que ella lo usara. Sosteniéndola firmemente, él la ayudo a subir al carruaje pintado con laca negra. Su falda hizo ruido cuando se sentó en el acolchonado asiento de piel. Nunca había estado adentro de tan elegante carruaje.

La sonrisa ladeada que él le ofrecía hizo que su corazón diera un vuelco. Ella le devolvió la sonrisa antes de retirar su mirada. No era bueno que él se diera cuenta de cuánto la afectaba. Además, su pensamiento se nublaba cada vez que lo miraba. Necesitaba concentrarse en el problema con el señor Wolfe. Tenía que haber una manera de detenerlo, sin que ella terminara en un albergue. *Debe de haber una manera.*

Capítulo 2

Dewitt Wolfe se paseaba por su oficina sosteniendo aun la elegante invitación del Lord en su mano. ¿De dónde había salido ese hombre? Más importante aún, ¿por qué había insistido en interferir? Pensó que la presencia del Conde era un simple bache en el camino cuando intervino en casa de Rose. Ahora, Dewitt se dio cuenta de que el conde podría presentarle un problema más grande. Lo había tomado desprevenido cuando le ordeno retirarse de la casa de su prometida. Ahora, lo estaba citando para una junta. ¿Por qué?

Maldita sea. ¿Qué es lo que podría querer un Lord de su florecita sin título y sin dinero? El Conde no lo intimidaría de nuevo. Se hizo un juramento a sí mismo y planeaba honrar ese juramento. El estatus le importaba muy poco. Rose y él habían sido comprometidos desde que eran niños. Su pulso se aceleró con ese pensamiento.

El contrato del compromiso se había incendiado junto con su hogar. Todo fue consumido por las llamas, incluidos sus padres. Después del fuego, los acreedores vinieron, removiendo todo lo que le quedaba de valor, incluso los caballos fueron confiscados. Con el paso de los años, Dewitt trabajó duro, raspando, mintiendo, engañando, e incluso matando cuando era necesario para reconstruir su vida y asegurarse de que nunca jamás le quitaran algo de nuevo.

Cuando los padres de Rose murieron, ella olvidó convenientemente su arreglo (algo con lo que él no contaba). Su copia del compromiso se había desvanecido también. Dewitt mandó a registrar su cabaña unos meses antes mientras ella estaba de viaje con su insufrible abuela, visitando parientes en el país. No encontraron el documento por ninguna parte. Él esperaba poder usarlo para recordarle a ella lo que sus padres habían querido.

¿Acaso este Lord Aubry estaría al tanto del compromiso y del deseo de ella por escaparse de esto? Quizás Rose acudió a él para que la ayudara. Sacudió la cabeza. Un Lord no ayudaría a una señorita sin título, especialmente a una sin riquezas. A menos, que lo acompañara en la cama.

La sangre de Dewitt hirvió conforme una imagen de su Rose, desnuda y retorciéndose de pasión debajo de Lord Aubry, se extendía en su mente. Se sacudió dicha imagen. No, ella era demasiado propia como para dejarse engañar y convertirse en la amante de cualquier hombre. Algo más debía

estar pasando. Fuera lo que fuera, no permitiría que el conde interfiriera en sus planes con ella. Ella le pertenecía a él.

La intromisión de Lord Aubry no cambiaría nada. Él se casaría con Rose a la fuerza, si era necesario. Seguramente, la situación no llegaría a tal punto. Él era el dueño del hogar que ella adoraba y su deseo por aferrarse a la cabaña deberá ser suficiente para hacerla cambiar de opinión. Había gastado una pequeña fortuna para manufacturar los documentos de la hipoteca. Ahora que eran suyos, ella también lo sería.

Tomo sus guantes para cabalgar. Lord Aubry lo esperaba en el club de caballeros y no lo decepcionaría.

* * * *

Hunter levanto su vaso, tomando un pequeño sorbo. El líquido color ámbar ardió en su camino por la garganta de Hunter. El señor Wolfe debería hacer su aparición en cualquier momento. El hombre sería un tonto si ignorara su petición. Tamborileo sus dedos sobre la mesa mientras miraba a la puerta antes de tomar otro trago. Mirando alrededor de la habitación, noto que White's, el club donde se encontraba, estaba prácticamente vacío a esta hora tan temprana. Eso era bueno, dado que Hunter no deseaba tener una audiencia.

Colocó su vaso de nuevo en la mesa cuando Wolfe entró por la puerta, entregándole su sombrero y sus guantes al portero. Hunter notó la fina capa y los pantalones caros que Wolfe llevaba puestos. El hombre podría no pertenecer a la alta burguesía, pero claramente tenía los medios. La mirada de Hunter se encontró con la de Wolfe cuando un mesero lo llevo hasta su mesa.

Wolfe se sentó enfrente de él, una mano descansando en la suave superficie de la madera. Hunter alzó una ceja, tomando nota de la postura defensiva del hombre.

— ¿Le gustaría algo de beber?

La boca de Wolfe se transformo en una sonrisa amenazadora.

—Preferiría que fuéramos directo al punto. ¿Por qué me ha citado?

Así que, el hombre no estaba interesado en distracciones. Eso le parecía bien a Hunter, que tampoco tenía intenciones de llegar a ser conocidos. Tomó otro trago a su bebida y luego meneo el líquido ámbar en su vaso.

—Deseo realizarle una oferta por la cabaña de la señorita Woodcourt.

—La propiedad no está a la venta.

Una reacción peculiar, sin duda. ¿Por qué Wolfe había contestado tan rápido? Hunter niveló su mirada a la del hombre.

—Diga su precio. Soy un Lord muy adinerado. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

—Su riqueza no es algo que me interese. Como ya dije, la propiedad no está a la venta.

El frío tono de Wolfe provocó una pausa. El pozo en su estomago ardió. Una imagen de la señorita Woodcourt le llegó a la mente. Ella trataba de esconder su preocupación ayer, pero la tensión en sus hombros, junto con la manera en que desviaba su mirada, la delataba. Una necesidad primitiva de protegerla lo llenaba. *¿Por qué?*

—Le daré el doble de lo que vale la propiedad. Mucho más de lo que se le debe de hipoteca. —Hunter vació su vaso, sin retirar su mirada de Wolfe. Solo un hombre loco se negaría a tan generosa oferta, y Wolfe parecía muy listo como para estar loco.

Retrocediendo su silla, Wolfe se levantó.

—No hay cantidad que haga cambiar el hecho de que no venderé la propiedad. Buen día, mi señor. —Caminó hasta la puerta.

Hunter entrecerró sus ojos hacia el hombre que se retiraba. Inicialmente había pensado que la señorita Woodcourt había cometido un error. Quizás era un error de contaduría. Quería comprar la propiedad para devolverle la cabaña a ella. Ahora, no tenía duda de que Wolfe tramaba algo nefasto. En el momento en que se vio involucrado, se creó un compromiso por detener a Wolfe. Se retiró de White's de la misma manera en que Wolfe lo había hecho.

El camino de regreso a su casa le tomó menos de diez minutos. Hunter le entregó su capa y guantes al mayordomo, antes de indicarle que llamara a Lady Julia.

El recuerdo de la altercación de Rose con Wolfe lo hacía fruncir el ceño. La sirvienta de Julia normalmente la acompañaba en sus mandados. Él solo la había acompañado a la cabaña de la señorita Woodcourt por capricho. ¿Acaso ella hubiera estado en peligro si él no hubiera estado ahí? Wolfe claramente quería algo más que la cabaña. Un escalofrío lo recorrió de solo pensarlo. ¿Qué le habrá pasado a la señorita Woodcourt? Hunter se paseó por lo ancho de su oficina.

El sonido de una falda regresó sus pensamientos al presente, y se dio la vuelta, encarando la chimenea. Julia entró en la habitación hasta donde se

encontraba él, besándolo en la mejilla.

—Mi querido hermano, dime, ¿por qué me has llamado?

Él retrocedió un paso. Las preguntas inundaban la mirada de su hermana y él sonrió, tomando su mano cubierta por el guante. A los veintidós años, Julia era más joven que él por cuatro años, y Hunter siempre la había adulado.

—Luces encantadora como siempre, mi queridísima hermana. —Era un cumplido sincero. Ella vestía un vestido verde de seda, con un gorrito a juego que le recordaba al verde pasto. Largos guantes blancos cubrían sus manos y un delicado abanico verde colgaba de su muñeca. Hunter la soltó, tomándose su tiempo para contestarle.

—Eres muy amable. —Ella sacudió su cabeza mientras se retiraba el gorrito. —Y no contestaste mi pregunta.

—Sentémonos, por favor. —Se acercó a una silla de terciopelo azul.

Julia se sentó enfrente de él. De un solo movimiento, abrió su abanico de seda y encaje.

—Por favor, dime que es lo que tienes en mente. El suspenso esta matándome.

—Muy bien. Deseo saber la fecha de tu próxima cita con la señorita Woodcourt. — Había considerado sugerirle que hiciera que la señorita Woodcourt viniera a su casa para que le hiciera sus pruebas, pero sabía que “Joyas” (como él llamaba a su hermana desde que eran niños) haría demasiadas preguntas. Nunca soportaría permanecer ajena a sus secretos, pero no quería compartir sus sospechas con ella. No cuando todo lo que tenía solo era una corazonada. No pondría a su hermana menor en peligro.

Apunto su mirada hacía él y una esquina de su boca se levantó en media sonrisa.

— ¿Me mandaste a llamar solo para elogiar mi vestimenta? De verdad, Hunter, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—Solo contéstame, Joyas. — Tamborileo sus dedos en el reposabrazos de su silla.

—Si te lo digo, ¿me dirás de que se trata todo esto?

La pequeña diablilla se empeñaba a negociar con él. Lo había hecho desde que él tenía memoria, nunca cedía información sin antes intentar ganar algo beneficioso para ello. Algunas cosas nunca cambiaban.

—Solo contesta la pregunta.

—Oh, está bien. Pero entiende que no eres nada divertido. —Ella movió con exasperación su abanico. —Tengo una cita mañana.

—Te acompañare, — le dijo en un tono que denotaba que no era negociable. — ¿A qué hora debo de pedir el carruaje?

—Temprano estaría bien. Ahora, por favor dime de qué se trata todo esto. —Se inclinó hacia él, sus ojos bailaban con alegría. — ¿Te gusta la señorita Woodcourt, querido hermano?

Él se resistió a la absurda suposición.

—Tienes una imaginación muy activa.

La señorita Woodcourt si lo intrigaba, pero no le gustaba la joven. *¿O sí? No, no podía ser.* Incluso si estuviera buscando activamente por una esposa (cosa que no era cierta) ella era una pareja inadecuada. Cuando y si es que se casaba, debía ser con una mujer de buena calidad.

Julia suspiro.

—Es una lástima. Ella es una mujer encantadora.

La imagen de la señorita Woodcourt apareció en su mente. Con sus delicados rasgos y expresivos ojos verdes, no había manera de negar que fuera muy bonita. Pero él conocía a muchas chicas bonitas. Señoritas aristócratas y atractivas que encaban mucho mejor en el perfil que él debía desposar. No. Se compadecía de la situación de la señorita Woodcourt y pretendía ayudarla, nada más. Además, su misión era proteger a Joyas.

—Simplemente deseo escoltarte, eso es todo. Extraño pasar tiempo con mi hermanita.

—Aunque tus palabras son dulces, no las creo. —Ella sonrió. —Como sea, permitiré que me acompañes. Solo no te demores. Me iré sin ti si no estás listo a las diez de la mañana. —Joyas se levanto y se alisó la falda. — Me iré a casa ahora. —Camino hasta la puerta y se detuvo. Volteando a verlo, una sonrisa alegre curvo sus labios y dijo, —Hay personas mucho peores que la señorita Woodcourt.

Hunter abrió la boca para contestarle pero la cerró. Ella ya se había retirado antes de que él pudiera hablar.

Solo Joyas lo apoyaría a que se casara con una señorita común. Sacudió la cabeza. Todo Londres lo repulsaría por siempre.

¡Rayos! Joyas había jugado con su cabeza. Antes de que ella llegara, no había pensado en la señorita Woodcourt como una posible pareja. Sacudió la cabeza para disipar esa ridícula idea.

Hunter levantó la mirada cuando su mayordomo entró en la habitación.

—Lord Sinclair está aquí para visitarlo, mi señor.

El amigo de la infancia de Hunter, Garrett Tumbly, Vizconde Sinclair entró en la habitación.

—Llegas en un buen momento, Sinclair. Me encuentro en la necesidad de tus conocimientos. —Hunter se acercó a la mesa de bebidas y llenó dos vasos con whisky.

Sinclair se sentó en una silla de respaldo alto con las piernas extendidas. Tomó el vaso que Hunter le entregaba.

—Estoy feliz de poder ayudarte.

Si alguien podía ayudarlo a descubrir que es lo que pasaba entre Wolfe y Rose, sin duda ese era Sinclair. Ambos se volvieron muy unidos después de que se conocieron en Eton, (una escuela secundaria para varones) una amistad que solo se profundizaría durante sus días en la escuela de Oxford. Ahora, Hunter veía a Sinclair más como un hermano que un amigo.

Durante sus días escolares, pasaban su tiempo libre resolviendo misterios. Nada complejo, pero Sinclair había logrado descifrar una alta cantidad de misterios, incluyendo el caso del chaleco de Hunter desaparecido. Resultó que otro chico lo había robado con la esperanza de que castigaran a Hunter.

— ¿Planeas mantenerme en suspenso toda la tarde? — Sinclair tomó un trago de su bebida.

—Recordaba nuestros tiempos en Eton.

—Ah, sí. Levantamos un pequeño infierno en ese entonces.

—Puede que necesite hacerlo de nuevo.

Sinclair se inclinó hacia adelante.

— ¿En qué problema te metiste ahora?

Hunter vació su vaso.

— ¿Has escuchado hablar de un señor Dewitt Wolfe?

—El nombre no me suena familiar. ¿Debería ser así?

—No, pero la situación sería más fácil de explicar. Parece que el hombre tomó algo que no le pertenece.

Una sonrisa lenta se extendió por la cara de Sinclair.

—Debo admitir que estoy intrigado. Continúa. Dime todo lo que necesito saber.

Hunter se relajó en su silla. Sabía que Sinclair estaría interesado. Ahora, esperaba que su amigo pudiera darle algunas ideas. Un plan de acción era lo que necesitaba, alguna forma de proteger a la señorita Woodcourt de los planes de Wolfe. Le contó todo lo que sabía al respecto.

Cuando termino, se levanto para rellenar su vaso.

— ¿Cómo sabes que la muchacha no está mintiendo?

El enojo se extendió dentro de Hunter, calentando su piel.

—Yo estaba ahí. Vi la discusión con mis propios ojos. No hay nada de maldad en la señorita Woodcourt, —dijo mirando a Sinclair.

—Muy bien. ¿Cómo deseas proceder? —Sinclair se levanto, ignorando la explosión del temperamento de Hunter, y camino hasta la ventana. — Necesitas pruebas si deseas que se le acuse de un crimen y que ella pueda recuperar su propiedad.

Hunter tomo la botella de whisky. Como si no hubiera pensado él en eso ya. El problema no era *qué* es lo que necesitaba, sino *como* obtenerlo.

— ¿Tienes alguna idea sobre como adquirir dicha evidencia?

—Puede que tenga una idea. — Los ojos de Sinclair brillaron mientras levantaba su vaso vacio. —Pero primero necesito que rellenes mi vaso.

Hunter se rió.

—Planear con la mente despejada no funciona.

—Jamás. —Sinclair se sentó de nuevo y colocó su vaso en una mesa cercana. —Dijiste que ese hombre Wolfe es un empresario. Si pudiera apostar, yo diría que la prueba que buscas está en su oficina.

—Sí, mi contacto me informa que Wolfe tiene su oficina cerca del muelle, pero no puedo ir hasta allá y esperar a que me entregue la prueba.

Sinclair levanto su vaso de nuevo.

—No has bebido lo suficiente, de lo contrario, tú estarías diciendo esto.

— ¿Diciendo qué?

—Consigue la dirección. Mañana en la noche entraremos a su oficina. — Sinclair levantó su vaso como si hiciera un brindis.

Hunter sonrió, tomando su vaso también. Tomo un sorbo de su whisky, con el pulso acelerado de repente por la emoción.

Capítulo 3

La sangre de Rose se volvió hielo, congelándose en sus venas. Ella parpadeo varias veces cuando vio que el señor Wolfe se acercaba a su cabaña lentamente. ¿Por qué está aquí de nuevo? El miedo se extendió en ella con cada paso que él daba. Seguramente, había regresado para pedirle su mano una vez más. Jamás se casaría con él, bajo ninguna circunstancia.

—No luzcas tan desanimada, mi encantadora flor. —Una sonrisa lasciva se extendió en sus labios, cuando se detuvo enfrente de ella.

Ella presiono sus temblorosas manos debajo de los dobleces de su falda. No le convenía que él viera que ella estaba intimidada por su presencia.

—Tu elegante Conde trató de comprar la cabaña esta tarde, pero no temas. No se lo permití.

Aunque su corazón latía descontroladamente, ella mantuvo su mirada fija en los ojos del señor Wolfe. ¿*Elegante Conde*? Debía referirse a Lord Aubry, pero ¿por qué Lord Aubry querría su cabaña?

—Debiste venderla. Jamás me casare con usted. —No retiró su mirada de él, con las manos en la cadera.

Wolfe acaricio la mejilla de Rose con sus dedos.

—Nunca digas nunca, cariño.

Un escalofrió recorrió su espalda, y ella retrocedió un paso.

—Le ruego que mantenga sus manos bajo control, señor Wolfe.

Sus ojos se oscurecieron y frunció el ceño.

—Esa no es manera de hablarle a tu prometido. —Se inclino sobre ella. —Y no lo dudes, nos vamos a casar.

El pulso de Rose se aceleró. Esta no era una amenaza hecha en vano. Él ya había probado que tan lejos estaba dispuesto a llegar. Debía de existir una manera en que ella pudiera librarse del matrimonio. Cerró los puños a los costados de su cadera.

— ¿Cómo lo hizo?

La depravada sonrisa que él le ofreció hizo que le diera otro escalofrió. Dio un paso atrás y se enganchó el chal sobre el áspero revestimiento de madera de la cabaña.

— ¿Hice qué, mi amor? —Él dio un paso adelante, haciendo que ella se sintiera como un conejo atrapado en una jaula.

— ¿Cómo le hizo para que pareciera que mi hipoteca no está pagada?

Él se acercó demasiado a ella, colocando su mano en la pared, justo alado de su cabeza. El olor de su cuerpo sin lavar junto con el horrible olor de su boca flotó y le quemó la nariz a Rose.

—Yo no hice nada. Lo que está hecho, está hecho y así se quedara. Cuando nos casemos, te regresare la cabaña como un regalo de bodas.

Ella se dio la vuelta para alejarse de él y dio varios pasos sobre el pórtico.

—Puede vender mi hogar, no me importa. Tome todo lo que tengo, y aun así, usted no me tendrá a mí. Jamás seré su esposa.

—Ya veremos eso. —Sus palabras finales flotaron en el aire mientras él se alejaba del lugar.

Rose se recargó en la pared de la casa y se dejó caer, viéndolo galopar en su caballo. ¿Qué es lo que iba a hacer? No podía casarse con él. Un nudo se le formó en la garganta. ¿Cómo pudo su padre prometerla con un mal tan odioso?

Levanto un puño hasta su boca, luchando contra las lágrimas. Si se desesperaba, solo empeoraría las cosas. Tenía que existir alguna manera de detener esta locura. Cuadrándose, regreso a la cabaña, caminando hasta la cocina.

El dulce olor de tartas recién hechas la reconforto tanto como la imagen de la abuela inclinada sobre una bola de masa.

—Tus creaciones huelen de maravilla. —Forzó una pequeña sonrisa. No era buena idea contarle a la abuela sobre su enfrentamiento con Wolfe. Solo inquietaría a su querida abuela.

La falda de la abuela se movió debajo de su delantal mientras ella se acercaba cargando una tarta dorada y roja hasta la mesa.

—Son para los Devontons, pero hice una de más para nosotras. —Colocó el plato enfrente de Rose. — ¿Serías tan linda de entregarlas por mí? Estarán listas en cualquier momento.

Rose asintió con la cabeza. Tomo un bocado, pero su estomago aun estaba molesto y se negó a dejarla disfrutar del bocado. Sus entrañas se contrajeron para devolver lo que ella tenía en la boca.

— ¿Pasa algo? — La abuela estudio a Rose a través de sus cálidos ojos color avellana, sus lentes se deslizaban por el puente de su nariz.

Maldita sea su inhabilidad de esconder sus emociones frente a su abuela.

—No es nada, de verdad. Por favor, no te preocupes. —Estiro una mano para intentar con la tarta de nuevo. Pero que tonto de su parte pensar que

podría pasar tiempo en compañía de la abuela sin que ella se diera cuenta de sus sentimientos.

La abuela colocó una mano cálida y arrugada sobre la mano de Rose.

—No te presionare, pero no puedo evitar preocuparme. Vi al señor Wolfe retirarse de aquí. Yo te quiero mucho, y sé lo que te está haciendo ese hombre. —Le dio un ligero apretón de mano. —Si tan solo...

Rose soltó el bocado y lo dejó de nuevo en el plato.

—No te atormentes, abuela. No podemos cambiar el pasado, así como no podemos controlar el clima. —Se había dicho a sí misma esta frase por lo menos cientos de veces, pero encontraba muy poco alivio en sus palabras. Nada bueno se obtenía al concentrarse en el pasado, cuando el futuro era lo que necesitaba arreglarse.

La abuela regresó a la estufa.

—Todo se resolverá, de alguna u otra manera. Tiene que.

—Yo también creo eso, abuela. — Rose se apretó la punta de la nariz y miró por la ventana. ¿Qué otra opción le quedaba?

* * * *

Rose llamó a la puerta de los Devontons, empujando sus problemas al fondo de su mente. Más tarde tendría tiempo para considerar su situación. Por ahora, deseaba disfrutar de la compañía de viejos amigos. Los Devontons habían sido parte de su vida desde que ella tenía memoria. Eran amigos cercanos de su abuela, al igual que vecinos desde hace muchos años. Desde que se vieron confinados a su casa, la abuela se empeñó a cuidarlos. Rose aceptaba con alegría las tareas de llevarles comida y realizar mandados para ellos.

La puerta se abrió. El señor Devonton se hizo a un lado, una cálida sonrisa iluminó su desgastada cara. Se inclinó un poco, con una mano pegada a la pared.

—Adelante, querida.

Ella le devolvió la sonrisa, mientras levantaba su canasta.

—La abuela me envía para entregarles unas tartas de frutas.

—Pero que agradable sorpresa. —Su sonrisa se ensancho. —Adelante.

Rose se adentró en el pintoresco lugar, con la canasta balanceándose en su brazo. Ella asintió con la cabeza en dirección al señor Devonton.

Él cerró la puerta detrás de ella. Mientras se daba la vuelta, sus pies temblaron.

Ella lo atrapó antes de que cayera al suelo.

—Permítame.

Él le paso un brazo por los hombros mientras ella lo guiaba hacia el desgastado sillón donde la señora Devonton estaba sentada. Su salud decadente le rompía el corazón a Rose un poco más cada vez que los visitaba. No eran nada más que las carcasas de unas personas que alguna vez bailaron con ella en el jardín.

Un gruñido salió del señor Devonton, mientras lo ayudaba a sentarse en el sillón. La señora Devonton le ofreció una cálida sonrisa.

—Tu abuela es la mejor pastelera de Londres. Siempre es una grata sorpresa cuando nos envía un poco de sus creaciones.

—Me asegure de decirle eso a mi abuela. — Rose comenzó a desempacar su canasta sobre una charola. Algunos de sus mejores recuerdos involucraban a esta pareja de ancianos. Ella solía pasar horas aquí mientras la abuela los visitaba. Ella ayuda a la abuela y a la señora Devonton con trabajo del hogar o confeccionando. Después de eso, el señor Devonton la entretenía con cuentos de hadas.

—Si yo fuera joven y fuerte, me escabulliría y me serviría yo mismo. — El señor Devonton se rió entre dientes. —Siéntate y visítanos, para variar.

—Me encantaría. Pero primero, permítanme colocar estos en la cocina. — Rose levanto la charola y se acerco a un gabinete.

—Eres muy dulce, querida. —La señora Devonton se empujo para levantarse. —Permíteme ayudarte.

—Eso no es necesario. Solo me tomara un minuto. —Rose chocó con una mesa mientras se daba la vuelta para regresar a su tarea, tirando la charola al suelo.

—Santo cielo. Por favor, siéntense mientras limpio este desastre. —Se detuvo para levantar la charola antes de apilar las tartas de nuevo en la fría superficie. —Mis disculpas. Se me cayeron y todas se arruinaron.

—No te preocupes, querida. Nada está arruinado. —La voz del señor Devonton llenó el espacio. —Aun se pueden comer. Solo apílalas en la charola. Un poco de polvo nunca le hizo daño a nadie.

Un escalofrió de sorpresa recorrió a rose. Jamás hubiera considerado consumir comida que ha caído al suelo. Como fuera, ella hizo lo que le dijeron, apilando las tartas de nuevo en la charola.

— ¿Te gustaría una taza de té? — La señora Devonton le preguntó a Rose cuando se levantó. — Puedo preparar un poco mientras tú levantas las tartas.

— No hay necesidad. Ya termine. — Colocó la charola en el gabinete. Dándose la vuelta hacia la pareja, ella se desabrochó su capa roja y la colgó en el gancho cerca de la puerta.

Su reciente encuentro con Wolfe regresó a su mente mientras preparaba el té. “*Y no lo dudes, nos vamos a casar.*” Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Moriría antes que aceptar casarse con ese vil hombre.

— Pareces distraída, querida. ¿Te estamos distrayendo de algo? — El señor Devonton intercambia una mirada con su esposa.

— No les voy a negar que estoy un poco distraída. Pero no es algo importante que demande mi atención.

Nunca había dicho una mentira tan grande. Necesitaba regresar a casa para que pudiera encontrar alguna manera de alejar a Wolfe.

— Por favor, no sientas que debes hacernos compañía. Entendemos que tienes otras ocupaciones. — La señora Devonton sonrió pero sus ojos grises lucían tristes.

— Tonterías. Ustedes no son una responsabilidad para mí. Yo los considero mi familia, y disfruto de nuestras visitas. No hay necesidad de retirarme tan pronto.

Fue sincera en sus palabras, pero aun así, Rose no se sentía como una buena compañía. Su estomago estaba tenso. Quizás el señor Devonton tendría una solución.

Lo miró sentado cerca de su esposa, con la espalda ligeramente jorobada. No. No los preocuparía.

Rose cerró sus ojos por un momento, alejando los pensamientos de Dewitt Wolfe, antes de llevar la bandeja con el té a la sala.

Después de disfrutar su bebida, se colocó su capa, tomó su canasta y se retiró. Logró olvidarse de sus problemas por un pequeño rato, pero había llegado el momento de regresar a casa. Tenía que regresar a la realidad, de regreso a las amenazas de Wolfe.

Si tan solo pudiera probar el crimen que estaba cometiendo. Pateo una piedra cuando llegó al camino de entrada a su cabaña. Él había realizado alguna fechoría para adueñarse de su propiedad, no tenía duda de esto. Seguramente, sus acciones debían ser criminales. Si pudiera encontrar alguna prueba, tal vez él podría terminar en la prisión Newgate.

Recordó la historia de un ladrón de joyas que alguna vez le contó el señor Devonton. Si tan solo... sacudió la cabeza, alejando ese pensamiento tonto. Las jovencitas no se enfocaban en tan indecorosos pensamientos.

Capítulo 4

Aunque se esforzara, Rose no podía recordar ninguna pista que le sirviera durante sus interacciones con el señor Wolfe. Necesitaba la ayuda de alguien profesional, pero las autoridades jamás le prestarían atención basados únicamente en la falta de evidencias y dinero. El alguacil pensaría que estaba loca si presentaba su caso. Las palabras del señor Devonton resonaban en el fondo de su cabeza. *Me escabulliría y me serviría yo mismo.*

Quizás, después de todo, no era tan tonto comportarse indecorosamente en la propiedad del señor Wolfe. Si se disfrazara de hombre, podría adentrarse en la oficina de Wolfe. Quizás sea productivo hacerlo. Podría encontrar evidencia de sus fechorías, algo tangible que pudiera llevarle al alguacil. Pero, ¿y si la atrapaban?

Entrecerró los ojos cuando salió al jardín, el bosque ya no la cubría de los rayos del sol. Una vez que sus ojos se ajustaron a la brillante luz, miró alrededor, mirando el paisaje.

Un nudo se formó en su garganta cuando su mirada se concentró en la cabaña que ella había llamado hogar durante tanto tiempo; la fachada de piedra, el pórtico, el exuberante jardín de flores. Estaba encariñada con todo. Se envolvió con la capa bajo la ligera brisa de la mañana. ¿Cómo podría permitir que le quitaran su hogar? *Tenía que salvar su cabaña, de alguna manera.*

El carruaje de Lord Aubry se hizo visible, estacionándose enfrente de la casa. Rose se detuvo. Su pulso se aceleró. *Tu elegante Conde intentó comprar la cabaña.* Se pasó la lengua por los labios secos. ¿Qué es lo que él podría querer con su hogar? Más importante aún, ¿por qué demonios estaba él aquí?

Camino hacia la cabaña, su respiración se agitó. Abriendo la puerta, ignoró los rechinos de la vieja madera al quejarse. Una parte de ella quería sonreír ante su llegada, pero la mayor parte de ella quería estrangular a Lord Aubry.

Después de colocar su canasta en la banqueta y colgar su capa cerca de la puerta, se dirigió al cuarto de dibujo. Contuvo su respiración por un segundo cuando alcanzó a ver las largas piernas de sus pantalones cuando se estiraban enfrente de él, mientras platicaba amablemente con la abuela. Su vista viajó

desde su angosto abdomen hasta su amplio pecho, como si estuviera atraída por un imán. Cuando se detuvo en su hermosa cara aristócrata, el calor se apoderó de sus mejillas.

Lo estaba haciendo de nuevo; se lo estaba comiendo con la mirada. Debía encararlo respecto a que intentara comprar su cabaña, su hogar, sin su consentimiento; no debía de estar desvaneciéndose por su físico o por su cara demasiado hermosa.

El calor de la atracción se extendió por sus venas, forzando un sonrojamiento hasta sus orejas. Rose retiró su mirada del hombre y concentró su atención en su abuela.

—Los Devonton te envían saludos.

La abuela dio un sorbo de su té con un movimiento de cabeza, sus ojos fijos en los de Rose. Colocó su taza a un lado, y le dio golpecitos a la silla a su lado.

—Ven. Siéntate con nosotros. —Una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

Los ojos azules de Lord Aubry se encontraron con los de Rose, agitando su cuerpo. Piedad. ¿Cómo le hacía para perturbarla con una simple mirada? Cuando él le sonrió, sus rodillas se volvieron débiles. Jamás había visto una sonrisa tan perfecta. Su cara entera se iluminaba. El enojo que sentía hace solo unos momentos, se alejó junto con su razonamiento.

Rompiendo la conexión, camino hasta una silla de respaldo alto y se sentó, cruzando las manos sobre su regazo. La curiosidad de despliego en ella y permitió que el enojo la consumiera. No le permitiría que le robara su hogar de la misma manera en que no se lo permitía a Wolfe. No podía permitir que su hermosa cara la engañara. Enderezando su espalda, ella lo miró a los ojos.

—Disculpe mi franqueza, mi señor, pero ¿por qué se encuentra aquí?

—Rose. —La abuela la miró consternada. —No debes de ser tan directa. Es vulgar. —Miró a Lord Aubry. —Por favor, disculpe las acciones de mi nieta. Me temo que últimamente no es ella misma.

Las mejillas de Rose ardían, pero no permitió que la vergüenza la controlara. Quizás era impropia, pero también era necesario. Su hogar estaba en riesgo. Si la abuela no estuviera privada de sus razones para ignorar las reglas de la sociedad, no la hubiera regañado. De hecho, con gusto, la abuela hubiera hecho la pregunta.

—No hay problema, se lo aseguro, señora Oaklawn. No es ofensa alguna. —dirigió su atención a Rose. —Deseo proporcionarles mi ayuda.

—No necesitamos ayuda. —Las palabras salieron con fuerza de su boca, a pesar de sus nervios. *Esa era una mentira tranquila. ¿De dónde aprendió tal habilidad?*

—Señorita Woodcourt, yo estuve aquí cuando el señor Wolfe irrumpió en su hogar, después, también estuve presente afuera de la oficina de la policía. —Junto las piernas y se inclinó hacia adelante. —Por lo menos, por favor, ilumíneme con lo que está pasando.

Su corazón latió con fuerza dentro de su corsé mientras evadía su mirada. ¿Debía contarle la verdad? ¿Debía contarle sobre los intentos de Wolfe de forzar su mano en matrimonio? Quizás, de verdad deseaba ayudarla.

Se encontró con su mirada de nuevo. No. No lo haría. No *podía* confiarle nada. Había mucho en riesgo como para que ella confiara en un hombre que no conocía. Quizás, con el tiempo, podría llegar a confiar en él, pero ese tiempo no era ahora. No hasta que estuviera segura de que él digno de su confianza.

—Nuestra situación no es de su incumbencia, mi señor. —Lo miró retándolo.

Él tamborileo sus dedos sobre el brazo de la silla, su mirada estudiaba su cara. La sinceridad en los ojos de él fracturaron sus defensas. Las mariposas revolotearon en su estomago bajo su atención. Que el cielo la ayudara. Esa mirada podría calentar el Río Támesis en pleno invierno.

Por un corto momento, ella pudo verlo como un aliado. Presiono juntos sus labios. No, debía esperar hasta que él probara que era digno de confianza.

—Muy bien, señorita Woodcourt. Respeto su determinación en mantener su situación privada. —Le hizo una pequeña reverencia con la cabeza a la abuela. —Si llegan a encontrarse en algún apuro, no duden en contactarme.

La abuela asintió con la cabeza, pero permaneció en silencio. Rose se tragó el nudo en su garganta. Quizás la abuela también pensaba que era mejor no compartir nada. Era más probable que sintiera que no estaba en posición de divulgar los secretos de Rose. De cualquier forma, ella estaba agradecida con el silencio de la abuela.

Un pensamiento golpeo de repente a Rose, conforme veía a Lord Aubry levantarse. Su pulso se aceleró, aun necesitaba respuestas. Su conversación la había desviado de su propósito, pero aún necesitaba averiguar por qué él había intentado comprar su hogar. Se levantó, colocándose cautelosamente enfrente de él.

— ¿Puedo acompañarlo a la puerta, Lord Aubry? — Lo dirigió hasta la entrada de la casa.

Fuera del alcance de los oídos de la abuela, Rose se detuvo y miró a Lord Aubry. Sus entrañas punzaban con una necesidad que ella no podría identificar. Retiró la mirada y recobro la compostura antes de mirarlo de nuevo. Cuando abrió la boca para hablar, nada salió de esta. Su boca se había secado como si la hubieran rellenado con algodón.

Él se dio la vuelta y tomó su sombrero y guantes.

—Buen día, señorita Woodcourt.

No podía permitirle retirarse antes de obtener una respuesta de él. Sin tiempo para pensar en la forma en la que se le acercaría, se estiró y tomó su mano. El calor que sintió en ese agarre envió un hormigueo por su brazo, causando que retirara la mano casi inmediatamente.

— ¿Por qué intento comprar mi cabaña? — Quería mirar a otro lado porque sus mejillas de nuevo estaban rojas, pero se forzó a mantener la mirada de él.

Lord Aubry le sonrió cálidamente a Rose.

—Como dije antes, deseo ayudarla. —Abrió la puerta. —Estaré disponible cuando esté lista para pedir mi ayuda.

Antes de que pudiera desenredar sus pensamientos, él salió por la puerta y la cerro detrás de sí.

Maldición. Se recargo en la dura pared de roble, con las palmas de la mano presionadas contra la pared. Afuera, Lord Aubry desapareció en su carruaje negro. Sus palabras resonaban en su mente. *Ayuda*. Su corazón dio un vuelco. Dudaba que él estuviera tan dispuesto a ayudar si descubría toda la verdad.

—Debiste contarse sobre las amenazas de Wolfe. —La voz de la abuela rompió sus pensamientos, al mismo tiempo que colocaba una mano en el hombro de Rose.

Rose se sobresaltó con la inesperada crítica de la abuela.

—Él es un Lord, abuela. Esta comprometido a respetar las leyes de Inglaterra. —Inclino su cabeza para mirar a la abuela a los ojos, al fondo, se escuchaba al carruaje alejándose. —Si le digo, puede que haga que los documentos de Wolfe sean validos.

—Él es un hombre que desea ayudar. Puede que sea lo suficientemente poderoso como para detener las fechorías de Wolfe.

—Puede que eso sea verdad, pero con la misma facilidad, podría añadir más problemas a la pila que ya tenemos. —Rose caminó hasta las escaleras. —Es un riesgo muy grande.

—No hay recompensas en la vida si no tomamos riesgos. — Insistió la abuela, siguiéndola. —Así como estoy segura de que el sol sale cada mañana, Wolfe ganará si no tomas algunos riesgos detener su avance.

Las palabras detuvieron a Rose a medio paso. Si compartía sus secretos, Lord Aubry podría probar ser de confianza. Pero, si continuaba escondiéndolos, jamás lo sabría. Se trago el nudo que se le estaba formando en la garganta. Si Lord Aubry se ponía en su contra, podría perder más que solo su corazón.

Rose miró sobre su hombro.

—Confiar en Lord Aubry no es un riesgo que esté dispuesta a correr, abuela. —subió las escaleras con un riesgo diferente en la cabeza. Esta noche, cosería pantalones para cabalgar. Mañana, después de la prueba de Lady Julia, pondría su plan en acción. Solo rezaba para que funcionara.

Capítulo 5

Dewitt Wolfe se inclinó sobre la ventana de su carruaje y movió la cortina solo lo suficiente para asomarse. Había realizado una investigación y descubrió muchas cosas sobre el Conde. —Hunter Thorne, Conde de Aubry. —El nombre le amargaba la lengua. Era un hombre muy tonto por acercarse a Rose.

Su pulso se aceleró cuando visualizó al Conde. Se asomó por la pequeña ranura donde alzó la cortina, estudiando a Aubry mientras se bajaba los escalones de su pórtico y desaparecía dentro de su carruaje. Aubry jamás tendría a Rose. Dewitt lo detendría. De eso, estaba muy seguro. En el pasado, había removido obstáculos mucho mayores para lograr sus metas.

Cuando el carruaje comenzó a moverse, Dewitt se recargó en su asiento, le había dado instrucciones a su chofer de seguir a Aubry. Ahora, solo le quedaba esperar a que el destino fuera revelado.

Se cubrió la boca para reprimir un bostezo. La noche había sido larga. Siguió a Aubry al salir de la casa de Rose ayer, después de decidir que no le dispararía mientras salía de la cabaña. Después de todo, no deseaba encontrar su cuello rodeado por una soga; *no* después de haberse salido con la suya en tantas otras maldades. En lugar de eso, había seguido al tonto a su casa, luego esperó toda la noche a que saliera de nuevo. Por fin, su paciencia estaba siendo recompensada.

Otro vistazo por la ventana reveló que el carruaje de Aubry estaba cruzando la calle Piccadilly. Frunció el entrecejo. ¿Acaso el Conde le haría otra visita a Rose? ¿Retaría al hombre a un duelo y le pondría un rápido fin a todo su entremetimiento! *No*. No sabía nada sobre las habilidades de duelo del hombre en el campo de honor. Sería tonto retar a Aubry sin este conocimiento.

Su carruaje se detuvo y Dewitt se asomó por la ventana de nuevo. No habían avanzado lo suficiente como para llegar a la casa de Rose. Su cabaña estaba en las afueras de Londres.

El carruaje de Aubry se detuvo enfrente de una casa adosada. Una mujer estaba parada en la parte de arriba de unas escaleras de un pórtico, pero Dewitt no podía distinguir sus rasgos a esta distancia. Cuando ella bajo los

escalones, el Conde tomó su mano antes de que desaparecieran ambos dentro del carruaje.

Su hermana. Tiene que ser.

Dewitt soltó la cortina al mismo tiempo que se recargaba en su acojinado asiento, de nuevo. Sus contactos le habían dicho que Aubry tenía una hermana menor que era muy parecida a él. También le habían informado que ella vivía en Piccadilly con su esposo. No había alcanzado a ver los rasgos de ella, pero si estaban en la ubicación correcta.

¿Podría ser ella la clave para arruinar a Aubry? Dewitt no asesinaría a la joven, pero quizás probaría serle de beneficio de alguna otra manera. Una sonrisa perversa se formó en su boca mientras consideraba todas las formas en que podía usarla. Podía divertirse de muchas maneras con ellas, pero de tener la oportunidad, prefería tratar con el Conde directamente. Era un riesgo mucho menor. Ella tenía un esposo al cual considerar también. Un hombre del cual Dewitt no tenía conocimiento alguno. Golpeó un costado del carruaje con su bastón.

— ¿Señor? —pregunto el conductor.

—No los sigas tan de cerca. No quiero que su señoría empiece a sospechar. —Dewitt se acomodó en su asiento mientras su conductor puso en movimiento el carruaje, de nuevo.

Poco tiempo después, se detuvieron, de nuevo. Dewitt se asomó por la ventana. A lo lejos, el carruaje de Aubry había dado la vuelta hacia la cabaña de Rose. Una rabia se formaba dentro de él. Apretó su puño sobre su bastón.

El conductor de Dewitt estacionó el carruaje a una distancia considerable de casa de Rose. Las dos horas siguientes avanzaron a un ritmo muy lento. Aubry permanecía en casa de Rose. Incapaz de quedarse sentado, Dewitt salió del carruaje. Tenía que saber que era lo que Aubry estaba haciendo con su preciosa flor.

El césped se quebraba bajo sus botas. Conforme caminaba hacia la cabaña. No le serviría de nada que lo vieran. Respirando hondo, camino con cuidado hacia la pared externa más cercana a la calle. La ira le quemaba la mente con la idea de marchar hasta la puerta y demandar que lo dejaran entrar. Sin embargo, si cedía ante sus impulsos, jamás descubriría que es lo que pasaba adentro. Dewitt se sacudió la idea y se colocó directamente debajo de la ventana de la sala. Se asomó ligeramente por esta.

Una sala vacía fue lo que encontró.

Se movió por el costado de la cabaña a la siguiente ventana. Sus ojos se ensancharon. Rose estaba parada muy cerca del Conde. Parecían estar conversando. La manera en que ella le sonreía al otro hombre hacía que su estomago se revolviera. Sus sonrisas le pertenecían a él y solo a él. Aubry colocó una mano sobre el brazo de Rose, y el cuerpo de Dewitt tembló de rabia. ¿Cómo se atrevía el hombre a tomarse tanta libertad con su prometida? No lo permitiría.

Había llegado la hora de ponerse en acción.

* * * *

Tan pronto como Lord Aubry colocó su mano en su brazo, el cuerpo de Rose se calentó ante la sensación. Ella se quedó completamente quieta ante su propia reacción. ¡Como se atrevía a ponerle una mano encima! Y como se atrevía su cuerpo a disfrutar de su toque. *Necesitaba controlar sus reacciones ante él.*

—Por favor, retire su mano en este instante, —dijo ella apartándose.

Él la soltó y se rasco la barbilla con la mano.

—Le ruego que me diga, ¿por qué se niega a aceptar mi ayuda?

—Ya se lo dije. —Retrocedió un paso más. Quizás un poco de distancia la ayudaría a recobrar la compostura. —No requiero de su ayuda.

—Por lo que he visto, estoy muy seguro de que si la necesita.

Convéncame de que no es cierto. Dígame cual es el problema con Wolfe.

— ¡Silencio! Lady Julia regresara en cualquier momento. Mi abuela podría entrar en cualquier momento también. —Se sentó en una silla forrada con brocado. —Por favor, siéntese y olvidemos todo este asunto.

Rose había dejado a Lady Julia en el cuarto de trabajo después de que había terminado de medirle su vestido nuevo. La abuela la estaba ayudando a arreglarse. Sería un enorme escándalo para ambos si los encontraban actuando tan cómodos uno con el otro.

Suspirando, él se sentó en el asiento enfrente de ella.

—de acuerdo, si insiste.

—Así es. —Ella lo miró a los ojos, ofreciéndole una sonrisa débil.

Se miraron fijamente durante un largo rato. Su pulso se aceleró como loco conforme su compostura amenazaba con colapsarse. Santo cielo, pero el hombre causaba estragos en su sistema interno.

Lady Julia entró en la habitación, reclamando su atención. Lucía etérea, envuelta en un vestido blanco de muselina que Rose le había confeccionado en su pedido anterior.

Rose se levantó mientras Lady Julia avanzaba por la habitación. Esperaba terminaran pronto para que ellos se retiraran. Entre más pronto se fueran, más pronto podría concentrarse en los preparativos de la noche.

* * * *

Rose lo había planeado cuidadosamente. Había trabajado bajo la luz de la vela casi toda la noche anterior, alterando unas prendas de su padre para que se ajustaran a su cuerpo. Después de vestirse, se ensucio la cara con un poco de carbón y se recogió el cabello dentro de uno de los viejos sombreros de su padre.

Contaba con la cobertura de la noche para que la ayudara a pasar desapercibida. Su corazón latía rápidamente y sus manos temblaban mientras caminaba por la oscura calle. La oficina de Wolfe estaba justo a la vuelta de la esquina, si no recordaba mal.

Cuando era una niña, Padre a veces la traía consigo cuando iba a hacer negocios con el padre de Wolfe. Incluso desde entonces, encontraba a Dewitt Wolfe repugnante, aunque se hubiera casado con él a pesar de sus sentimientos solo para honrar el arreglo que Padre había hecho para ella.

No fue hasta años después, luego de que el padre de Wolfe falleciera, que se volvió renuente a la idea. Algo en él cambió después de su pérdida. Se volvió frío, incluso aterrador. Cada vez que ella se acercaba a él después de la tragedia, la llenaba de malos presentimientos. Ella se volvió determinada en romper el compromiso.

Después de doblar en la esquina, se detuvo para recargarse en el edificio. Sus pies le dolían de tanto caminar y sus nervios estaban agotados. Por lo menos, ya casi llegaba.

Unas voces resonaron cerca. El corazón de Rose dio un vuelco y se pegó lo más que pudo a la fría pared. Dos voces, ambas masculinas y que se volvían más claras y fuertes.

Por favor, que no me vean.

Los hombres pasaron a tan solo metro y medio de donde ella se había escondido en las sombras. Esta era una idea tonta. No debía de haber venido.

Cuando los dos hombres se acercaron, ella agachó la cabeza, su corazón latiendo fuertemente contra sus costillas. El hedor y el polvo de Londres causaban que le diera comezón en la nariz. Levantó una mano para cubrir el estornudo que amenazaba con producirse. Demasiado tarde, la presión sacudió su cuerpo mientras el aire que escapó de ella contaminaba el aire a su alrededor. Se dio la vuelta, dándoles la espalda a los hombres, esperando que la ignoraran y continuaran su camino.

— ¿Se encuentra bien? —El hombre se acercó más a ella y la sostuvo por el codo. — ¿Señorita Woodcourt? ¿Qué está haciendo aquí? ¿Y vestido como un hombre?

—Ah, así que esta es la famosa señorita Woodcourt, —añadió el segundo hombre.

El estomago se le hundió hasta los pies. Rose se dio la vuelta lentamente. Contuvo levemente la respiración cuando se dio cuenta de quién era.

—Lord Aubry...

—Explíquese.

Su petición resonó en sus oídos, su garganta se cerró ante la idea de que la hayan atrapado. Ella concentró su mirada en el caballero que acompañaba al Conde antes de mirar a su alrededor. ¿Cómo podría explicar esto?

Espera, ¿por qué tendría que hacerlo? El irritante Conde tendría que explicar que es lo que él estaba haciendo allí, no al revés. Después de todo, él fue el que la interrumpió. Ella lo miró a los ojos.

—Usted está interfiriendo con mis planes. Amablemente, continúe con su camino y olvide que me encontré aquí.

Lord Aubry la tomó el brazo.

—No hare tal cosa. Usted viene con nosotros.

—Retire sus manos de mí. —Se mordió la lengua tratando de no ser grosera. —Está usted haciendo una escena.

—Tiene razón, Aubry, y eso es lo último que queremos. —El compañero de Aubry la miró a ella. —Encantado de conocerla, señorita Woodcourt. Yo soy Garret Tumbly, Vizconde de Sinclair. —Su sonrisa se extendía hasta su mirada.

Ella debió de agacharse haciendo una reverencia, pero su cuerpo se negaba. En lugar de eso, levantó un pie y lo bajó fuertemente sobre el empeine de Lord Aubry.

El Conde retrocedió, soltándola, apretando los labios.

Su amigo ahogó una carcajada, llevándose una mano a la boca.

—Me agrada esta chica. Tiene agallas.

Lord Aubry frunció el ceño hacia su acompañante.

—¿Podrías intentar ayudarme en lugar de hacer bromas?

—Sí, claro. ¿Qué es lo que haremos con chica?

—No hable de mí como si no estuviera presente. —Rose colocó las manos en sus caderas.

—Continua mientras yo la llevo a su casa. —Lord Aubry se estiro para tomarla del brazo.

El calor se encendió en su cuerpo cuando él la cargo sobre su hombro. Una lenta combustión empezó en su estomago, rápidamente extendiéndose hacia sus extremidades. Su muslo y su brazo ardían en donde él la sostenía.

—Bájeme. —Cerró su pulo y lo golpeo varias veces en la espalda. —No puedo irme a casa hasta que haya encontrado lo que vine a buscar. —Aubry se detuvo y acomodo su cuerpo, sosteniéndola firmemente.

—Entonces dígame, ¿a que ha venido? —Lord Sinclair se acerco a ellos, mientras ella se sacudía sobre el fuerte hombro de Lord Aubry.

—Eso no es asunto suyo. —Ella azotó su puño contra la espalda de él. —Suélteme, bestia.

Lord Aubry se quedo quieto, sus músculos se tensaron debajo de ella.

—La bajare su me dice por qué está aquí, y vestido como hombre.

Ella deajo de golpearlo y soltó un suspiro largo. Por mucho que ella no quisiera compartir su plan con ellos, no le dejaban otra opción. Lord Aubry la llevaría a su casa de todas maneras. Quizás, si le decía que era lo que intentaba hacer, podría ayudarla de alguna manera.

—De acuerdo, usted gana.

Él la bajo al suelo.

—Alejémonos de la calle antes de que nos vean.

Ella camino hasta las sombras donde se había escondido hace unos minutos. Ambos hombres la siguieron de cerca. Con el pulso acelerado, se dio la vuelta para encararlos.

—Si deben saberlo, planeo entrar a la oficina de Wolfe para buscar evidencia de que me ha robado mi hogar. Como ya le dije antes, sé que mi Papá ya pago la hipoteca. El documento de Wolfe es falso.

Lord Sinclair se rio.

Ella lo miró fijamente.

—Le ruego que me diga, ¿qué es lo que encuentra gracioso?

Él colocó una mano sobre el hombro de Lord Aubry.

—Esa es la misma razón por la que nos encontramos aquí.

Sus ánimos se levantaron.

—Entonces, ¿me ayudaran? —El momento en que las palabras salieron de su boca, ella comenzó a morderse el labio inferior. Tal vez era mucho pedir, pero a pesar de todo...

—No.

Su corazón se hundió hasta sus pies.

—La llevaré a su casa. Lord Sinclair registrara la oficina. —Lord Aubry miró a su acompañante.

—Por favor, permítame quedarme. Puedo vigilar y avisarles si se acerca alguien.

—No importa que vestimenta porte, usted es una mujer. No debería estar aquí. No es seguro. —Lord Aubry le ofreció su brazo, junto con una sonrisa. —Vamos, permítame acompañarla.

—No puedo irme a casa. Tengo que ver que esto se resuelva. Por favor. —Miró a Lord Sinclair. —Por favor.

—Deja que se quede, Aubry. —Se señaló a ambos. —Estará más que segura con nosotros.

De alguna manera, Rose no estaba convencida. Sí creía que mantendrían su cuerpo lejos del peligro, pero su corazón era otro asunto completamente diferente. Lord Aubry presentaba un claro peligro en ese asunto. Ella dirigió su atención a él.

—Por favor, concédame este favor.

Lord Aubry los miró a ambos. Frunció el entrecejo, arrugando su hermosa cara.

—No puedo contra ambos, pero debe prometerme que permanecerá cerca de mí todo el tiempo.

—Como usted desee, mi señor. —Ella se agachó en una reverencia, con una sonrisa en los labios. —Ahora, andando. Ya hemos perdido demasiado tiempo. —Ella camino hacia el edificio de oficinas al final de la calle.

Capítulo 6

Hunter observó el movimiento de caderas de la señorita Woodcourt mientras caminaba delante de él. La manera en que esos pantalones abrazaban sus curvas, pedían a gritos su atención. No pudo evitar notar la forma de sus piernas, su redondo trasero, la delicadeza de sus caderas. Por un segundo, se imaginó a sí mismo estrechándola entre sus brazos y poseyéndola justo en ese momento en la calle.

La mujer estaba fuera de los límites. Una mujer inocente, y él no sería quien la dañara, especialmente cuando sabía que nunca podrían casarse. Retiró la mirada de su exquisito cuerpo, y miró a Sinclair, agradecido de que su amigo caminara delante de ella. La idea de que el Vizconde admire la belleza de la dama, causaba que le hirviera la sangre. Una furia natural, y a pesar de todo, no podía controlar las reacciones que él tuviera ante ella.

Cuando Rose volteó a verlo, tenía el ceño fruncido y eso estropeaba su delicada cara, cubierta de tierra. El pulso de Hunter se aceleró ante su disgusto. Lo más seguro es que estuviera molesta por la manera en que la manipuló. Con una débil sonrisa en los labios, la adelantó y llegó a la puerta.

No le haría caso a los efectos que ella causaba en él. Entre más rápido terminaran con esto, mejor. Sacó una herramienta pequeña y comenzó a escarbar dentro de la cerradura sobre la puerta.

—No quiere ceder. Necesito algo más largo. —Miro sobre su hombro. Sinclair estaba parado tan cerca de Miss Woodcourt, que sus hombros se tocaban. Una pizca de incomodidad se extendió en su cuerpo. ¿Celos? Tenía que alejarse de esta mujer pronto antes de que lo volviera loco.

Rose se quitó su sombrero, pasó una mano por las trenzas en su cabeza, y sacó un alfiler.

—Pruebe con esto.

— ¿Acaso tiene conocimientos en allanamiento de morada? — la molestó Sinclair.

El cuerpo de Hunter se calentó de coraje, sentía su pulso latir en su cuello. No quería que Sinclair molestara a la señorita Woodcourt, la tocara o que siquiera se parara tan cerca de ella.

¿Qué es lo que le pasaba? Ella no significaba nada para él. Solo la ayudaba porque era incapaz de ignorar su situación. Solo era lujuria lo que

sentía. Así de simple. Una vez que la llevara a su casa, esos sentimientos cesarían. Por ahora, necesitaba concentrarse en entrar a la oficina de Wolfe.

Rose sonrió levemente y sacudió la cabeza.

—No, pero sabía que necesitaría algo con que abrir la cerradura. Mi pasador fue lo único que se me ocurrió.

Hunter tomó el pasador de su mano. Sus dedos cosquillearon donde tocaron los de ella.

—¿Lo ve? Le dije que sería de ayuda. —Ella le guiño un ojo.

Él alzó una ceja ante su escandaloso comportamiento antes de volver su atención a la puerta. La mujer estaba positivamente irritante. Tan solo de imaginar que ella se metería a la oficina de Wolfe lo molestaba. Aun así, su plan era muy impresionante.

Si Sinclair y él no hubieran tenido la misma idea, ella podría haber cumplido con la misión por sí sola sin problemas. Jamás había conocido a una mujer que se atreviera a soñar algo como esto, y menos aun intentar llevarlo a cabo, vestida de hombre.

—Debería de funcionar. —Hunter empujó el pasador dentro de la cerradura, lo movió y lo giró ligeramente. El mecanismo hizo click. Permitted que la puerta se abriera levemente antes de sacar el pasador. —Sinclair, avísanos si alguien viene.

El Vizconde asintió con la cabeza antes de moverse a la esquina del edificio.

La señorita Woodcourt estiró una mano.

—Mi pasador, por favor.

Hunter colocó el pasador en la palma de su mano antes de empujar la puerta para abrirla. Se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Después de usted.

Ella entró en la oficina sin decir nada, dejando detrás de sí un aroma a rosas en el aire.

Con una última mirada hacia Sinclair, Hunter entró en la oficina y cerró la puerta detrás de ellos. Dio un paso más en el oscuro espacio y de repente, el cuerpo de ella estaba presionado contra el suyo. Instintivamente, él la abrazó, apretándola contra él.

Su suave figura se amoldó a la de él, como si hubiera sido creada para encajar con él. Aun abrazándola, gentilmente la movió hacia un lado antes de que ella pudiera sentir el efecto que tenía sobre él.

Ella se quitó su brazo de encima y se alejó un poco de él.

—Necesitamos luz.

El aire frío reemplazo rápidamente la calidez de su cuerpo. Frunció el ceño, extrañando la proximidad de ella. *Maldita sea*. Ella sería su perdición si no la regresaba a casa pronto.

Sus ojos se ajustaron a la oscuridad lo suficiente para que pudiera vislumbrar una ventana con una cortina pesada.

—Como usted desee. —Se acercó a la ventana e hizo a un lado la cortina para permitir que la luz de la luna llenara el espacio.

Su mirada viajó hasta el cuerpo de ella. Lucía hermosa empapada en la clara luz de la luna llena. La estudió por un momento, casi olvidando por qué estaban allí. Pudo notar la curva de su parte trasera mientras se inclinaba sobre el escritorio de Wolfe, su pequeña figura y la forma en que se mordía el labio. Todo esto lo provocaba. *¡Tonto! Deja de desearla. Es un juego peligroso.*

Ignorando su deseo de levantarla en sus brazos, se dio la vuelta enfocándose en un montón de papeles en el centro del escritorio de Wolfe, buscando por algo que pudiera servirles.

Dejando el último de los papeles en el escritorio, la temblorosa voz de Rose dijo:

—No hay nada aquí.

—Necesitamos seguir buscando. Esto solo es el comienzo. — Abrió los cajones del escritorio uno a la vez, mientras ella se cambiaba a otra pila de papeles. El cajón estaba lleno de botecitos de tinta. Removió las cosas, teniendo cuidado de no cambiar tanto su posición. *Nada.*

El sonido de los pasos de ella llamó su atención. Levantó la mirada justo cuando ella se detuvo enfrente de la mesa. Sus hombros se sacudieron. ¿Estaba llorando? Esta imagen hizo que su corazón diera un vuelco.

—No se dé por vencida aun.

—No tiene sentido. Esta fue una idea tonta. —Sus hombros temblaron ligeramente con sus suaves sollozos.

Él cerró sus ojos y soltó un suspiro antes de abrirlos de nuevo. Ella aun estaba sollozando. Nunca había sabido que hacer con una mujer que lloraba. En cualquier otra situación, se retiraría.

—No se inquiete. —Dio un paso tentativo hacia ella, pero su bota choco contra el cesto de basura, regando su contenido. —*Maldita sea.*

—Lord Aubry. — Ella se dio la vuelta.

Él se arrodillo para levantar el cesto y comenzó a colocar su contenido de nuevo en este.

—No me diga que la sorprende un poco de lenguaje vulgar, cuando usted esta vestida como hombre y traspasa propiedades privadas.

— ¿Por qué, sobre todas...

—Encontré algo. —Aliso una nota con sus manos.

Ella se agachó a su lado.

—Déjeme ver.

La pequeña hipócrita lo regañó por decir groserías y, al momento siguiente, esta arrodillada de la manera menos femenina posible. Ella era como un atractivo enigma. Era un tanto desafortunado que no pudiera intentar resolverlo.

Él inclino el papel hacia la luz, mientras ella se inclinaba más cerca.

Paga tu deuda hoy o le contare todo la chica. Veámonos.

En el mismo lugar de la vez pasada.

C. Lionhurst

— ¿Es esto suficiente para detener a Wolfe?

La nota no contenía un nombre completo. Tampoco revelaba cual era el asunto. No gastaría su tiempo ni su dinero llevando esto ante la policía. En lugar de eso, Hunter planeó ir directamente al lugar. Pero primero, tenía que averiguar la identidad de *C. Lionhurst*.

—Podría ser de utilidad. — Por lo menos, la nota podría servir para negociar una confesión con el hombre que la escribió. Alguien que él esperaba que pudiera poner un fin a esta locura. Una vez que resolviera el problema, podría comenzar a remover a la señorita Woodcourt de su vida antes de que se encontrara incapaz de soltarla. Una extraña sensación lo golpeó con ese pensamiento.

— ¿Cómo lo usaremos? — Ella concentró su mirada en él, rompiendo sus pensamientos.

—No “nosotros”. “Yo”. —Se sintió asustado de que ella pensara que podría caminar junto al peligro. Unos pasos sonaron en la distancia.

—Pronto, tenemos compañía. —La voz de Sinclair llenó el espacio.

Hunter tomó la mano de Rose y la levantó.

—Tenemos que irnos. —Su corazón latió con fuerza. No les serviría de nada que los atraparan en medio de su escape.

* * * *

Rose respiraba de manera corta y con bocanadas rápidas. Por poco los atrapaban. Los tres lograron escapar hacia las sombras justo cuando Wolfe se bajaba de su carruaje.

Parado en el velo de la noche, ella miró a los dos caballeros. Lord Sinclair sostenía las riendas de una bestia enorme.

—Me temo que solo tenemos dos monturas.

—La señorita Woodcourt montará conmigo. —Lord Aubry inclino su cabeza hacia su caballo.

—Por supuesto que no lo hare. —Rose retrocedió un paso. Lo último que podría soportar en este momento era que él la abrazara de nuevo.

Él la levantó en sus brazos.

—No tiene opción. —La cargó hasta su caballo, colocándola sobre este antes de subirse detrás de ella.

Ella quería gritar y golpearlo. Pero más que nada, quería bajarse del caballo. Dado todo el comportamiento arrogante y pomposo que él había demostrado, deseaba poder darle una bofetada. Sin embargo, su cuerpo se presionó contra el caliente cuerpo de él, como si tuviera mente propia.

La traicionera carne. No permitiría que las sensaciones se apoderaran de ella. Rose forcejeó con el brazo que la envolvía alrededor de su cintura, en un intento por poner algo de distancia entre ellos dos.

—No puede andar por ahí cargando gente cada vez que tiene la urgencia. ¡Dejeme bajar!

—Y usted, señorita Woodcourt, no puede andar caminando por las oscuras calles de Londres vestida como hombre solo porque se le ocurrió.

Su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja mientras él le susurraba las palabras. Un delicioso escalofrío recorrió su cuerpo.

—Muy bien. Concuero con usted. Usted caminará y yo montaré el caballo.

Una carcajada rompió la tensión.

—Me temó que has obtenido más de lo que negociaste para esta noche, Aubry.

Rose giró su cabeza y miró a Lord Sinclair. Él hizo una pausa, luego continuo, su estrepitosa carcajada lleno el aire mientras los hombres ponían en movimiento a sus caballos.

Hunter la acercó a su pecho y asintió con la cabeza hacia su acompañante.

—Te veré en mi residencia, una vez que la haya llevado a su casa.

Su corazón se hundió hasta su estomago. Por supuesto que la llevaría a casa. Y después, le contaría a la abuela que es lo que habían estado haciendo. Ella miró a Lord Sinclair mientras se daba la vuelta en su caballo y se hacía más pequeño conforme avanzaba.

La abuela la mantendría bajo llave por el comportamiento que había demostrado esta noche. Puede que no pertenecieran a alta sociedad, pero había sido educada para comportarse como una dama.

Tendría que convencerlo de que se guardara el secreto. ¿Podría apelar a su deseo por permanecer libre? Después de todo, habían cometido un crimen, juntos. Hasta donde él sabía, la abuela podría entregarlo con los corredores de Bow Street.

Rose sabía que la abuela nunca los entregaría, pero Lord Aubry no podría estar seguro de la reacción de ella. Miró sobre su hombro, forzando una sonrisa dulce.

— ¿Puedo pedirle un favor?

Él la miró asintiendo con la cabeza.

—Le pido que me permita entrar a escondidas a mi casa. No deseo que mi abuela sepa lo que he hecho esta noche.

— ¿Tengo su palabra de que jamás intentara algo tan tonto de nuevo?

—Lo juro.

—Muy bien. Mantendré el secreto. —Le guiñó el ojo antes de centrar su atención en el camino.

Rose no podía escapar al extraño revoloteo que sucedía en la parte baja de su cuerpo. Su reacción ante él era difícil de describir, excepto por decir que era emocionante. Cuando él le sonreía o le guiñaba un ojo, le era demasiado difícil permanecer enojada con él. No le quedaba más que relajarse y disfrutar del viaje. Determinada a disfrutar de la sensación de él abrazándola, se acomodó en su agarre con un bostezo.

Cuando el caballo se detuvo, ella abrió sus ojos. Su cabaña estaba al otro lado de los árboles. Su pulso se aceleró. Ahora, si lograba entrar sin que la abuela la descubriera, todo estaría bien. Inclino la cabeza para mirar a Lord Aubry.

—Le agradezco su ayuda esta noche.

—Puede agradecerme al abstenerse de más aventuras.

Sus mejillas se sonrojaron. Justo cuando él comenzaba a agradecerle de nuevo, lo arruinaba. ¿Acaso creía que era una tonta? Ya le había dicho que no

intentaría nada de nuevo. ¿Cómo se atrevía a castigarla por el mismo comportamiento que él mostraba?

—Yo puedo continuar sola. —Intentó bajar del caballo, pero lo encontró difícil con él aun sentado detrás de ella.

Su risa a boca cerrada hizo que volteara a verlo. Ella cerró los puños para evitar cachetearlo.

—Si me lo permite, me gustaría regresar a mi casa.

Después de bajarse, él estiró una mano para ayudarla.

—La acompañare a la puerta.

Sus pechos rozaron su musculoso cuerpo mientras la bajaba al suelo, causando que su respiración se detuviera. El calor que la había llenado hace unos momentos, ahora era remplazado por una fuerte necesidad de permanecer en sus brazos. Ella levantó la mirada para verlo a la cara, sus labios estaban ligeramente abiertos.

Él acercó sus labios a los de ella. El beso, fuerte y demandante, pero de alguna manera gentil, la tomó completamente por sorpresa. Ella lo rodeó por el cuello con sus brazos, acercándolo más a ella, perdida en estas nuevas sensaciones que la recorrían. Su mano se desplazó hasta su cabello, enroscando sus dedos en él.

Una cálida brisa los rodeó, añadiendo calor a sus cuerpos. Sus latidos la aturdían, mientras sus lenguas se entrelazaban. El beso duró varios minutos, hasta que él la soltó abruptamente, retrocediendo. Maldición con sus piernas temblorosas. Ella luchó contra su insistente temblor. El hombre la había besado hasta dejarla sin sentido, y luego se apartó. Su mano se encontró con la mandíbula de él causando un crujido resonante antes de darse la vuelta, apresurándose por llegar a la seguridad de su casa.

Capítulo 7

El corazón de Rose latía tan fuerte que temía que la abuela pudiera oírlo desde el otro lado de la puerta cerrada de su habitación. ¿Cómo se atrevía el despreciable y guapo Lord a colocar sus labios sobre los de ella? Peor que su descarada acción, fue que ella disfruto cada pequeño segundo. La verdad era que ella estaba feliz de que él la hubiera besado, pero la molestaba más que lo hubiera disfrutado. Ella quería más, actuando como una cazadora de fortunas, mientras se apretaba contra su musculosa forma, desesperada por tomar todo lo que él pudiera ofrecer.

Camino de puntitas por la oscura habitación, con las manos estiradas enfrente de ella, buscando su linterna. Sus rodillas chocaron contra la mesita de noche a lado de su cama y se agacho, desesperada por encender una luz. Necesitaba lavarse la tierra de la cara y cambiar su vestimenta de inmediato.

Finalmente, sus dedos identificaron la linterna. Después de encenderla, se acercó al lavabo. Mirándose en el espejo, se limpio las manchas de mugre de las mejillas y la frente.

Sus labios estaban hinchados por el beso de Lord Aubry. Se paso el pañuelo mojado por los labios, tratando de quitarse el recuerdo del demandante beso de su mente. *Los Condes no se casan con señoritas comunes. Ningún Lord lo hace.* Suspiró, soltando el pañuelo en el lavabo.

Eran conocidos por tener aventuras con mujeres comunes, algunos incluso las mantenían como sus amantes, pero rara vez se casaban con alguien de una categoría más baja a la suya. Nunca accedería a ser una cualquiera o que la catalogaran como amante. Ni siquiera para el atractivo Lord Aubry.

Los pantalones quedaron colgando mientras ella los empujaba por sus muslos. Los recuerdos de los brazos de Lord Aubry rodeándola, sosteniéndola cerca de sí, asaltaron sus sentidos. Cada centímetro de ella deseaba sentir esa cercanía de nuevo. *Detente.* Sacudiendo la cabeza, hizo bola la ropa de hombre que se acababa de quitar y las colocó en la esquina de su armario antes de sacar ropa limpia para dormir.

Los recuerdos de esta noche no la abandonarían. Los atesoraría para el resto de sus días, ya que no estaba segura de que alguna vez volvería a experimentar estos sentimientos de nuevo.

Suspiro conforme se colocaba su bata para dormir. La humedad en el aire de su habitación permaneció con ella, conforme se movía hacia su cama y quitaba la sabana. No serían necesarias esta noche. Se subió a la cama y se recargo en las almohadas, su mente aun trabajaba a prisa.

La puerta de su habitación rechino al abrirse, congelando a Rose en su lugar. La abuela entró, vistiendo su bata favorita de algodón junto con su gorrito. Rose contuvo el aliento, esperando a que la abuela hablara. ¿Acaso la había descubierto?

—Me levante para buscarme algo para beber y te escuche moverte. Cuando vi la luz salir por debajo de tu puerta, decidí entrar a revisar. ¿Se encuentra todo bien? — La abuela se acercó a la cama con una sonrisa en los labios.

Rose soltó el aire que había estado conteniendo.

—Sí, simplemente no podía dormir por estarme preocupando por todo este desastre con el señor Wolfe y lo que podría hacer a continuación. Pensé que una vuelta por la habitación me ayudaría. —Una mentira, por supuesto. Este nuevo hábito tenía que parar.

— ¿Y fue así? — La abuela se agacho para sentarse en la orilla de la cama.

—Yo creo que sí. Mi mente está más tranquila ahora.

—Que bien. Ahora, duerme y no desperdicies tu energía con cosas que no puedes controlar. Incluso si él se apodera de nuestro hogar, encontraremos la manera de continuar.

Rose asintió con la cabeza. La abuela le beso la frente antes de pararse y retirarse. Después de unos cuantos pasos, hizo una pausa antes de caminar hacia el armario.

— ¿Pero qué es esto?

Antes de que Rose pudiera pensar en detenerla, la abuela se agacho y se volvió a levantar con una camisa blanca de hombre en la mano. El corazón de Rose se hundió hasta su estomago.

—Es... era... —Se mordió tímidamente el labio inferior.

—No importa querida. Estoy segura de que sé por qué está aquí. Puede ser reconfortante mantener las cosas de tus seres queridos cerca de nosotros una vez que ya murieron.

Gracias al cielo. Rose evitó la mirada de la abuela, incapaz de soportar la simpatía brillando en sus ojos.

—Así es. —Las mentiras se estaban acumulando y eso no le agradaba. Una vez que terminara con Wolfe, jamás volvería a mentir.

La abuela se acercó a la cama de nuevo.

—Yo también lo extraño. A pesar de sus defectos, tu padre era un hombre maravilloso. —Le dio unas palmaditas a Rose en el hombro, luego se retiró, cerrando la puerta detrás de sí.

Rose apago la lámpara y se acostó sobre sus almohadas de nuevo. Papá la regañaría si se encontrara aquí. Sin dudar, se pondría como loco al enterarse de que ella anduvo por las oscuras calles de Londres besando condes detrás de los arboles.

Te ruego que me perdones Papá. Seguramente entenderás que no tuve opción.

* * * *

Hunter entró a su casa, dirigiéndose directamente al mostrador de cristal del otro lado. La señorita Woodcourt lo había desarmado, de nuevo. Cuando la sostuvo cerca, los títulos no importaron. Incluso las opiniones de sus iguales perdían su significado. Nada más que ellos dos existían. En esos momentos, la necesitaba de la manera en que uno necesita el aire. Le había tomado cada pedazo de su control para dejarla ir.

Lleno un vaso de brandy y le dio un gran trago. La atracción entre ellos era peligrosa, y aun así, se sentía incapaz de detenerlo.

—Bienvenido. ¿Confío en que te aseguraste de que la chica regresara a salvo a su casa?

Hunter se dio la vuelta. Sinclair estaba sentado en una silla de piel con respaldo alto, con un vaso con alcohol en su mano.

—Así es. —levantó su propio vaso y le dio otro trago, saboreando como el liquido color ámbar le quemaba la garganta. El efecto del brandy junto con los pensamientos sobre la señorita Woodcourt le envolvía cálidamente sus entrañas.

Había tenido éxito, si no contaban el hecho de que la había comprometido. Maldita sea. ¿Por qué la había besado? No volvería a suceder. No podía permitirlo.

—Espero que la búsqueda haya arrojado algo de provecho.

—Encontramos un pedazo de papel con una nota escrita, pero me temo que no podría ser de gran ayuda. —Hunter se sentó enfrente de su amigo,

trayendo la licorera consigo. —Fue escrita por un C. Lionhurst.

Con un poco de suerte, el hombre que escribió la nota hablaría. Si lo hacía, podría ser prueba suficiente para detener a Wolfe y sacar a la señorita Woodcourt de su vida. Su corazón dio un vuelco ante el pensamiento. Un efecto secundario por el beso que compartieron, nada más.

— ¿Qué pretendes hacer con eso mañana? —Le preguntó Sinclair, descruzando sus piernas despreocupadamente y enderezando su espalda en su silla.

—Una vez que haya localizado al hombre, pretendo ir a confrontarlo y pedirle una explicación. —Hunter saboreo otro trago del tranquilizador licor antes de colocar su vaso a un lado. —La nota solicita un pago por un servicio que él proporciono. Mi esperanza es que este C. Lionhurst haya ayudado a Wolfe a obtener los documentos de la hipoteca falsos. Si puedo hacer que este hombre entregue a Wolfe, podre ponerle un fin a todo esto.

— ¿Y si no puedes encontrar al hombre, o siquiera descubrir quién es? ¿Qué tal que su servicio no fue la creación del documento? —Sinclair balanceo su vaso, sacudiéndose una pelusa de su manga.

—Lo encontrare. —Hunter ni siquiera se molesto en contestar las preguntas, este C. Lionhurst tenía que ser la clave para detener a Wolfe.

Persistiendo, Sinclair levanto una ceja rubia.

— ¿Y si el hombre se niega a ayudarte?

—No lo hará. —Hunter azotó su vaso contra la mesa a su lado. —No lo permitiremos. No me puedo imaginar lo que la señorita Woodcourt podría intentar ahora si le fallo. —Hunter estudio el papel tapiz cerca de la chimenea.

Miró sin mirar a los pedazos de papel de color borgoña, mientras recordaba la sensación de ella recargada en su pecho. No podía permitirse pasar más tiempo con ella. Sería perjudicante para ambos. No confiaba en que pudiera mantener sus manos apartadas de ella.

—Por Dios, esa muchacha te ha atrapado. —Una lenta sonrisa se extendió por los labios de Sinclair.

—Por supuesto que no. —Hunter miró a otro lado al mismo tiempo que le daba otro trago a su brandy.

—Es algo atractivo correr por ahí con ropa de hombre y metiéndose a oficinas. Debo admitir que también me gusto.

—Tonterías. No estoy interesada en la señorita Woodcourt. Si no fuera por mi hermana, no me vería siquiera involucrado en este desastre. Solo estoy

ayudándola porque soy demasiado honorable como para ignorar su situación. —Relleno una vez más su vaso antes de colocar la licorera en la mesa con un fuerte ruido.

—Síguete diciendo esa mentira, viejo amigo. —Se rio Sinclair.

Hunter camino a donde se encontraba sentado Sinclair, con la licorera en la mano.

—Toma, bebe un poco más. Puede que te despeje la mente de esos delirios. —Le entregó el licor y Sinclair lo tomó.

— ¿Quieres que te acompañe mañana? Puedo serte de utilidad. —Sinclair sonrió. — ¿O nuestra atrevida muchacha se encontrara contigo para buscar e interrogar a C. Lionhurst?

Hunter soltó un suspiro, fastidiado.

—La señorita Woodcourt me aseguro que no llevara a cabo ningún otro plan. Eres bienvenido a acompañarme. —La idea de que ella lo acompañara aceleró su pulso rápidamente. ¿Y si el hombre resultaba ser agresivo? Ella podría salir lastimada. Él mataría a este señor Lionhurst antes de permitir que el hombre lastimara un solo cabello de la hermosa señorita.

—Muy bien. —Sinclair se levantó. —Regresare mañana por la mañana.

Hunter asintió con la cabeza. Entre más pronto, mejor, esa era su opinión.

—Que los dulces sueños de la valiente belleza llenen tu noche. —Sinclair se dio la vuelta para retirarse. —Yo se que aparecerá en los míos.

Hunter miro ceñudo a Sinclair al mismo tiempo que se levantaba, de un salto, de su asiento.

—Mantenla fuera de tus sueños. —Las palabras salieron toscas, amenazantes.

—Y ahí lo tienes. El honor no tiene nada que ver con este deseo que sientes. —Sinclair se carcajeo mientras salía del lugar.

Maldita sea. Había caído en el juego de Sinclair. Ahora, el Vizconde estaba convencido de que a él le importaba mucho la señorita Woodcourt. Sus acciones eran prueba de nada. Él haría lo mismo por cualquier damisela en peligro. Tomó otro trago de brandy.

El recuerdo de sus labios presionados sobre los suyos invadió su mente, causando que le apretaran los pantalones. Lujuria, nada más. Después de mañana, todo regresaría a la normalidad. Ella estaría fuera de su vida.

* * * *

El sueño no llegó con facilidad. Hunter dio vueltas en su cama la mayor parte de la noche. Pensamientos sobre la señorita Woodcourt atormentaron su mente. Finalmente, admitió que estaba interesado en ella. No le hacía ningún bien negar sus sentimientos. No podía ocultar la verdad de sí mismo. Tampoco cambiaba algo que lo admitiera. No podía tenerla. La sociedad jamás permitiría la unión.

Se sacudió todo pensamiento de la mente, se bajó de su caballo, y siguió a Sinclair hasta la puerta. Antes de que se retirara anoche, Hunter habló con un hombre de confianza que, en el pasado, le ayudaba a localizar gente.

Esta mañana, le entregaron una dirección. Resultaba que solo había dos personas C. Lionhurst en Londres. Una de ellas solo era un bebé. Miró a Sinclair.

— ¿Listo?

Sinclair asintió con la cabeza y tocó a la puerta de madera.

La puerta de una de las pequeñas moradas en las calles más pobres de Londres se abrió. Una mujer de mediana edad apareció enfrente de él con los ojos rojos e hinchados, un puño presionado contra su pecho.

Hunter forzó una sonrisa.

— Hemos venido a ver al señor Lionhurst.

Las lágrimas inundaron los ojos de la mujer.

— Me temo que eso no es posible.

— Venimos por un asunto urgente. Le ruego me diga cuándo estará disponible. — Hunter miró sobre su hombro a Sinclair.

— Sacaron del Río Támesis a mi querido Cecil esta mañana. — Sus hombros se sacudieron con otra ronda de lágrimas.

— Lamentamos mucho escuchar sobre su pérdida. — Sinclair le dio unas palmadas a Hunter en el hombro. — ¿Las autoridades saben que es lo que pasó?

Ella respiró hondo.

— Dicen que le dispararon.

Hunter sufrió un momento de incredulidad antes de recobrar la compostura.

— ¿Su esposo habló alguna vez de un tal señor Wolfe?

— No que yo recuerde. — La mujer sollozó.

Hunter se dio la vuelta hacia su caballo.

— Maldita sea. Vámonos.

—Gracias por su tiempo. —Sinclair le hizo una pequeña reverencia a la mujer antes de seguir a Hunter.

—Parece que este señor Wolfe puede ser más peligroso de lo que pensaba. —Hunter se subió al caballo. —Ve a reportarle a los corredores de Bow Street lo que sabemos. — Le entregó la nota que había encontrado a Sinclair junto con una bolsa de dinero. —Contrátalos. Iré a hacerle una visita a la señorita Woodcourt.

Capítulo 8

Rose marchó detrás de los hombres que cargaban su sillón hacia la puerta principal.

—No pueden llevarse nuestras cosas. —Se movió para bloquear la salida, presionando su espalda contra la puerta, su mirada fija en el hombre más alto de los dos.

—Si es necesario, la quitaremos del camino, señorita. No nos obligue a hacerlo.

Sus palabras mandaron un escalofrío por su cuerpo. Aun así, no podía quedarse quieta observando cómo tiraban todas sus pertenencias al pasto.

—Nada de esto es legal. El señor Wolfe obtuvo nuestro hogar por medios nefastos. El Conde de Aubry está probando esto en este momento. Pongan mi sillón en su lugar y retírense amablemente. —Ella levantó su barbilla, retándolos.

Conforme ellos bajaban el sillón al suelo, ella soltó un suspiro. El hombre que se veía más rudo frunció el cejo amenazadoramente, causando que su corazón se hundiera en su estomago.

—Ve. Muévela. —Le hizo señas con la cabeza a su acompañante.

Demonios, había celebrado antes de tiempo. Rose se mantuvo en su lugar, manteniendo su espalda rígida.

—No se atreva a colocarme una mano encima.

El hombre sonrió levemente y continuó avanzando hasta ella.

—El Conde no estará complacido. —Dudaba que Lord Aubry estuviera preocupado por ella en lo más mínimo, pero tenía que decir algo.

El hombre más delgado dio otro paso antes de que se detuviera para mirar alrededor.

—¿Dónde está este Conde del que tanto hablas? Yo no veo a nadie aquí. —Se rió y dio otro paso.

—Espere. —La abuela se puso a lado de Rose, colocando su brazo alrededor de su cintura. —Aléjate de la puerta, querida. Estos hombres solo están cumpliendo órdenes y debemos permitirlo. —Miró a Rose, sus ojos detrás de sus gafas eran cálidos y suplicantes.

—No. Este es nuestro hogar. —Rose clavo sus talones para luchar contra el agarre de su abuela. —No debemos soportar que nos echen a la calle.

La abuela levantó una mano hacia el hombre más bajo cuando este dio un paso hacia Rose.

—Todo saldrá bien. Una vez que Lord Aubry arregle esto, tendremos todo de regreso. —La abuela tiró de Rose una vez más y ella aceptó, permitiéndole que la alejara de la puerta.

— ¿A dónde iremos? No tenemos donde más vivir. —Se dio la vuelta hacia la puerta de nuevo, pero la abuela la sujeto fuerte, dirigiéndola lejos de la puerta.

—Dijiste que Lord Aubry se está encargando de esto, y yo así lo creo. —La abuela las detuvo en la parte trasera de la entrada, abrazando a Rose para acercarse más a ella. —No tengas miedo, todo regresara a la normalidad. Ahora es momento de ser valientes, no tontas.

¿Tontas? ¿Acaso no era más tonto quedarse quietas mientras estos hombres sacaban todas sus pertenencias al patio? Rose se soltó del abrazo.

— ¿Y si no tiene éxito? ¿Entonces qué? ¿En donde dormiremos esta noche? ¿O la que sigue? ¿Y las noches que sigan? —Miro a su abuela a los ojos. —Este es nuestro hogar.

—Se mudaran a mi casa en la ciudad en este momento.

Rose giro la cabeza rápidamente para mirar en dirección a la voz rasposa de Wolfe. Un escalofrío recorrió su espalda. Su cuadrada figura llenaba el pasillo de entrada, sus pequeños y redondos ojos estaban fijos en ella. El gesto de victoria estaba marcado en cada línea de su rostro, y esto hizo que se le revolviera el estomago.

—No me dejaste opción, mi mascotita. Tuve que acelerar el proceso.

—Yo no soy tu mascota. —Dijo Rose con severidad. —Ha desperdiciado su tiempo. No accederé a mudarme al igual que no accedo a casarme con usted. —Levantó su barbilla un poco más. —Prefiero dormir bajo las estrellas.

Él camino hasta ella, con una sonrisa dividiendo su cara.

—Eres muy entretenida, cariño. Sin embargo, vendrás conmigo y nos casaremos. Ya hable con un clérigo. Dentro de tres semanas, todas las proclamaciones estarán completadas y tú me tomaras como tu legítimo esposo. —La agarró por el codo con una mano carnosa y se inclino para acercársele más; ella se ahogo con el olor a tabaco que irradiaba de su aliento. —No tienes otra opción. Te quedaste sin opciones.

Con los ojos bien abiertos, trató de soltarse pero él la tenía aferrada. Ella se sacudió con todas sus fuerzas.

—Suélteme. Yo no soy de su propiedad, y jamás seré su esposa. No tiene derecho.

Él la soltó, sus labios se curvaron formando una sonrisa.

—Como ya dije, no tienes opción. Te mudaras a mi casa en la ciudad esta tarde.

—Ah, pero ella si tiene otra opción.

El suave tono de voz de Lord Aubry hizo que giraran sus cabezas. Su tono barítono masculino calmó el corazón de Rose. El Conde se inclino con confianza contra la barandilla. Le sonrió perversamente a Rose antes de enfocar su atención en Wolfe. Las mejillas y el cuello de Rose se sonrojaron acalorados.

Lord Aubry miró sarcásticamente al señor Wolfe.

—La señorita Woodcourt y la señora Oaklawn tienen una cabaña en mi propiedad a su disposición.

— ¡Eso es imposible! Lo prohíbo. —Wolfe se colocó entre Rose y Lord Aubry. —Esta mujer es mi prometida. No tiene derecho a entrometerse en nuestros problemas domésticos.

—Lo. Prohíbe. —Lord Aubry acentuó cada palabra.

Rose respiro hondo.

—Yo no estoy comprometida con usted. —Rodeándolo, se colocó enfrente de Lord Aubry. —Mi abuela y yo aceptamos su oferta y le agradecemos por su amabilidad.

—Muy bien. Mi carruaje las llevará a mi propiedad. Hare que se lleven sus pertenencias en este momento. —Lord Aubry evitó su mirada.

—Estamos en deuda con usted por su bondad, mi señor. —La abuela se inclino en una reverencia.

Wolfe dio un paso adelante y tomó el brazo de Rose. La apretó tanto que ella tuvo que morderse la lengua para no llorar.

—Rose me pertenece. No permitiré que te la lleves a ningún lado.

—La señorita claramente declara lo contrario. Suéltela ahora antes de que me vea forzado a ponerlo en su lugar. —Lord Aubry dijo esto con severidad.

—No me asustas. —Wolfe concentró su mirada en Rose. —Ve conmigo. —Tiró de Rose pero ella no cedió.

El pulso de ella se aceleró conforme luchaba por soltar su brazo.

—Jamás me iré a ningún lado con usted.

La abuela se adelanto y comenzó a golpear a Wolfe.

—No hay ningún compromiso. Usted no tiene ningún derecho sobre mi nieta.

Rose miró a los hombre que habían llegado para sacarla de su casa. Se habían quedado parados en el marco de la puerta viendo todo este altercado. Rose miró de nuevo a Lord Aubry.

Wolfe la soltó. Se dio la vuelta, empujando a la abuela tan fuerte, que ella tropezó cayendo al suelo.

—Cuida tus modales, anciana, o te encerrare en un hospital para...

Lord Aubry se acercó a Wolfe, lo aferró por el saco, y lo golpeó tan fuerte que Wolfe dio una vuelta entera.

El corazón de Rose latía fuertemente contra sus costillas cuando corrió a abrazar a su abuela. Wolfe apuntó su puño a la cara de Lord Aubry.

* * * *

Un segundo antes de que el puño de Wolfe conectara con su cara, Hunter se hizo a un lado. El golpe de Wolfe impacto en su hombro, mandando punzadas de dolor. Apagó el dolor lanzando un golpe solido en la quijada de Wolfe. El resonante crujido lleno el espacio conforme Wolfe cayó al suelo.

Hunter se agarró el puño mientras miraba a Wolfe que estaba inmóvil en el suelo. Unos puñetazos jamás se habían sentido tan satisfactorios como ahora. Miró a Rose que estaba abrazando a la señora Oaklawn antes de mirar a los hombres en el marco de la puerta.

—Saquen la basura, y después de eso, regresen para ayudar a mover las cosas de las mujeres. —Metió una mano en su bolsillo antes de aventarles unas monedas a los hombres.

Rose se colocó a un lado de Hunter.

— ¿Está herido? — La preocupación inundaba sus ojos verdes.

Él la rodeo con el brazo, acariciando su sedoso cabello con su mano libre. Ella se inclino sobre él, presionando su cara contra su pecho. Que el cielo lo ayudara, pero saboreo la sensación de ella.

—Todo está bien. Las autoridades se ocuparan de él. Una vez que lo hagan, pueden regresar a su hogar.

Ella lo miró, con los ojos abiertos ampliamente.

Su corazón dio un vuelco, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Era tan hermosa e inocente. ¿Cómo sobreviviría con ella en su casa?

—Subamos al carruaje. Mi conductor las llevara a la Residencia Aubry esta noche.

La señorita Woodcourt miró a su abuela. La anciana asintió con la cabeza antes de avanzar hacia la puerta.

Hunter permitió que su lacayo las ayudara a subir al carruaje. La puerta del carruaje se cerró detrás de ellas, apartando a la señorita Woodcourt de su vista.

—Llévalas a la Residencia Aubry y asegúrate de que una sirvienta las acomode. Deben ser tratadas como cualquier otro invitado.

El lacayo asintió con la cabeza.

—Envía un vagón para recoger sus pertenencias y que las envíen a la cabaña vacía en la casa de campo. —La Mansión Roselawn sería un lugar seguro para ellas hasta que se hicieran cargo de Wolfe.

—Si mi señor.

El crujido de la tierra bajo el carruaje invadió sus oídos, conforme el carruaje se alejaba, llevándose a las mujeres a un lugar seguro. Hunter camino hasta donde Wolfe yacía en el pasto. Su estomago estaba hecho nudos. El hombre era despreciable. El hombre valía menos que las pulgas que cargaban las ratas de Londres.

Con suerte, las autoridades encontrarían convincente la evidencia que Sinclair les había llevado. Si así era, llegarían pronto para levantar al espantoso hombre tirado en el suelo enfrente de él.

Levantó la mirada hacia un caballo que se acercaba, y se alejó del cuerpo inconsciente de Wolfe.

Sinclair se bajó del caballo, con la diversión marcada en el rostro.

— ¿Qué tenemos aquí? —Miró el cuerpo inconsciente de Wolfe, tirado en el suelo.

Hunter sacudió su mano en el aire, restándole importancia.

—No le prestes atención. ¿Les llevaste la nota a las autoridades?

—Así es, aunque no creo que se mude a la prisión Newgate pronto. — Sinclair se meció sobre sus talones.

—Supongo que no creyeron en nuestra teoría.

—Estaban más preocupados con como obtuve la nota y por qué me interesaba en gente por debajo de mi clase. —Soltó un suspiro de alivio. —Al final accedieron a revisar el caso, gracias a tus monedas.

—Maldita sea. —Hunter volvió a mirar a Wolfe antes de mirar a Sinclair de nuevo. —Ayúdame a sacarlo de aquí. Levántalo de los pies y yo de los

brazos. —Colocó sus manos debajo de los brazos del hombre mientras Sinclair lo tomo de los pies. —Lo colocaremos en su carruaje y le diremos a su chofer que se lo lleve a su casa.

Sinclair asintió con la cabeza justo cuando la bota de Wolfe se resbalo de su agarre. El pie golpeó el suelo antes de que Sinclair se las arreglara para atraparlo. El ojo de Wolfe se abrió por unos centímetros, un gruñido salió de sus labios.

Hunter se quedo quieto. Quizás el hombre perdería la conciencia de nuevo. El alivio lo invadió cuando Wolfe cerró sus ojos de nuevo.

—Abre la puerta. —Ordeno Sinclair.

El conductor se bajo de su asiento.

—Con cuidado, no quiero que se despierte. —Aun sosteniendo los brazos de Wolfe, Hunter subió al carruaje, acomodando al hombre inconsciente en el asiento. Sinclair empujó sus piernas de manera que Wolfe quedo acostado sobre la acolchonada superficie.

Hunter salió del carruaje antes de dirigir su atención al conductor de Wolfe.

—Llévalo a casa.

El conductor se inclino en una reverencia.

—De inmediato, mis señores.

Hunter regreso a la cabaña, Sinclair siguiéndolo de cerca.

— ¿Pretendes contarme algo, o es parte de tu plan mantenerme con la duda? —Los ojos de Sinclair brillaron.

Hunter volteó a verlo.

—No hay mucho que reportar. El maldito tonto quería sacar a las mujeres de aquí. Luego se atrevió a colocar sus manos sobre ellas.

— ¿Mujeres? ¿Son más de una?

Hunter asintió con la cabeza.

—La señorita Woodcourt vive con su abuela, la señora Oaklawn.

— ¿Y en donde están estas mujeres ahora?

—La Residencia Aubry.

Sinclair levantó una ceja.

—La trama se pone cada vez más interesante. ¿Qué pretendes hacer con la atrevida muchacha?

El corazón de Hunter latió con prisa. *Santo cielo, ayúdame a mantenerla a salvo.*

—Suficiente sobre la señorita Woodcourt. Debo enfocarme en detener a Wolfe.

Sinclair lo tomó del hombro.

—Dale un poco de tiempo. Dijeron que si lo interrogarían como parte de su investigación. Resulta que, la nota no era evidencia suficiente para realizar cargos en su contra, pero las autoridades lo detendrán. Todo en su debido tiempo.

No sería lo suficientemente pronto para el gusto de Hunter. Tendría que encontrar una manera de mantener a la señorita Woodcourt a salvo, incluso de sí mismo. Sería mejor que él permaneciera en Londres en su propiedad en la ciudad, pero no podía ignorar sus responsabilidades. El deber le exigía que regresara a Roselawn.

El vagón que había mandado a pedir, llegó distrayéndolo de sus pensamientos. Hunter entró en la cabaña, quitándose el saco. Entre más pronto vaciaran la cabaña, más pronto podría regresar a casa. Una sonrisa se extendió en su cara. *Maldito tonto, no puedes tenerla.*

Capítulo 9

La idea de que la señorita Woodcourt le perteneciera a otro hombre le ponía los nervios de punta a Hunter. Despreciaba la idea de que otra persona que no fuera él, intimara con ella, conociendo las partes que ella mantenía en secreto: su mente, cuerpo y alma.

Las piedritas crujieron bajo sus botas conforme avanzaba hacia la Residencia Aubry. Al diablo con el compromiso, jamás permitiría que Wolfe se casara con ella.

Dentro de la casa, le entregó sus guantes al mayordomo antes de retirarse el sombrero y la capa.

— ¿Ya acomodaron propiamente a mis invitadas?

— Así es, mi señor.

— ¿Dónde puedo encontrarlas? — Hunter miró hacia el fondo del pasillo antes de regresar su atención a su sirviente. Las declaraciones de Wolfe resonaban en su mente. Apisonó al fondo de su mente la urgencia de encontrar a la señorita Woodcourt para obtener respuestas.

— En el salón de estar, mi señor.

Hunter asintió con la cabeza mientras se dirigía a la dirección indicada. Dio vuelta en la esquina pero se detuvo ante la vista de su hermana parada cerca de la chimenea de mármol.

— Joyas, no te esperaba.

Ella inclino su cabeza.

— Imagina mi sorpresa cuando llego y me encuentro a mi costurera junto con su abuela en la Residencia. — Una amplia sonrisa ilumino su cara. — Simplemente *tenía* que esperar a que regresaras.

— Por favor dime, ¿A dónde se ha ido la señorita Woodcourt? — Se sentó en la silla alado de su hermana.

— ¿Acaso no te interesa la ubicación de la señora Oaklawn? — Su voz sonaba burlona.

Joyas parecía estar divirtiéndose a sus expensas. Hunter se aclaró la garganta.

— Por supuesto que me interesan ambas mujeres, pero esperaba poder hablar con la señorita Woodcourt.

—Me temó que esperaste demasiado. Ambas invitadas se han retirado a su habitación esta noche. —Tomó su abanico y lo abrió. —Dime ¿qué es lo que tienes planeado?

La chispa en sus ojos le dio a entender que ella sabía perfectamente cómo es que las mujeres habían llegado a la Residencia. Hunter se levantó para acercarse a la mesa y servirse brandy. La idea de compartir su plan con ella no le gustaba. Prefería protegerla del lado oscuro de la vida.

— ¿Acaso tu intención es hacerme esperar durante la noche entera por una respuesta?

Se sirvió una gran cantidad del oscuro líquido y le dio un trago. Hasta donde podía entender, las mujeres ya le habían dicho a Joyas todo sobre sus problemas. Si ese era el caso, ella ya sabía sobre el peligro que Wolfe presentaba.

La miró, con los labios apretados. Por supuesto que su hermana ya sabía. De otra manera, no le hubiera preguntado sobre su plan.

—Si debes saberlo, planeo llevarlas a la Mansión Roselawn y hospedarlas en la cabaña vacía detrás del jardín de la propiedad.

—Lo prohíbo. —Joyas golpeo la mesa a su lado con el abanico. —Esa cabaña ha estado vacía por varias generaciones. Está en muy mal estado. Ni siquiera es apta para los insectos.

—Te equivocas en lo segundo. Mande a reparar la cabaña la primavera pasada. —La estudio mientras regresaba a su silla. La manera en que fruncía el ceño le indicaba que no dejaría el tema con facilidad. —No dejaría que vivieran en la cabaña si no estuviera en un estado estable.

—Deberás alojarlas en la propiedad principal. Puede que no sean de la aristocracia, pero son unas damas propias. —Joyas lo miró fijamente.

— ¿Debes de ser tan obstinada, Joyas?

—Por favor, Hunter. —Su voz de suavizo.

Demonios, jamás ha podido negarse a sus deseos.

—Muy bien. Se hará lo que tú digas. —Se talló la mandíbula con una mano. Si debía ser honesto consigo mismo, tenía que admitir que le gustaba la idea de tener a la señorita Woodcourt tan cerca, por muy peligrosa que fuera la idea.

—Esplendido. Yo también los acompañare. —Sonrió conforme se movía hacia la puerta. —Eso hará que la tarea de completar mi nuevo guardarropa sea mucho más sencilla.

Tener a Joyas a bordo en su plan, podría probar se una ventaja. Ciertamente mantendría ocupada a la señorita Woodcourt. Asintió con la cabeza.

—Pretendo salir inmediatamente después de desayunar.

—Es bueno saberlo. Llegare temprano y preparada para el viaje. — Dedicándole una última sonrisa, se retiró.

Hunter se recargo en su silla, estirando las piernas enfrente de él. Quizás tendría la oportunidad de hablar con la señorita Woodcourt antes de su partida en la mañana.

Dejo que su cabeza cayera hacia atrás, cerró los ojos y recordó los eventos del día en su mente. Ella y su abuela negaron el compromiso. Sin embargo, Wolfe parecía demasiado seguro. No importaba. Un compromiso no era una unión legal. Mañana llegaría pronto. Se levantó para caminar hacia la mesa, con el vaso en la mano. Justo cuando había tomado la licorera, el sonido de unas pantuflas en el pasillo llamó su atención. Colocó el brandy en la mesa y caminó hacia la puerta.

La señorita Woodcourt estaba parada cerca de las escaleras vestida con una bata color índigo. Su pulso se acelero conforme la estudiaba. Tenía una mano en su pequeña cintura y su cabeza miraba a todos lados, revelando un maravilloso perfil mientras ella revisaba todo el pasillo.

Hunter dio un paso fuera del salón, aclarándose la garganta.

Ella brincó y se dio la vuelta para encararlo. Su mano apretada contra su pecho.

—Discúlpeme. No pretendía asustarla. —Hunter se acercó más a ella.

—No podía dormir y esperaba poder encontrar la cocina para calentarme un poco de leche. —Ella lo miró a los ojos.

— ¿La cocina? Tengo sirvientes para hacer esos mandados. Pudo haberle pedido ayuda a alguno de ellos.

Ella sonrió.

—Supongo, pero no estoy acostumbrada a tales cosas. Parecía más sencillo hacerlo yo misma. No quiero molestar a nadie tan tarde.

Él miró en sus verdes ojos. La amabilidad se reflejaba en ellos y eso entibiaba su alma.

—Muy bien. Sígame. —comenzó a caminar hacia la entrada de la servidumbre. Si ella deseaba servirse por si misma su leche, él la ayudaría en su tarea.

El sonido de sus pantuflas se detuvo y se dio la vuelta para mirarla. Ella estaba parada, estudiando un retrato de sus padres colgado en un marco dorado.

—Usted se parece mucho al caballero en el retrato. ¿Acaso es su padre?

Hunter se movió para colocarse a su lado.

—Sí.

Ella hizo un gesto hacia la mujer.

—Su madre es hermosa.

—Sí, lo era.

Un sonrojo apareció en las mejillas de la señorita Woodcourt.

—Entonces, ¿ya fallecieron? O por lo menos su padre, si no como es que... Lo siento.

Hunter estiró una mano y retiró un rizo castaño de la frente de ella.

—Está bien. Ya he hecho las paces con su muerte. ¿Qué le parece si conseguimos su leche ahora?

La esquina de sus labios rosas se alzó un poco.

— ¿Quizás tenga algo un poco más fuerte para ofrecerme?

—Por aquí. —Dirigió el camino a su oficina y sirvió dos vasos de brandy antes de entregarle uno a ella.

Ella le agradeció con una sonrisa, tomando el vaso que le ofrecía.

— ¿Podemos discutir el asunto del compromiso? — Hunter le indicó una silla cerca de su escritorio.

Algo apareció en su mirada antes de que se moviera al asiento que le ofrecían. ¿Era miedo? ¿Pánico? Claramente no era un tema que ella disfrutaba discutir. Aun así, él necesitaba saber. No sería capaz de ayudarla si no entendía por completo la situación.

Ella levantó su vaso y le dio un trago delicado. Su mano temblaba lo suficiente para que el brandy se sacudiera en el vaso de cristal. Hunter tragó saliva cuando ella lo miró, luego se sentó en la silla enfrente de ella.

—Por favor, explíqueme a que se refería Wolfe. —Sonrió de manera en que esperaba fuera alentadora.

— ¿A qué se refiere? —Ella miró al suelo y tiró de un hilo imaginario en su bata.

—Él dijo que estaban comprometidos.

—No me casaré con él. —Ella levantó la mirada, viéndolo a los ojos, finalmente.

El miedo irradiaba de su cuerpo mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos. Su corazón sentía pena por ella.

—Preferiría morir. —Su voz tembló.

Hunter se levantó para ir a sentarse a su lado. No pudo contenerse de rodearla con un brazo.

—Necesita saber la verdad para poder ayudarla.

Ella se mordió el labio inferior.

—Señorita... ¿puedo llamarla por su nombre de pila? Por lo menos cuando estemos solos. — Ella asintió con la cabeza. —Rose, haré todo lo que esté en mi poder para evitar que el matrimonio con Wolfe suceda, pero debo de saber contra qué me estoy enfrentando.

Haría todo lo que estuviera en su poder, excepto por casarse con ella. No podría someter a Joyas, o su apellido, al desdén que causaría tal arreglo. No lo haría.

Ella levantó su vaso, bebiendo el resto del contenido de un solo trago. Cuando ella se pasó la lengua por los labios, los músculos de él se tensaron. Lucho contra la urgencia de inclinarse y probar su dulzura.

Ella suspiro.

—Lord Aubry...

—Llámame por mi nombre.

Ella parpadeo en su dirección.

—Antes de que mis padres murieran, hubo un acuerdo para formar el compromiso. La copia del señor Wolfe fue destruida cuando la casa de su familia se incendió. Sus padres también perecieron en el incendio. Poco después de eso, le rogué que me disculpara, que ya no quería respetar el acuerdo.

Hunter tomó su mano y la apretó ligeramente, alentándola. Él sostuvo su mirada mientras ella le contaba la historia entera. Solo hasta que ella hubiera terminado, se permitió hablar.

—Tienes que saber que él no puede forzar el acuerdo. Encontrare una manera de que te deje en paz.

Una lágrima se escapo, deslizándose por la mejilla de Rose.

— ¿No ves que Wolfe no se detendrá ante nada hasta que el matrimonio suceda?

Sus hombros se sacudieron cuando él la abrazó. Él acarició su mejilla antes de colocar sus dedos entre su cabello. Sus rizos eran muy suaves, tan femeninos.

—Jamás dejare que te posea. —Inclino su cabeza, rozando sus labios contra los de ella. —Estas a salvo aquí. Conmigo.

—A salvo. —Las palabras salieron de su boca como un suspiro.

Hunter juntó sus bocas de nuevo. Una necesidad primitiva de protegerla lo invadía mientras ella abría sus suaves labios, inclinando la cabeza para él. Él profundizo el beso, la dulzura de ella era lo que lo motivaba.

Ella lo rodeo con los brazos, acercándolo más. Sus curvas encajaban en él, como si sus cuerpos fueran dos piezas del mismo rompecabezas. Él movió sus labios hacia su cuello. Un pequeño gemido provino de ella.

Ella hizo su cabeza hacia atrás, permitiéndole un mejor acceso a su piel.

El sonido del cristal rompiéndose rompió la conexión. Él se separó de ella, su corazón golpeaba su interior mientras miraba alrededor de la habitación. Cuando regresó su mirada a ella, Rose se mordía el labio. Un ligero sonrojo se extendía desde su pecho hacia su cara.

—Debería irme. —Ella evitó su mirada, levantándose rápidamente.

Él tomó su mano, pero ella se soltó.

—Esto no puede suceder de nuevo.

Hunter se levantó, pero antes de que pudiera detenerla, ella salió corriendo de la habitación.

Tenía razón. Tenía que controlarse antes de deshonrarla. Ella jamás le pertenecería.

Capítulo 10

Rose miró por la ventana hacia el paisaje conforme el carruaje avanzaba y rebotaba en el camino. Chocó con la abuela, pero a duras penas se registró en su enredada cabeza. Estaba agradecida con Hunter por darles asilo y ayudarla en su problema con el señor Wolfe, pero jamás estaría tan cómoda en este lugar, como en su casa.

Por favor, permíteme regresar a casa pronto.

Los besos que compartió con él seguían apareciendo en su mente, causando que el calor se esparciera por sus mejillas. Miró de reojo a Hunter sentado alado de Lady Julia. No negaría que disfrutó de sus caricias.

Había una chispa entre ellos que era muy fácil de encender. Él la sentía también. Su atracción era visible en su mirada azul cielo siempre que la miraba, y se revelaba en la gentil manera en que la tocaba.

Necesitaba regresar a su vida normal antes de que perdiera su inocencia, o peor, su corazón. Porque, cuando estaba en sus brazos, le resultaba imposible resistirse. Podía encaminarla en cualquier camino que él escogiera.

—Ya falta poco.

Sus dedos se doblaron ante el agradable sonido del tono de voz de Hunter. ¿Cómo se sentiría escucharlo susurrarle palabras de afecto en el oído?

—Les encantará Roselawn. Hunter accedió a instalarlas en la casa principal. —Lady Julia sonrió detrás de su abanico.

El corazón de Rose dio un vuelco. Concentró su mirada en Lady Julia, quien se dio la vuelta para sonreírle a su hermano.

—Así es. —Los ojos de Lord Aubry sostenían un cariño para su hermana antes de que volteara a ver a la abuela. —Julia siente que estarán más cómodas en la Mansión, y yo pienso lo mismo.

—Es muy amable de su parte, mi señor. —La abuela se empujó los lentes sobre el puente de su nariz, una sonrisa genuina se asomó en su labios.

Hunter se encontró con la mirada de Rose, el calor en su mirada hizo que se sonrojara. Ella estudio el arco de sus carnosos y seductivos labios. Eran firmes y demandantes, pero gentiles al mismo tiempo. Quería sentirlos presionando sobre los suyos, de nuevo. Se le escapó un suspiro y una esquina de sus labios se alzó. ¿Sabrá lo que está pensando?

Su cara ardió con un sonrojo intenso. Miró por la ventana, sacudiendo con fuerza su abanico en un intento de refrescar sus mejillas. El peligro para su corazón era real. Vivir bajo el mismo techo probaría ser una tortura. ¿Cómo podría ser otra cosa cuando ella ya deseaba abrazarlo de nuevo?

Se estaba convirtiendo en una tonta, deseando a un Lord cuando ella sabía que nada bueno podría obtenerse. Esto tenía que parar. Tenía que cuidar a su corazón. Él ya había reclamado una fracción con sus elegantes acciones, gentiles caricias y delicadas palabras. No podía permitirle más acceso.

El carruaje se detuvo. Poco después, el lacayo abrió la puerta y desdobló los escalones de metal. Hunter salió primero, después ayudó a Lady Julia bajar. La abuela fue la siguiente.

Rose se movió hacia la puerta y aceptó la mano que Hunter le ofrecía. Sus largos dedos se cerraron alrededor de su mano, mandando una sacudida de deseo por su cuerpo. *Santo cielo*. En cuanto estuvo en el suelo, él la soltó, como si su mano lo hubiera quemado. Rose se movió para colocarse alado de su abuela.

Hunter camino hacia la puerta con las tres mujeres siguiéndolo. Le hizo un gesto con la cabeza a su mayordomo, mientras este tomaba sus guantes y su sombrero.

—Supongo que las cosas de la señorita Woodcourt y la señora Oaklawn ya llegaron.

—Sí, mi señor.

—Muy bien. Que retiren las cosas de la cabaña y las coloquen en el ala oeste. Las mujeres se quedaran en la Mansión durante su estadía.

El pulso de Rose se aceleró. Una mezcla de miedo y deseo se apoderaron de ella. Se quedaría en la Mansión, con él. Vivía en la Mansión de un Lord, en su casa de campo. Pero ella solo era la costurera de su hermana. No tenía porque estar aquí.

Cuando el mayordomo asintió con la cabeza, Lady Julia le entregó su capa con una sonrisa. Rose no pudo evitar notar lo cómoda y confiada lucía Lady Julia. ¿Acaso ella podría pertenecer en su mundo?

—Bienvenida, Lady Julia.

—Gracias, Berkley. — Se dio la vuelta hacia la señorita Woodcourt, que estaba parada cerca de la señora Oaklawn. —Denle sus capas.

Después de entregarle las prendas, Rose miró a Hunter. Como sus clientes siempre iban a su cabaña, jamás había estado dentro de una casa tan grande. No tenía idea de que hacer o cómo comportarse.

Lady Julia se paró a su lado y le dio unas palmaditas en el brazo.

¿Acaso sintió su incomodidad? Rose se sonrojó con incomodidad. Le ofreció una sonrisa temblorosa a Lady Julia.

Parte de ella disfrutó la idea de hospedarse aquí, y vivir la privada vida de la nobleza, aunque sea por un corto tiempo. La otra parte sabía que ella pertenecía en la planta baja. Había un precio que pagar si se permitía soñar. Los sirvientes de Hunter verían a través de su fachada. No le permitirían olvidar su lugar en la sociedad.

Un nudo se le formó en la garganta. Pero qué desastre se estaba volviendo su vida. Se había convertido en una impostora sin hogar, quien lo diría.

—Lady Julia, ¿podría llevar a las mujeres a la habitación de trabajo hasta que sus habitaciones estén listas? Tengo unos negocios que atender que requieren mi atención inmediatamente. — Hunter tiró de su corbata, aflojando el amarre.

—Por supuesto, con gusto.

Le dirigió media sonrisa a Rose antes de caminar por el corredor.

Ella miró la forma en que sus piernas se movían conforme caminaba. Sus pisadas eran fuertes y poderosas, llenas de confiada masculinidad. Le hizo desear que no se hubiera soltado tan pronto del abrazo de la noche anterior. También lo había sentido poderoso, pero al mismo tiempo lo sintió sensible y claramente preocupado por su problema.

El recuerdo le aceleró el corazón. Se sacudió mentalmente todos estos sentimientos. Sí. Hunter se preocupaba por ella, pero la veía solamente como alguien que necesitaba ayuda. Se ocuparía de salvarla de Wolfe y regresarla a su hogar, nada más.

* * * *

Hunter bebió una copa de vino. El líquido le entibio las entrañas, pero no hizo nada para calmar su mente. Se había comportado como un verdadero canalla la noche anterior al abrazar a Rose, tomándola con desesperación cuando ella estaba inquieta.

Ningún caballero se comportaría de esa manera. Y maldita sea si él no la deseara tanto. El deseo por sentir su delicada piel contra la suya y pasar su lengua por todas las partes sensibles de su cuerpo lo abrumaba. Su erección se alzaba en sus calzoncillos con el más pequeño recuerdo de ella. Maldita sea la muchacha por ponerlo al borde de la locura. Por hacer que le importe.

Lleno su copa una vez más antes de dejarse caer en la silla detrás de su escritorio de caoba. Como si su comportamiento de la noche anterior no hubiera sido lo suficientemente malo, había estado coqueteando con ella en el carruaje esta mañana. El sonrojo oscureciendo sus mejillas hizo que deseara besarla de nuevo. Si hubieran estado solos, la hubiera abrazado y la hubiera besado hasta dejarla sin sentido.

Se bebió la copa de un solo trago. Si fuera cualquier otra mujer, la llevaría a su cama para una buena revolcada y así poder sacarla de su sistema.

Oh, maldita sea. ¿A quien quería engañar? Llevarla a la cama una sola vez jamás sería suficiente. Negar que sentía algo más por ella que el simple deseo no le hacía bien. Pero no podía tenerla. No en la manera en que ella se lo merecía. Rose necesitaba un hombre que pudiera proveerle una familia y un hogar estable. Ella se merecía un “Felices para siempre”. El título de amante no le quedaba y el no podía ofrecerle algo más que eso. Las obligaciones de Hunter eran con su título y su familia.

Miró al montón de correspondencia en su escritorio. La carta en la punta del montón atrapó su atención. Tomó la carta y la estudió. *Wolfe*. Sin siquiera molestarse en buscar el cuchillo para abrir cartas, rompió el sello y escaneó su contenido. *Tonterías*. ¿El sinvergüenza creía honestamente que entregaría a Rose en una bandeja de plata simplemente porque los comprometieron?

Hunter hizo bola la carta y la aventó al otro lado de la habitación. Chocó contra el librero antes de caer al suelo. Rose había sido muy clara en su deseo por no casarse con el hombre, y él creía que ella tenía muy buenas razones para romper el compromiso.

Su estomago se agito. Wolfe no cedería tan fácilmente. Hunter no podía envidiar al hombre en ese aspecto. Si él fuera libre de casarse con ella, él también desearía hacerlo lo más pronto posible. Ella era hermosa, valiente, y compasiva. También era inteligente. ¿Qué más podría desear un hombre en una esposa?

Tragó saliva. Si los corredores de Bow Street no encontraban la evidencia suficiente para mandar a Wolfe a la prisión Newgate... su corazón dio un vuelco. Por mucho que le doliera, le encontraría una pareja apropiada a Rose y le otorgaría una gran suma de dinero para mantenerla a salvo del desprecio de la sociedad. *Por favor, que no llegemos a esa situación.*

Hunter pasó las siguientes horas intentado enterrar su miseria en sus libros de contaduría y enormes cantidades de vino. Probaron ser una distracción muy débil ya que su mente continuaba divagando en Rose.

Se levantó y estiro su espalda. Joyas estaría esperando a que se apareciera en el comedor para cenar. La verdad era que esperaba con ansias la oportunidad de pasar más tiempo en presencia de Rose.

Más tarde, cuando bajo a la sala de estar, contuvo su respiración. Rose era toda una visión, vestida con un vestido azul de satín adornado con organdí, con su cabello castaño sobre su hombro, amarrado en una coleta de lado con una cinta del mismo color. Si uno no lo supiera, la vincularían con un miembro de la aristocracia.

Ella se encontró con su mirada y una brillante sonrisa ilumino su rostro. Jamás había visto un ejemplo tan impresionante de la belleza femenina.

El vestido azul pertenecía a su hermana. Ella lo había usado en la última fiesta de jardín a la que habían asistido. Recordó como su esposo la había elogiado con que resaltaba sus ojos. Joyas pagaría caro por esto. Retiro a la fuerza su mirada de Rose y se enfoco en regañar con la mirada a la pequeña traviesa que estaba parada a su lado.

Joyas inclino la cabeza, con una sonrisa traviesa en sus labios.

Hunter apretó los dientes. Ella parecía tan satisfecha consigo misma.

—Qué bueno que nos acompañas. Ahora, no te quedes parado ahí, muero de hambre. —Se acercó más a la puerta. —Puedes escoltar a la señorita Woodcourt. Yo caminaré con la señora Oaklawn.

Hunter miró a la anciana. Ella le ofreció una sonrisa. Él se la regresó al mismo tiempo que le ofrecía el brazo a Rose.

La punta de los dedos de Rose le rozaron el brazo antes de descansar su mano sobre la manga de su saco. *Lujuria, nada más*. No podía permitirse creer nada más que eso. De lo contrario, su corazón estaría en un peligro seguro.

La acompañó fuera de la sala de estar. La caminata al comedor fue una tortura exquisita. Casi suspiro aliviado cuando Rose le soltó el brazo para tomar su asiento.

La conversación permaneció ligera mientras cenaban. Joyas parloteo sobre Londres y la temporada que acaba de terminar. Por eso, estaba agradecido. Atrapó a Rose mirándolo un par de veces y se descubrió a si mismo mirándola por lo menos una media docena de veces. Trató pero no podía evitar mirarla.

Ella pasó su lengua por su labio superior cuando él la estudiaba por la centésima vez. Tragando saliva, levantó su vaso para que le sirvieran otra

bebida. Apostaría lo que fuera a que ella no tenía idea de lo atractiva que era, o lo que ciertos gestos, como el lamerse el labio, provocaban en un hombre.

—Les di un paseo a la señorita Woodcourt y a la señora Oaklawn por la Mansión antes de que se acomodaran en su habitaciones, —dijo Joyas. — Quizás, mañana podamos llevarlas a pasear por toda la propiedad.

Hunter retiró su mirada de la encantadora cara de Rose.

—Oh no, no quisiera molestarlos. Estos viejos huesos no lo soportarían. —La señora Oaklawn pinchó un pedazo de carne con su tenedor.

—Está decidido, entonces. —Hunter colocó su vaso en la mesa y miró a su hermana.

Ella frunció el entrecejo.

—Por supuesto que no. Quizás a la señorita Woodcourt si le gustaría el paseo. Nosotros tres podríamos disfrutar de paseo a caballo por la mañana y mostrarle los alrededores. — Dirigió su atención hacia Rose. —Por favor, dime que si te gusta montar a caballo.

Hunter miró a Rose, con la respiración agitada. Su respuesta importaba más de lo que él podría admitir.

Ella asintió con la cabeza.

—Resulta que me gusta mucho montar a caballo y estaré más que dispuesta a acompañarlos.

Hunter no pudo detener la euforia que se estaba extendiendo dentro de él. Tenía una gran pasión por las actividades ecuestres y le agradó escuchar que a Rose también le gustaba. Pero como fuera, no podía permitirse pasar más tiempo con ella.

Hunter hizo su vaso a un lado.

—Confío en que puedas mostrarle la propiedad a la señorita Woodcourt. Me temo que no puedo acompañarlas, los deberes me llaman.

Joyas resopló con desdén.

—Estoy segura de cualquiera que sea tu negocio puede esperar hasta después de nuestro paseo. La señorita Woodcourt es nuestra invitada y, si recuerdo bien, el otro día dijiste que deseabas pasar más tiempo conmigo.

Un sonrojo se extendió por las mejillas de Rose, causando que se apretaran sus entrañas. Alejó su mirada de ella para mirar a su hermana. La forma en que ella lo miraba, haciendo un puchero, derritió sus barreras. Sabía cómo llegar a él.

—Oh, de acuerdo. Las acompañaré.

El brillo en los ojos de Joyas envió una advertencia a su cerebro. Conocía esa mirada y sabía que nada bueno llegaba con ella.

Capítulo 11

Rose se sentó de lado en el caballo que Lady Julia había seleccionado para ella. Una cálida brisa removi6 los rizos que sobresalían de su gorrito.

—Es un hermoso día para cabalgar.

—Ya lo creo. —Lady Julia se aseguró de que sus guantes para cabalgar estuvieran colocados propiamente en sus manos. —Mi hermano no tardará mucho en unírseos. Nunca ha sido tan puntual.

Rose ahogó una risita. Le tenía cariño a Lady Julia. Si no fuera por la diferencia de clases sociales, la llamaría su amiga.

Después de cenar la noche anterior, Rose le había hecho una prueba de vestuario. Rose le contó todo sobre su problema con Wolfe, su niñez, y los Devontons mientras trabajaba en el vestido. Para ser recíprocos, Lady Julia le conto sobre su familia y el escándalo más reciente sobre su boda. *¡Con un comerciante!*

Rose miro alrededor, hacia la enorme mansión con sus alrededores tan arreglados. Debió de ser un lugar maravilloso para crecer en este mundo.

—Aquí viene ya. —Lady Julia señaló a su hermano con el mentón.

Rose estiró el cuello mientras Hunter daba vuelta en la esquina del establo cabalgando un semental musculoso. Vestía unos pantalones para cabalgar negros con una camisa blanca que se amoldaba a su poderoso cuerpo. El sol brillaba sobre su cabello negro y sus ojos brillaron.

Cuando él se dio cuenta de que ella lo miraba fijamente, ella se sonrojó y miró a Lady Julia en un intento por distraerse. No tuvo suerte. Su mirada regreso a él, como si tuviera voluntad propia.

—Pensé que podríamos cabalgar a lo largo del lado oeste hacia el extremo sur de la propiedad, —dijo Hunter. —Luego, atravesar el claro del lado este. Podemos detenernos en el estanque en el camino de regreso al establo.

Bendito cielo. Su voz mando un delicioso escalofrío por el cuerpo de Rose. Apretó las riendas entre sus manos y empujo el caballo hacia adelante con los tacones de sus botas. Seguramente, debía ser vergonzoso desear a un hombre de tal manera. Había estado acostada y despierta durante horas anoche, perdida en sueños que sabía que jamás se harían realidad. Ahora, su boca verdaderamente se le hacía agua por el encantador Lord.

Lo peor de todo, es que ya le había otorgado una pieza de su corazón. Un acto más de bondad la pondría en verdadero peligro de enamorarse de él. Le dolía admitirlo, pero un beso más también podría hacer el trabajo.

—Te encantará el extremo sur de la propiedad. Es muy pacífico, casi mágico. —Lady Julia dirigió su atención hacia el frente. —De jóvenes, mi hermano y yo pasábamos tanto tiempo como pudiéramos ahí.

—Suenan espléndido. —Rose estiró una mano cubierta por un guante y acarició el cuello del caballo. —Siempre me he sentido atraída por la naturaleza.

—En ese caso, seguramente disfrutaras de esta aventura.

Rose miró más adelante, a Hunter. El cabalgaba varios metros delante de Lady Julia y de ella. Rose incitó a su caballo a cabalgar a medio galope. Lady Julia hizo lo mismo, y en poco tiempo, los tres estaban galopando por el terreno. Por un momento, Rose olvidó sus problemas mientras disfrutaba la sensación de libertad que siempre encontraba al cabalgar sin restricciones.

Poco después, Lady Julia detuvo su caballo.

Rose dio un tiró a las riendas para detener su caballo mientras Hunter le daba la vuelta al suyo para acercarse a su hermana.

—¿Por qué nos hemos detenido? —Levantó una ceja hacia su hermana cuando estuvo a su lado.

Lady Julia levantó una mano para colocarla en su frente.

—Me temo que no podre continuar. Me duele la cabeza.

La decepción golpeó a Rose.

—Necesitas descansar. Regresemos al establo. ¿Quizás podamos intentarlo otro día?

—Claro. —Hunter tomó sus riendas.

Lady Julia bajó la mano.

—No se preocupen por mí. Soy perfectamente capaz de regresar sola. —Le hizo un gesto a su hermano con la cabeza. —Deseo que ustedes dos continúen.

Durante un breve momento, Rose pudo jurar que vio el fastidio en los ojos azules de Hunter.

—No sería apropiado. —Hunter dio un tiró a las riendas, su caballo bailó debajo de él.

—Honestamente, Hunter, te preocupas demasiado. ¿Quién podría verte aquí afuera? ¿Y qué tiene de malo que le muestres el terreno a tu invitada? —Le dio un tiró a sus riendas y su caballo se dio la vuelta hacia el establo.

—De verdad, no me molesta regresar al establo. —Rose jugueteo con el listón que sostenía su gorrito en su lugar.

Lady Julia sacudió la cabeza.

—Me sentiría terrible por arruinarles el paseo matutino si lo hicieran. — Le indicó a su caballo que avanzara, y miró sobre su hombro hacia Hunter. —Mandare a un acompañante para que se les una.

Antes de que Hunter pudiera objetar, Lady Julia se retiró a medio galope. Rose se acomodó el cabello de la parte trasera, donde sobresalían de su gorrito.

—Espero que se recupere pronto.

—Puedes contar con ello, —dijo sonriendo. — ¿Continuamos?

¿A qué se refería con eso? Se mordió el labio; no debía preocuparse por eso. Aunque ella no tenía hermanos, si entendía que ellos tenían sus formas de interactuar. Asintió con la cabeza y le dio una gentil patada a su caballo.

Conforme avanzaban, miró alrededor, admirando los robustos y viejos arboles, estatuas y abundante vida salvaje. Intentaría lo que fuera por mantener fuera de su mente al Lord que cabalgaba a su lado. Parecía que estaba determinado a no hablarle. Unas cuantas veces, él la miraba, pero jamás sonrió.

Se acercaron a lo que ella supuso que debía de ser la parte trasera de la propiedad y entraron en un área llena de arboles. Quizás ahora sería un buen momento para preguntarle sobre la evidencia que habían encontrado. Si pudiera lograr que hablara. Rose respiró hondo y lo miró de reojo.

— ¿Serías tan amable de decirme cual es el progreso en cuanto al señor Wolfe?

El cabalgó a su lado, una mano descansando en su musculoso muslo mientras que la otra sostenía sus riendas.

—Sinclair llevó la nota que encontramos ante los corredores de Bow Street. Los he contratado para que investiguen el asunto. Ya veremos qué es lo que ellos descubren.

— ¿Crees que será suficiente para enviarlo a Newgate?

Una sonrisa traviesa iluminó el rostro de Hunter.

— ¿Estamos hambrientos de sangre, cierto?

Las mejillas de ella se calentaron y retiró su mirada de él.

— ¿Bromeas cuando yo estoy preocupada por mi vida?

—Mis disculpas, Rose. Me temó que no pude evitarlo, pero te prometo que me tomó esta situación seriamente.

A pesar de su molestia, su corazón se aceleró ante el uso familiar de su nombre. Dirigió su atención de nuevo a él.

—Disculpa aceptada. Ahora, responde mi pregunta.

—La nota por sí sola no es suficiente. Sin embargo, cuando uno lo combina con la muerte del hombre que la escribió, presenta un caso irresistible.

—Muerte. — A duras penas pudo susurrar la palabra, conforme la sangre se le escapaba de la cara.

—El hombre fue encontrado flotando cerca de la orilla del Río Támesis, con un disparo en el cuerpo.

El estomago de Rose dio un vuelco. Ella sabía que Wolfe era capaz de casi cualquier cosa, ¿pero asesinato?

— ¿Estás seguro?

—Uno no puede estar cien por ciento seguro, pero la evidencia es irresistible. Cualquiera que sea el caso, encontraré una manera para que deje de buscarte.

—Te creo. —Ella lo miró a los ojos. —Hablemos de algo más agradable.

— ¿Ves esa abertura adelante, entre los robles?

Ella miró en la dirección que él le indicaba, asintiendo con la cabeza cuando encontró un espacio donde la arboleda parecía partirse.

—El estanque está al otro lado de esos árboles. De joven, ese era mi lugar favorito de toda la propiedad. —Hizo que su caballo comenzara a trotar. — Lo usábamos para todo, desde un fuerte hasta un espacio para nadar.

Cuando Rose lo siguió entre los árboles, una abertura circular y enorme se presentó ante ellos con un estanque en el centro. Los rayos del sol bailaban sobre el agua, brillando como miles de cristales. Una banca se encontraba del otro lado del estanque, debajo de un marco cubierto de flores.

Ella inclino su cabeza hacia él.

— ¿Podríamos caminar alrededor del estanque? Me encanta cabalgar, pero apreciaría un vistazo de cerca.

—A mí también me gustaría estirar las piernas. Hay unos postes por allá, cerca de la orilla del agua. —Señaló hacia su izquierda.

Ella lo siguió mientras avanzaban hacia los postes.

Una vez que aseguro a su semental, se acercó a ella.

—Permíteme ayudarte a bajar.

Ella soltó las riendas y se deslizó para bajar de su montura. Él la agarró por la cintura. Su mirada se concentro en la de él conforme la bajaba al suelo.

El deseo oscureció los ojos de Hunter por un segundo, antes de que retrocediera un paso. La piel de ella cosquilleo donde las manos de él se habían colocado. Se inclinó para alisar la falda del atuendo para cabalgar que Lady Julia le había prestado.

—Aquí es donde Padre me enseñó a pescar. Él mandó a instalar los postes... y la banca también. Julia, Madre y yo pasábamos mucho tiempo aquí.

Rose lo miró a los ojos.

—Suena a que tu padre se preocupaba mucho por su familia.

—Era un hombre maravilloso. —Hunter le ofreció el brazo.

Ella colocó sus dedos en su codo. Las ya familiares mariposas se revolviéron en su estomago, y acomodó su mano para sostenerlo un poco mejor.

—Mi Papá también era un gran hombre.

Hunter enarcó una ceja.

—Papá siempre hizo lo mejor que pudo para cuidar de mí y de Mamá. Si estuviera vivo para ver en que se ha convertido el señor Wolfe, él mismo hubiera cancelado el compromiso.

—Estoy seguro de que así sería. —Hunter le dio unas palmaditas en la mano.

Su corazón dio un ligero vuelco. ¿Se atrevería a creer que él se había encariñado con ella?

—Mi padre fue asesinado en un accidente de cacería. Mi madre murió de tristeza quince días después.

Rose sintió pena por él.

—Lamento mucho que ya hayan partido. Me hubiera gustado conocerlos. —Ella lo miró. —Los míos murieron en un accidente de carruaje. Encuentro cierto alivio al saber que por lo menos están juntos.

Un par de patos se deslizaron en el estanque, salpicando agua a su paso. Ella sonrió ante esto.

— ¿Te molestaría si nos sentamos y observamos el lugar un rato antes de regresar?

—No si a ti te complace hacerlo. —Los dirigió hacia la banca y espero a que ella se sentara antes de sentarse a su lado.

Era tonto creer que sus palabras eran sinceras, pero de alguna manera, no podía evitarlo.

Él acarició su mejilla con la parte trasera de su mano, dejando un rastro cálido.

Ella se inclinó, con los labios abiertos con anticipación.

—Ahem.

Hunter se hizo hacia atrás, poniendo un poco de espacio entre ellos en la banca.

Avergonzada, Rose miró al suelo y pateó una roca. ¿Qué tan tonta podría ser? La atraparon ofreciéndose sin vergüenza, y a plena luz del día. Como si fuera una... una cualquiera.

—Todo está bien. —Le susurro Hunter.

Rose tragó saliva y se obligó a mirarlo a los ojos, aunque ella sabía que nada jamás estaría bien en su mundo, de nuevo.

Capítulo 12

Sinclair estaba parado a unos cuantos metros, con una sonrisa entretenida en sus labios. ¿Cuánto tiempo llevaba su amigo ahí, viéndolos? Lo suficiente para casi verlo comprometer a Rose, de eso estaba seguro. Hunter había estado tan perdido en el momento que no escuchó al caballo acercarse. Lo bueno fue que Sinclair hizo notar su presencia antes de que Hunter tuviera la oportunidad de besarla. Un nudo se formó en su garganta.

Se levantó, mirando a Rose. Ella aun estaba sentada en la banca, tomada de las manos sobre su regazo, con las mejillas sonrojadas fuertemente. Maldito sea Sinclair por molestarlos y causando que ella se sintiera avergonzada. Su pecho se ensancho, la urgencia de protegerla llenando sus músculos.

—Pensé que te encontraría aquí atrás. Aunque debo admitir que encontrarme aquí a la señorita Woodcourt es una sorpresa placentera. —Los ojos de Sinclair brillaron al mismo tiempo que se levantaba el sombrero para ofrecerle un saludo con la cabeza desde arriba de su caballo.

Su vestimenta para cabalgar hizo ruido al mismo tiempo que se levantaba, antes de inclinarse en una reverencia.

—Mi señor.

—Eres una imagen impresionante en ese vestido, aunque también me gustabas en pantalones. —Se burló Sinclair.

La quijada de Rose se aflojó y el color en sus mejillas se volvió de un rojo carmesí brillante.

Hunter se paró enfrente de ella para escudarla de la mirada de Sinclair.

— ¿A qué debemos el placer de tu visita?

— ¿Podemos hablar en privado? —Sinclair jaló sus riendas cuando su caballo dio un paso. —Tengo información para ti.

Hunter asintió con la cabeza.

—Primero, llevemos a la señorita Woodcourt a la casa. —Se dio la vuelta y le ofreció su brazo a Rose.

Ella miró a su caballo.

—Puedo regresar yo sola.

Quería prohibírselo, pero por como lucía (una mano en la cadera y los labios apretados) algo le dijo que mejor le daba su espacio. Sabía que solo

había una cosa por hacer cuando una mujer se presentaba de esa manera.

—Muy bien.

Ella camino hasta su caballo. Hunter la siguió, determinado en ayudarla a que se subiera a su montura.

—Espera aquí. —Hunter dirigió sus palabras sobre su hombro, hacia Sinclair.

Una vez que la alcanzó en los caballos, se estiró para tomarla del codo. Ella se dio la vuelta y sus ojos se encontraron. Hubiera dado lo que fuera para abrazarla y reconfortarla.

—Él no dirá nada. No hubo nada que ver, de cualquier modo. No tienes por que avergonzarte.

—Yo no estoy... oh, no importa. —Se dio la vuelta para concentrarse en su caballo.

¿Qué es lo que vio en su mirada? ¿Enojo? No, arrepentimiento. Ella deseaba ese beso tan desesperadamente como él.

—Permíteme ayudarte. —Él estiró una mano y, esta vez, ella no se resistió. Una vez que estuvo sentada apropiadamente, le señaló los árboles por donde habían entrado.

—Una vez que salgas por la abertura, cabalga sobre la izquierda. Los establos estarán justo enfrente.

Ella le ofreció una pequeña reverencia con la cabeza poniendo su caballo en movimiento.

Hunter se le quedó viendo. El vestido y el gorrito complementaban su belleza, envolviendo su figura en elegancia. Una vez más, su hermana había escogido bien. Sus entrañas se revolvieron ante la imagen de ella perdiéndose en la distancia. Deseaba subirse a su semental y correr detrás de ella, y reclamar el beso que ella le ofrecía voluntariamente.

—Aubry.

Se talló la mandíbula con una mano dándose la vuelta para ver a Sinclair.

—Si puedes concentrarte, tengo información de parte de los corredores.

—Guió su caballo hacia los postes antes de asegurar sus riendas.

Hunter alzó una ceja.

—¿Encontraron lo suficiente para realizar cargos en contra de Wolfe?

—No, pero hicieron unos descubrimientos. Resulta que este tipo Wolfe tiene una pequeña fortuna y, por lo menos entre las clases bajas, es temido.

—¿Qué tiene eso que ver con Ro... la señorita Woodcourt? —Se dio la vuelta hacia el estanque, mirando fijamente al par de patos que flotaban en la

superficie. *Maldita sea.*

—Así que ya te tuteas con ella. —Sinclair se rio al mismo tiempo que tocaba el hombro de Hunter.

—Estoy seguro de que no te concierne. —se dio la vuelta para mirar a Sinclair. —Dime algo que podamos usar.

—Ese es el problema, no hay nada que podamos usar. Seguirán buscando pero Wolfe cubre muy bien sus huellas. Eso o la señorita Woodcourt no está siendo honesta.

Hunter cerró sus manos en puños a sus costados.

—Te advertiré esto solo una vez, no hables de ella de tal forma. —No le quedaban dudas. Wolfe era peligroso. Había visto las acciones del hombre con sus propios ojos.

—Tranquilo, Aubry. —Sinclair soltó una risita. —La muchacha te ha atrapado. ¿Por qué no te casas con ella tu mismo y terminas con esto? Después de todo, ¿no es de eso de lo que se trata todo esto?

Hunter aflojó los puños, soltando un suspiro. Sinclair le había tendido una trampa intencionalmente y una vez más, él había caído en ella.

—Si te casaras con la muchacha, eso la arruinaría. Wolfe dejaría de buscarla.

—No puedo casarme con ella, y tú sabes perfectamente bien por qué.

—Yo no sé nada. Sí, sería poco convencional pero ambos sabemos que se ha hecho antes.

Las palabras de Sinclair tenía merito. Nadie sabía mejor que Hunter que los matrimonios entre clases sociales a veces ocurrían. Su hermana se caso con alguien por debajo de su estatus. Pero ella no cargaba con las obligaciones que él.

—Las circunstancias de Joyas eran completamente diferentes. Ella se caso con un hombre adinerado con un buen nombre a pesar de no poseer un título. Sin mencionar que ella no tenía un título propio. Incluso su boda causo un escándalo en la familia.

—Del cual tu familia se recupero pronto, y a juzgar por la felicidad de Lady Julia, el escándalo valió la pena.

Miró a Sinclair a los ojos.

—Soy un maldito Conde. Tengo responsabilidades con el título.

Sinclair camino hacia su caballo y se subió.

—Muy bien. Quizás sea yo quien la despose.

—Que ni se te ocurra. —Hunter se subió a su caballo. —Mantente alejado de ella.

La escandalosa carcajada de Sinclair llenó el aire.

Hunter se castigaría a sí mismo por haber caído en la trampa de nuevo.

Sinclair lo miró.

—Con honestidad, si no fuera por el escándalo familiar, ¿te ofrecerías a desposar a la muchacha?

—Sí. —La respuesta salió de la boca de Hunter antes de que pudiera considerar la pregunta siquiera.

—¿Por qué? —Sinclair hizo que su caballo comenzara a trotar.

Hunter lo siguió.

—Porque me preocupo por ella y deseo asegurar su seguridad.

—Porque la amas.

Hunter tragó saliva. *¿Era esto cierto?* Estaba seguro de que la deseaba, y sí disfrutaba de su compañía. Era una mujer hermosa e irresistible. *¿Pero amor?*

—No.

—No estoy de acuerdo. Y tú, mi amigo, eres un maldito tonto por negar tu propia felicidad.

Sinclair hizo que su caballo corriera por completo antes de que Hunter tuviera la oportunidad de defenderse. En lugar de eso, él corrió para alcanzarlo, con las palabras de su amigo resonando con fuerza en su cabeza.

¿Qué había de la felicidad de su familia? ¿Un escándalo los haría felices? Por supuesto que no. ¿Y qué había de Rose? No había razón para creer que ella ocultaba amor por él. Y si así era, ¿haría alguna diferencia?

Le dolía la cabeza para cuando se acercaron al establo. Maldito sea Sinclair por plantar semillas de duda en su cabeza. Esto necesitaba terminar. Necesitaba poner distancia entre él y Rose antes de que uno, o ambos, terminaran con el corazón roto.

Sus asuntos sobre la propiedad habían sido resueltos. No le quedaba ninguna otra razón para permanecer en la residencia. Regresaría a Londres de inmediato.

* * * *

Rose sostuvo la carta en su mano. El señor y la señora Devonton nunca le habían escrito una carta. Por supuesto, jamás hubo la necesidad ya que vivían

muy cerca. Tomo un abrecartas del escritorio.

— ¿Por qué crees que nos han escrito? —Pregunto la abuela desde donde se encontraba sentada, cerca de la ventana.

—No tengo idea. —Rose abrió el sello, desdobló el pedazo de pergamino y leyó el contenido. —Simplemente solicitan que pase a verlos cuando tenga la oportunidad.

Camino hasta donde estaba sentada la abuela, entregándole la carta.

La abuela se colocó bien los lentes conforme escaneaba la nota.

—Nos fuimos muy rápido. Quizás solo desean saber que estamos a salvo, o tal vez necesitan algo. —Rose se preocupa.

La abuela bajó la carta antes de mirar a Rose, con la preocupación en la mirada.

—De todas maneras, no es muy prudente hacerles una visita mientras el señor Wolfe siga libre.

Rose encuadro sus hombros. Odiaba sentirse como una prisionera. No es que Hunter o su personal fueran malos anfitriones. Estaba agradecida por su ayuda, pero también se rehusaba a permitir que Wolfe la intimidara.

—No le tengo miedo. Hay muy poco que él pueda hacer ahora.

—El hombre ha demostrado muchas veces que es capaz de cualquier cosa, —dijo la abuela. —Es mejor que no te pongas en su camino. Deja que Lord Aubry se encargue de él. Una vez que no sea una amenaza, serás libre de ir a donde tú quieras. Por ahora, escríbeles una carta asegurándoles que estas a salvo.

Rose cerró los ojos. Esto era una locura, todo.

—No creo que el señor Wolfe pueda causarme más daño en este punto. Ya se ha llevado lo que más me importa. No hay nada más con lo que pueda amenazarme. —*Nada más que la gente que ella amaba.* ¿Los Devonton estaban en peligro? ¿Les había hecho algo malo?

Las preguntas hicieron que se le revolviere el estomago. No podía permanecer a salvo aquí a sus expensas. No sería prudente seguir discutiendo con la abuela, pero tenía que ir con ello tan pronto como fuera posible.

Levantándose, la abuela colocó una mano en el hombro de Rose.

—Nos regresaran nuestro hogar, y cuando así sea, visitaremos a nuestros amigos. Solo ten paciencia.

Rose asintió con la cabeza.

—Sí, por supuesto.

—Bajare a ayudar en la cocina. La cocinera me concedió acceso a la cocina así que puede que hornee unos regalos para Lord Aubry. ¿Estarás bien?

Rose forzó una sonrisa.

—Eso le gustará mucho. No te preocupes por mí, estaré bien.

El momento en que la abuela desapareció del cuarto, Rose se dirigió al vestíbulo, donde tomaría su capa roja antes de salir por la puerta. Solo había accedido a ser paciente sobre el asunto de recuperar su hogar, no sobre visitar a los Devonton.

Que coincidencia que aun no se había cambiado de su atuendo para cabalgar. Se apresuró a llegar al establo y solicitó que le ensillaran un caballo. El joven que cuidaba el establo apenas le había entregado las riendas antes de que ella montara en el caballo, abriéndose camino hacia Londres.

Los Devonton tenían que estar bien. Wolfe no los lastimaría. No ganaría nada al hacerlo.

El caballo de rose acelero y ella parpadeo, aflojando su agarre en los costados. No se había dado cuenta de que estaba apretando al caballo. Quizás debió acudir a Hunter, explicarle sus preocupaciones y mostrarle la carta. Él hubiera ido a visitar a los Devonton en su lugar.

No. Después de todo lo que había sucedido entre ellos, no podía involucrarlo aun más. Con suerte, encontraría que los Devonton solo necesitaban de su ayuda en una pequeña tarea. Una vez que los ayudara, regresaría a Roselawn sin que nadie siquiera notara su ausencia.

Todas las formas de escenarios que no eran agradables corrieron por su mente. Esta vez, no se contuvo de hacer que el caballo galopara. Wolfe podría estar robándoles su hogar también. ¿Qué tal que él destruyo su jardín y ahora no tenían comida? O peor, ¿y si los atacó?

Suspiró aliviada cuando se acerco a la cabaña de ellos. Por lo menos, desde afuera todo parecía estar bien. Disminuyo la velocidad, dirigiendo el caballo hacia el jardín.

Rose se bajo del caballo antes de asegurar las riendas en un árbol cercano. Su imaginación había pensado lo peor. La abuela siempre le decía que tenía una imaginación salvaje.

Frente a la puerta principal, miró el caminito de madera que solía cruzar cuando los visitaba y sintió una presión en el pecho. No le haría nada bien concentrarse en su perdida. Tocó a la puerta.

—Adelante. —La voz de la señora Devonton sonó desde adentro, dándole la bienvenida.

Un pequeño presentimiento se apoderó de Rose. Algo en el tono de la señora Devonton estaba mal.

Con una mano temblorosa, Rose empujó la puerta para abrirla y entró. Contuvo la respiración. La señora Devonton estaba sentada junto a su esposo con los ojos rojos. Un moretón casi negro cubría un costado de la cara del señor. El corazón de Rose dio un vuelco al mismo tiempo que se apuraba a llegar a su lado.

A señora Devonton la miró, con la cara llena de tristeza.

—Perdónanos.

— ¿Perdonarlos? ¿Por qué?

Un par de brazos envolvieron a Rose, levantándola del suelo. Ella grito, golpeando al aire, la desesperación apoderándose de ella.

—Pensaste que podrías escaparte de mí, ¿no es así? —Ella pateó con más fuerza, pero Wolfe solo la apretó más.

Rose luchó por respirar mientras él la cargaba hacia la puerta trasera.

—Suéltame. Bájame maldito pedazo de mierda.

—En su debido tiempo, mi mascota. —La subió a su carruaje y se subió detrás de ella.

Antes de que ella pudiera recobrar la compostura, Wolfe apretó su cabeza contra el asiento del carruaje.

El carruaje se puso en movimiento.

Capítulo 13

Hunter ordenó que tuvieran su carruaje listo y se retiró a su oficina. Estaría listo pronto, pero también podría ser todo un día de espera. Después de servirse un muy necesitado whisky, Hunter llevó la licorera consigo al escritorio. Un trago no sería suficiente para despejar su mente. Maldito Sinclair por poner nociones tan tontas en su cabeza. Rose jamás le pertenecería.

Recargándose en su asiento, removi6 el licor en el vaso antes de tomar un trago. La calidez del liquido calent6 su garganta y despej6 su estomago. Cerr6 los ojos para saborear la sensaci6n, pero la visi6n de Rose lista para aceptar su beso se apareci6 en su mente. Había estado tan lista y dispuesta. Sentada ahí a su lado envuelta en terciopelo, con los ojos verdes brillándole. Se empin6 el vaso, tratando de deshacerse de la imagen.

Maldita sea. Su mano temblaba cuando se sirvi6 m6s del licor color miel en el vaso. *Quizás, sea yo quien la despose.* Las palabras de Sinclair hicieron que Hunter deseara arrastrarlo hasta un bar y golpearlo. Estaba celoso por una mujer que jamás podría tener. Pero en qué bello enredo se había involucrado.

Alguien toc6 a la puerta, devolviéndolo a la realidad.

—Entra.

Joyas entro en la habitaci6n, cerrando la puerta detr6s de sÍ.

—¿Qué es est6 locura de que regresas a Londres?

—No es ninguna locura. Mis deberes aquÍ est6n completados por ahora. Ser6 de mayor utilidad en Londres.

—Estas escapando. No lo niegues. Te conozco bien. —Ella se movi6 suavemente por la habitaci6n y se inclino contra el escritorio.

Hunter mantuvo su voz baja.

—Joyas, sabes que tengo obligaciones con nuestra familia y mi título.

Imp6vida, Joyas se enderez6 y coloc6 una mano en su cadera.

—Me dio cuenta de la forma en que miras a la seńorita Woodcourt. Ella te gusta.

—Tú, mi querida hermana, estas delirando. Solo deseo ayudarla, y puedo cumplir con eso mejor en Londres. — Su mano se apret6 alrededor de su vaso. Maldita sea. Joyas claramente lo conocía mejor de lo que él se conocía a sí mismo. No importaba. El hecho era el mismo: no podía casarse con Rose.

Joyas colocó ambas manos en el escritorio y se inclinó hacia su hermano. Lo miró fijamente a los ojos.

—Eres un tonto si crees por un momento que puedes escaparte del amor.

Casi se ahogo con su whisky.

— ¿Quién dijo algo sobre amor? Puede que disfrute de su compañía, pero esto no tiene nada que ver con el amor.

¿Por qué todo el mundo continuaba bombardeándolo con esa palabra de cuatro letras? Sí. Se preocupaba por ella. La deseaba y disfrutaba de su compañía. Él no la *amaba*.

— Entonces, ¿eso es todo? ¿Te vas?

Sus palabras lo despertaron de su ensimismamiento. Asintió con la cabeza y vació su vaso de un solo trago.

—Rose es una mujer encantadora. También lo puedo ver en ella. Ella siente algo por ti. Le romperás el corazón así como el tuyo propio si continuas negando tus sentimientos. —Se enderezó pero su mirada no se apartó. — ¿A qué le tienes miedo?

Se pasó una mano por la mandíbula. Que el cielo lo ayudara. Odiaba discutir con Joyas. Odiaba mentirle aun más pero, ¿qué otra opción le quedaba?

—No le tengo miedo a nada. Simplemente no siento eso por la señorita Woodcourt. —Un nudo se le formó en la garganta junto con la mentira. Desesperado por otro vaso, se estiro para tomar el whisky.

Un golpeteo rápido sonó en la puerta antes de que Joyas o él pudieran decir algo más. Por favor, que esta interrupción sea de su lacayo. Necesitaba retirarse de aquí pronto.

Cuando la señora Oaklawn entró en la habitación, Hunter frunció el entrecejo. Maldita sea. ¿También venía a regañarlo sobre Rose? Tiro del nudo de su corbata, que enseguida se sintió tan apretada que podría estrangularlo. No podría soportar más sobre el tema.

—Mi señor. —La anciana se inclinó en una reverencia. —Lamento interrumpirlo pero me temo que Rose puede estar en peligro. —Caminó hasta el escritorio sosteniendo un pedazo de pergamino hacia él. —Esta carta llegó para ella hace unos momentos. Le advertí que no fuera. Pensé que seguiría mi consejo.

Hunter se alejó del escritorio y se levantó tan rápido que su silla se tambaleó, perdiendo su balance. Con las manos temblorosas, enderezó la silla y luego rodeó el escritorio para tomar la nota que la señora Oaklawn le

entregaba. Desdobló el pergamino y escaneo su contenido. Su corazón se saltó un latido.

—Me preocupa que el señor Wolfe haya forzado de alguna manera a los Devonton a escribir la carta, o que pueda cruzarse con ella en el camino. — La anciana se talló los ojos ligeramente con una mano temblorosa al mismo tiempo que hablaba. —No hay manera de saber cuánto tiempo lleva fuera.

Joyas colocó un brazo alrededor de los hombros de la señora. Esta se inclinó contra la joven como si ya no tuviera fuerzas.

— ¿En donde viven los Devonton?

En el otro lado del camino de madera que lleva a nuestra cabaña.

Hunter arrugó la carta en su mano. No le tomaría mucho llegar a caballo, si se apresuraba. Corrió hacia el establo con el estomago revuelto. Mataría a Wolfe con sus propias manos si el hombre lastimaba un solo cabello de la cabeza de Rose.

* * * *

Rose luchó contra el agarre de Wolfe, pero sus intentos solo hacían que él la apretara más. Su respiración se volvió pesada cuando él la apretó contra el asiento. Ella se removi6 y pate6. La sent6 apropiadamente atrap6ndola contra su cuerpo y sus brazos. El carruaje se sacudía y brincaba por el camino mientras Wolfe la mantenía atrapada.

— ¿A dónde me llevas? —Quizás si se quedaba quieta, él podría bajar la guardia. Si así era, ella podría aprovechar la oportunidad para escapar. Preferiría aventarse del carruaje en movimiento antes que permitirle llevarla a algun lado.

—A Escocia, mi mascota.

El carruaje se sacudió de nuevo, haciendo que chocara con él.

— ¿Para qué? Seguramente no tienes propiedades en Gretna Green. Jamás me casare contigo.

Él le volteó la cabeza para que lo mirara de frente.

—Oh, pero si lo harás. Y algo más, aprenderás a ser obediente. —Sus dedos se hundieron en los hombros de Rose, su sonrisa era amenazadora.

Ella enderezó su espalda.

—Jamás. Me estas llevando contra mi voluntad, atacaste a los Devonton, y has hecho Dios sabe que más. Lord Aubry me encontrará y hará que te envíen a Newgate por tus... ummph.

Él enredó su enorme mano en su cabello, tirando fuertemente de su cabeza hacia él.

Antes de que Rose pudiera apartar la mirada, los labios de él se presionaron contra los suyos. Bilis subió por la garganta de Rose. Trató de alejarse pero fue en vano. Viendo que él no cedía, abrió sus labios lo suficiente como para atrapar uno de los labios de él con los dientes y morder lo más fuerte que podía.

— ¡Maldita perra! —Wolfe se pasó un pañuelo por el labio sangriento. — Te enseñare a obedecerme como mi esposa.

Rose se lanzó hacia la puerta del carruaje, empujando con todas sus fuerzas. No cedió. El pánico se apoderó de ella. Estiro las piernas y pateo la puerta con todo su ser. Nada sucedió.

El repique de una carcajada sádica lleno el espacio.

— ¿Enserio creíste que sería tan tonto? Esta cerrada desde afuera. Sus manos tomaron la parte trasera de su vestido, desgarrando la parte del cuello.

Ella se sacudió para soltarse, aventando todo su cuerpo contra la puerta. El dolor se extendió por su hombro, pero la puerta seguía sin abrirse. Exhausta, se desplomo contra la pared del carruaje.

—Podre estar atrapada por ahora, pero en algun punto, tendremos que bajar del carruaje. Cuando lo hagamos, no podrás detenerme.

—Ya veremos eso, mi mascota. —Se recargo en el asiento de piel, con una sonrisa entretenida extendiéndose en sus labios.

—Prefiero morir que casarme contigo. Eres una criatura vil, ni siquiera mereces tocar mis pies.

La cara de Wolfe se enrojeció, probando que sus palabras le calaron.

—Lord Aubry es diez veces más hombre que tú. Me rescatará y una vez que te hayamos mandado a prisión, me casaré con él.

La mano de Wolfe la golpeó en la mejilla. El sonido de la piel chocando con la piel lleno el carruaje. Su mejilla le ardía como si hubiera metido la cabeza en un horno encendido. Él se le acercó amenazadoramente.

— ¿Ves lo que me has hecho hacer? Intento con todas mis fuerzas tratarte con amabilidad y tú me pagas faltándome al respeto. —Tiró de ella y la colocó a su lado en el asiento. —No toleraré mucho más de esta desobediencia.

—En ese caso, te sugiero que me sueltes en este instante. Jamás te mostraré algo agradable, y mucho menos cariño. Jamás tendrás mi respeto. —Respiró hondo preparándose para el siguiente golpe.

—Quizás un pequeño incentivo sirva. —La soltó pero una sonrisa llena de confianza partió su fría cara.

Este gesto le causo escalofríos. Se cambió al asiento de enfrente.

—Si continuas de esta manera, me encargare de que se cumpla tu deseo. Sugiero que calmes tu lengua, a menos que quieras terminar como tus padres.

El pulso de Rose se aceleró. *¿Sus padres?*

—Tú los mataste. —Su cuerpo se tensó.

Él se carcajeó.

—Vamos, mascota. No hay necesidad de calumnias. Tu padre se gano esa muerte trágica.

La mente de Rose giró con preguntas de las cuales no quería saber su respuesta. Aun así, tenía que saberlo. Apretó los puños a sus costados.

— ¿Por qué?

Él cruzo sus piernas y se recargó, mirándola a los ojos.

—Trató de romper el compromiso.

— ¿Así que lo asesinaste? —Una rabia como la que nunca había experimentado se apoderó de ella.

—Simplemente arregle que tuviera un accidente. Jamás lo toque.

Sus palabras quemaron su alma. Ella quería saltar a través del carruaje y estrangularlo. Necesitaba esperar el momento adecuado. Apretando los dientes, lo único que atinó a decir fue:

—Vete al diablo.

Él sonrió.

—Tu padre vino a verme el día anterior al accidente. Anuló su bendición y me dijo que ya no te entregaría. Tú me perteneces. No podía permitirle que te arrebatara de mí.

—No le pertenezco a ningún hombre, mucho menos a ti. —el carruaje dio una vuelta cerrada, golpeando su cabeza contra la pared. El dolor se expandió en su cráneo.

Rose tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Deseaba creer que Hunter estaba buscándola y que la rescataría. Pero sabía muy bien que no podía poner sus esperanzas en algo que no era cierto. ¿Cómo podía saber él en donde estaba o que era lo que había pasado?

Ella tenía que salvarse sola. El carruaje se sacudió cuando se detuvo. Ella puso atención a su alrededor.

—No sé tú, pero yo muero de hambre. Nos tomaremos un descanso del carruaje para comer algo. Espero que te comportes.

Ella sonrió dulcemente. Tan pronto como abriera la puerta, ella correría lejos de él. Incluso si la alcanzaba, será demasiado tarde. Porque lo más seguro es que en un establecimiento de comida, hubiera testigos.

—Solo en caso de que planees causar una escena, deberías saber que tengo a un hombre vigilando a tu preciada abuela. Ella experimentara un trágico accidente si hacer alguna tontería.

Su corazón se hundió. Podría estar engañándola pero, ¿valdría la pena el riesgo?

—Los Devonton y Lord Aubry también cuentan contigo.

¿Se hubiera atrevido a arriesgarse a detenerse en el primer lugar que encontrara si temiera que los estuvieran siguiendo? No, ella no creía que sus palabras fueran una amenaza vacía.

¿Ahora qué? No arriesgaría las vidas de sus seres queridos, pero tampoco podía casarse con el vil hombre enfrente de ella. No había otra opción. Ella asintió con la cabeza antes de inclinarse en una reverencia, derrotada.

—Sí, señor Wolfe.

Capítulo 14

Hunter tiró de las riendas enfrente de la casa de los Devonton y se bajo del caballo. Ató su caballo a un árbol cercano antes de subir los escalones hacia la puerta de un solo paso y tocar la puerta. El caballo de Rose estaba atado cerca del suyo. *Por favor, que se encuentre aquí.*

La puerta se abrió. Un desgastado hombre mayor asomó la cabeza, su cara estaba cubierta por un enorme moretón casi negro. El corazón de Hunter dio un vuelco.

—He venido por la señorita Woodcourt.

—No puedo ayudarlo, mi señor. —El hombre cerró la puerta de golpe.

¿Pero qué rayos? Nunca nadie le había cerrado la puerta en su cara.

Golpeó a la puerta de nuevo.

—Debo hablar con ella de inmediato. Es imperativo. Rose, si estás ahí, sal en este momento.

—Deja entrar al caballero, —dijo una mujer desde adentro. —Claramente suena preocupado por ella.

La puerta se abrió una vez más y el hombre se hizo a un lado.

—Rápido, —dijo la mujer.

Hunter entró al pequeño espacio. La puerta rechino detrás de él cuando la cerraron. Hunter miró alrededor.

— ¿Dónde está la señorita Woodcourt?

La anciana lo miró, sus ojos rebosaban con lágrimas.

—Me temo que si le decimos algo, nosotros pagaremos caro el precio.

El hombre, tal vez su esposo, se sentó a su lado, descansando una mano en su hombro.

—Lo siento. Queremos ayudarlo, pero no estoy seguro de que podamos.

Hunter notó el miedo en sus ojos. Había pensado en ofrecerles dinero para que soltaran las lenguas. Ahora, sabía que eso no sería suficiente.

—Puedo ofrecerles protección.

Los ojos de la mujer se iluminaron con esperanza antes de que volteara a ver a su esposo, quien le asintió con la cabeza.

—Por favor, díganme ha donde se ha ido.

—El señor Wolfe se la ha llevado. —La voz de la mujer tembló y una lágrima rodó por su mejilla. —Él me hizo escribir esa nota. Luego se la llevó.

El hombre apretó el hombro de su esposa.

—No dijo a donde. Aunque si dijo algo sobre matrimonio y Escocia.

—¿Hace cuanto que se la llevo?

—Hace dos, quizás tres horas.

Un puño golpeó la puerta y la pareja saltó del susto. Hunter se dio la vuelta y camino hacia esta para abrirla.

—Por favor, no lo haga. Debe esconderse. —La voz de la mujer que quebró. —Puede que sea uno de los hombres del señor Wolfe.

Si así era, hunter se encargaría de él. Quizás podría obtener respuestas sobre el paradero de Rose.

—Confíen en mí. —Les dirigió una mirada sobre su hombro, que él esperaba fuera reconfortante, antes de abrir la puerta, listo para golpear.

Sinclair entró en la cabaña.

—Vine tan pronto como Julia me enseñó la carta.

—Todo está bien. —Hunter les hizo un gesto a la pareja. Ellos se abrazaron en el sillón. —Lord Sinclair es un buen amigo. Me ha estado ayudando con la situación de Rose.

La pareja sonrió, pero las líneas de preocupación aun marcaban sus caras.

—Debo ir detrás de Wolfe y Rose. Lord Sinclair se encargara de ustedes.

—Hunter se movió hacia la puerta. —Sinclair.

—Sí.

—Llévalos a la cabaña en Roselawn de inmediato. No los dejes solos hasta que estén a salvo en mi propiedad.

Sinclair asintió con la cabeza justo antes de que hunter saliera disparado por la puerta. Tomando las riendas de su caballo, se subió en él. No había tiempo que perder. Respiró hondo y pateó al caballo para que empezara a galopar.

Podían ya estar a muchos kilómetros lejos de ahí. Su única esperanza de atrapar a Wolfe era vil hombre iba en carruaje.

* * * *

Rose se sentó enfrente de Wolfe en cerrado y oscuro cuarto. La había traído a un viejo establecimiento en la carretera principal. Una agrietada mesa de roble los separaba mientras él comía su estofado y se tomaba su bebida.

Ella fijó la mirada en una pintura descolorida que estaba colgada sobre el bar. Todo dentro de ella gritaba, el decía que corriera. Sus amenazas

rompieron sus pensamientos. Si trataba cualquier cosa, las personas que ella amaba pagarían el precio por sus acciones. Aun así, debía de existir alguna manera de salvarse sin que ellos salieran lastimados.

—No has tocado tu comida. No nos detendremos de nuevo antes de que oscurezca.

Su tono envió un escalofrío por su espalda, pero ella no retiró la mirada de la pintura.

—Prefiero morir de hambre antes que comer contigo.

El se rió.

—Ya veremos si piensas lo mismo mañana.

Un frío penetrante se clavó hasta sus huesos. Tenía que alejarse de él. Quizás esta noche, mientras él durmiera, podría escaparse. Para cuando él se levante, ella ya estaría de regreso en Londres, y la policía estaría en camino para arrestarlo.

Un plan riesgoso, pero sus opciones eran limitadas. Si podía ganarle a llegar a Londres, podría ser capaz de proteger a aquellos que él había amenazado. Necesitaría un disfraz para burlar a sus guardias. No, no podía arriesgarse a alertar a ninguno. Iría directamente con la policía. Un plan sólido... o eso esperaba.

Ella lo miró de reojo. Una gota de estofado le escurría del labio y él se lo limpio con la manga. Sus entrañas se revolviéron con asco. Newgate sería demasiado bueno para él.

Él le hizo señas a una mesera, levantó su vaso, y lo vació de un trago.

—Es tiempo de retirarnos, mascota. —Aventó unas monedas a la mesa antes de moverse a su lado. —Toma mi brazo.

Ella se levantó, pero no tenía las fuerzas para tocarlo.

—Ahora. —Le dijo Wolfe entre dientes.

Cuando ella dio un paso hacia la puerta, él la tomó del codo.

— ¿Necesito recordarte cómo comportarte como una mujer propia? —La empujó para que siguiera avanzando. —Pagaras por tu insolencia.

El conductor abrió la puerta del carruaje mientras Wolfe hacía que ella marchara hacia el interior del carruaje. La empujó adentro, subiendo detrás de ella. Una vez que la puerta estuvo cerrada, ella escuchó el seguro en la parte exterior, encerrándolos a ambos adentro. Tanto su hombro como su cadera le dolían por el abuso que habían sufrido la noche anterior conforme se enderezaba en el asiento.

El carruaje se puso en movimiento, aventándola contra el respaldo del asiento. La cabeza de Rose golpeó duro contra la pared del carruaje. La experiencia anterior debió de servirle para prepararse esta vez para el impacto. Se estiró y se sobó el golpe en la parte trasera de su cabeza.

Wolfe dio un golpecito en la ventana. Unos segundos después, la cara del conductor apareció.

—No te detengas hasta el anochecer.

* * * *

Hunter avanzó en su caballo rápidamente hacia Escocia. Se había tomado un momento para revisar los primeros establecimientos que había en el camino, pero nadie había visto a alguien que encajara con la descripción de Rose o Wolfe. Solo había sido un error que le había costado valioso tiempo.

Su mejor opción era llegar a Gretna Green antes de que Wolfe lo hiciera. Ese tenía que ser el destino final. Una licencia de matrimonio no era sencilla de conseguir, especialmente cuando la novia no estaba dispuesta a casarse. Así que, ¿cómo pretendía Wolfe hacer que ella cooperara? Incluso en Gretna Green, no podías forzar un matrimonio con una novia indispuesta.

Se le revolvió el estomago. Wolfe pudo haber hecho un sinfín de cosas para forzar la mano en matrimonio de Rose. Si tan solo pudiera encontrarlos en el camino. Salvarla de lo que fuera que Wolfe tuviera planeado para obligarla a ceder.

El enojo hirvió dentro de él y forzó a su caballo a andar más rápido. Cabalgaría toda la noche, deteniéndose únicamente para cambiar de caballo. Una vez que la encontrara, mandaría a Wolfe a prisión. Ver al hombre muerto sería más satisfactorio, pero Hunter no era un asesino. Por mucho que deseara poder matar a Wolfe por sus transgresiones, sabía que eso no les serviría de nada.

Un establecimiento apareció en el camino. Se detendría para cambiar de caballo ahí. Las últimas horas de cabalgata rápida estaban agotando al animal y comenzaba a anochecer. Sería más fácil conseguir un caballo descansado mientras aun había un poco de luz. Su caballo no se resistía al paso, pero no le serviría cabalgar el animal hasta su muerte.

Las ruedas de un carruaje sonaron detrás de él. Hunter miró hacia atrás. ¿Wolfe? Tiró de las riendas disminuyendo la velocidad. Su corazón le latía con fuerza, y estudio el carruaje conforme lo rebasaba. Las cortinas estaban

abiertas de par en par, revelando un solo viajero en su interior. Una cresta grande cubría la puerta. Su corazón se hundió. No era Wolfe. Apretó sus piernas alrededor del caballo, empujándolo a acelerar. La posada estaba solo a unos kilómetros enfrente.

Se tomaría un momento para preguntar en el interior antes de continuar hacia Escocia. Quizás alguien pudo haber visto a Rose o a Wolfe. Incluso si viajaban en carruaje (Dios, esperaba que así fuera), tendrían que haber parado en algún punto para cambiar de caballos. Dirigió el suyo hasta el muchacho parado cerca de la entrada de la posada.

—Necesito un caballo descansado de inmediato. —Hunter se bajó de su caballo, entregándole las riendas al muchacho.

—Enseguida, mi señor.

—Dígame, ¿ha visto a una mujer de cabello castaño y rizado y ojos verdes pasar por aquí?

—He visto a muchas mujeres que encajan con la descripción.

—Esta mujer es bajita, sus ojos son del tono del césped. Huele a madreSelva y se le vio la última vez usando un atuendo para cabalgar de terciopelo azul.

El muchacho asintió con la cabeza.

—He visto a una mujer recientemente que encaja con la descripción.

— ¿Dónde la vio? ¿Cuándo?

—Llegó aquí con un hombre hace unos veinte minutos. Me ordenó acomodar sus caballos junto con el carruaje, pero me dijo que estuvieran listos para partir a primera hora de la mañana. Se me hizo extraño porque ella parece ser una dama pero el hombre definitivamente no parece parte de la aristocracia.

Hunter supo que su sonrisa era malvada cuando el muchacho retrocedió. Metió una mano en su bolsillo y le entregó una moneda.

—Hiciste bien, muchacho. Que esto se quede entre nosotros. Apúrate con ese caballo nuevo y yo continuare con mi camino.

El muchacho sonrió antes de darse la vuelta para cambiar los caballos.

Hunter se movió en silencio hacia un costado de la posada y se recargo en la pared. No podía dejar que Wolfe se diera cuenta. Si hacía notar su presencia, el hombre podría hacer algo precipitado. Rose podría salir herida.

Capítulo 15

Hunter se talló los ojos para quitarse el sueño al mismo tiempo que caminaba entre dos robles al otro lado de la calle, frente a la posada. Había estado despierto toda la noche, luchando contra el sueño constantemente, pero sin quitar sus ojos del lugar. Aun no tenía idea sobre qué hacer con la situación. No podía entrar al lugar y romper puertas, como quería.

Se paso una mano por la mandíbula. Pronto amanecería. Tendría que actuar o arriesgarse a perderla. Lo último no era una opción. Caminó hacia su caballo y le paso una mano por el cuello. Una vez que rescatara a Rose, recogería su propio caballo. Sería necesario asegurar un carruaje también, para su regreso a Roselawn.

Los primeros rayos de sol se asomaron por el horizonte, haciendo que el cielo tuviera varias sombras de rosa. Bueno, era ahora o nunca. Hunter mando una plegaria al cielo conforme avanzaba hacia la posada.

Un muchacho diferente estaba parado cerca de la entrada, no era el mismo de anoche. Este era más alto y un poco más ancho de los hombros. Parecía tener varios años más también.

—Mi señor. —El muchacho le hizo una reverencia.

Una idea se formo en la mente de Hunter y le sonrió al muchacho.

— ¿Podrías ayudarme?

—Sí, mi señor. Solo necesita pedirlo.

— ¿Eres de confianza? —Sabía que así era, pero aun así sintió la necesidad de preguntar.

El muchacho asintió con la cabeza.

—Mi madre dice que es mi mejor cualidad.

—Muy bien. Esto es lo que necesito. —Hunter se inclino para susurrarle su plan al oído. — ¿Crees que puedas hacer eso?

El muchacho lo miró a los ojos.

—Sí, mi señor.

—Perfecto. —Cuando Hunter le entregó un par de monedas, los ojos del muchacho se abrieron como platos.

—Esto es demasiado dinero, mi señor. —Una sonrisa amplia se formo en sus labios.

—Si todo sale de acuerdo al plan, cuenta con aun más dinero.

—No lo decepcionare, mi señor.

Hunter asintió con la cabeza antes de agacharse y moverse hacia un costado de la posada. Se agachó alado de un arbusto, manteniendo su espalda contra la pared del lugar. En alguna parte a la distancia, los pájaros cantaban y un caballo relinchó. Las últimas estrellas de la noche desaparecieron en el brillante cielo. Ya no faltaba mucho.

—Ordene que mi carruaje estuviera listo a primera hora. ¿Dónde está, maldito incompetente? —La voz de Wolfe resonó a la vuelta de la esquina.

Hunter contuvo el aliento, esperando a que el muchacho contestara. Su pulso latía en su garganta.

—Me temó que hubo un incidente. Es mejor que venga a ver.

Hunter sonrió. *Perfecto*. El tono del muchacho desbordaba confianza, sin revelar nada.

— ¿Qué es esta tontería? —Gritó Wolfe. —Detén estos disparates y tráeme mi carruaje. ¿No ves que mi esposa está lista para retirarnos?

La furia se esparció por el cuerpo de Hunter. Le tomó cada pizca de control permanecer en su lugar. Aflojó sus puños. Aun no.

—Enserio necesita venir y verlo con sus propios ojos, señor.

—Esto te costara el trabajo. Ven conmigo, cariño.

El crujir de las piedras se combino con el dolor de cabeza de Hunter. El plan había fallado. Se enderezó y corrió al otro lado del edificio.

Wolfe agarró a Rose, acercándola más a su cuerpo.

—Lord Aubry, que amable de su parte al aparecerse aquí. Le sugiero que se detenga ahí. —Sacó una pistola de su enorme abrigo y la sostuvo contra la cabeza de Rose.

Hunter se congeló. El sentido de protección se presentó en su cuerpo de inmediato. No podía permitir que Wolfe tomara a su Rose. La cara de ella estaba pálida, sus ojos se llenaron de pánico. Hunter miró a Wolfe.

—No quieres lastimarla.

—Así es. —Apuntó el arma hacia Hunter. —Preferiría verte muerto a ti. —Wolfe apretó el gatillo.

— ¡No! —Rose gritó y agitó su brazo golpeando a Wolfe conforme el arma se disparaba.

El muchacho se lanzó contra Wolfe, tumbando a ambos al suelo y aterrizando con un enorme estruendo. El arma patino hacia las piedras.

Hunter se lanzó hacia adelante, tomando la pistola. Las piedras le rasparon las manos y el polvo le quemó los ojos. Cerró sus dedos alrededor

del arma, ignorando la fuerza de los latidos de su corazón.

—Quítate de encima. —Wolfe rodo hacia un lado, apretando al muchacho debajo de su cuerpo antes de pararse.

Hunter sostuvo la pistola hacia él.

—No iras a ningún lado, Wolfe. —Asintió con la cabeza hacia el niño.

—¿Muchacho?

—Sí, mi señor.

—Ve adentro de inmediato y trae ayuda.

—Ella me pertenece. —Wolfe se lanzó contra Rose, llevándola al suelo. Colocó sus manos alrededor del cuello de ella, apretándola contra la polvorienta entrada. —Prefiero matarla a dártela a ti.

Hunter se colocó la pistola en su abrigo y se lanzó contra Wolfe, tumbándolo lejos de Rose. El hombre lanzó un puño, conectando con la mandíbula de Hunter. Los gritos de Rose llenaron el aire.

—Aléjate de él, Wolfe. —El enojo irradiaba de su voz. Tomó el abrigo de Wolfe, pero él se sacudió para soltarse, empujándola al suelo.

Hunter le propino un golpe solido a Wolfe en la sien. Wolfe cayó al suelo y sus ojos se cerraron. Hunter se levantó, sacudiéndose los pantalones.

Rose corrió hacia él y lo abrazó fuertemente.

Él la sostuvo en sus brazos, hundiendo su cara en el cabello de ella. Su corazón se hincho de alivio, pero también algo más.

—Déjame llevarte a casa.

Ella parpadeo.

—¿A mi cabaña?

—Me temo que nos llevara un poco más de tiempo recuperar tu hogar. —Le paso un dedo por una mejilla, limpiando una lagrima. No podía dejarla ir.

—Rose, he sido un tonto. Te amo. Te he amado desde la noche en que te encontré en pantalones, pero me negaba a admitirlo, incluso hacía mí mismo.

—Se inclinó un poco para besarla en la frente. —Ahora veo lo testarudo que fui. ¿Podrías perdonarme?

Una sonrisa se apareció lentamente en sus labios rosas.

—Trate de no... No quería... sabía que no podíamos. —Apretó los labios, deteniendo el remolino de oraciones sin sentido que trataban de salir de su boca. —Yo también te amo.

Él se inclino para besarla plenamente. Ella abrió sus labios y su lengua se adentró en la boca de ella, devorando su dulzura. ¿Cómo es que pudo siquiera considerar dejarla ir? Se separó de ella, mirándola a los ojos.

—Escápate conmigo.

—No puedo. Tú eres un Lord. —Ella miró a otro lado. —No es correcto. Él puso sus dedos debajo de su mentón y guió su mirada de regreso a él.

—A veces lo es, y me importa un comino lo que la sociedad dicta. Te amo. Quiero que seas mi esposa. Di que te casaras conmigo.

—No hay nada que quiera más. —Su sonrisa tembló y sus ojos brillaron con alegría.

Se inclinó de nuevo, uniendo sus labios con los de ella. Ella se acopló a sus movimientos mientras ella la abrazaba más cerca, sus lenguas se removían juntas en un baile de pasión.

—Aquí está, en el suelo. —La voz del muchacho resonó alrededor.

Hunter se dio la vuelta, rompiendo el beso. Un hombre se arrodillo en el suelo, entre él y Wolfe, el muchacho espero a unos pasos detrás del hombre.

—Soy policía. Me aseguraré de que este hombre llegue a Newgate.

Hunter caminó junto con Rose hasta el muchacho. Parecía que ya no podía soltarla. Ni siquiera por un segundo.

—Fuiste de gran ayuda hoy.

—No fue nada, mi señor.

Hunter busco en su bolsillo y saco un puño de monedas.

—No seas modesto. Arriesgaste tu vida por nosotros. —Colocó las monedas en la palma de la mano del muchacho.

—No lo hice por las monedas.

—Lo sé. Quiero que te las quedes.

El muchacho miro el dinero, y sonrió antes de cerrar el puño.

— ¿Puedo saber tu nombre? —Hunter le ofreció una sonrisa.

—William Bontray, mi señor. —El muchacho levantó el mentón.

Hunter apretó cariñosamente a Rose.

—William, parece que la dama y yo nos vemos en la necesidad de un carruaje y un chofer. Me gustaría contratarte como tal. Una posición permanente como su chofer.

Una enorme sonrisa apareció en los labios del muchacho.

— ¿Yo?

Hunter miró a Rose.

—No se me ocurre nadie mejor apropiado para el trabajo. —Se recargo en Hunter.

Él la sostuvo por la cintura.

—Tampoco a mí.

—Estoy honrado, mi señor. Preparare un carruaje y partiremos de inmediato. —William corrió hacia el establo.

* * * *

Rose no pudo superar por completo los eventos de la semana pasada. Hunter había matado a su lobo predador, poniéndola a salvo. Él era su héroe, lo aceptara o no.

Habían llegado a Escocia la noche anterior, pero Hunter había insistió en esperar para visitar al herrero en Gretna Green. Quería que ella tomara un baño y tuviera un vestido nuevo para casarse, insistiendo en que solo planeaba casarse con el amor de su vida una vez y quería que fuera perfecto.

Su corazón se hincho con el recuerdo mientras ella lo miraba por encima del yunque. De alguna manera, la abuela, Lady Julia y Sinclair habían llegado a Escocia. El trío estaba parado cerca, observándolos. No sabía cómo es que todo había sucedido, pero el día de hoy no podía ser más perfecto.

Ella repitió las palabras de matrimonio, su corazón rebosaba de amor.

La sonrisa de Hunter jamás desapareció de su cara. Con los pulgares, acariciaba sus manos formando círculos durante la ceremonia, con la mirada fija en ella. Cuando fueron anunciados como marido y mujer, él rompió el espacio entre ellos y la abrazó fuertemente.

Ella lo miró sonriendo.

Él tomó su boca, besándola hasta dejarla sin aliento, sellando sus votos.

Ella envolvió su cuello con los brazos, entregándose completamente, cediendo ante su lengua, sin guardarse nada.

El se retiro y la miró directo a los ojos.

— ¿Nos embarcaremos en el resto de nuestras vidas, esposa?

Ella se mordió un labio hinchado.

—Así será, esposo. —La palabra la hizo sentirse mareada de felicidad. En ese momento, Rose supo que sería amada hasta el final de sus días.

Dale la vuelta a la página para leer un extracto del libro número dos de la serie de Amor de Amanda Mariel.

Cautiva Del Capitán

Próximamente

Prologo

Boston, Massachusetts, 1815

Prudence Drake inclino su cabeza, mirando a Papá por encima de su taza.

—No puedes irte tan pronto. Solo han pasado quince días desde tu último viaje. —Detestaba quedarse sola mientras Papá viajaba en el océano. No había aventuras nuevas que tomar aquí en Boston y, aunque le gustaba su hogar, no tenía idea como manejarlo. Simplemente tenía que convencerlo de que la llevara consigo.

Él se recargó en su asiento aterciopelado y cruzo las piernas, con la taza de té en la mano.

—Esto es por negocios, pequeña. Regresare enseguida. A penas y notarás mi ausencia.

A los veinte uno, ya había sobrepasado las expectativas de su apodo, pero aun le gustaba que la llamara así. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Llévame contigo.

—Iré a Londres. Puede ser un viaje peligroso. No es como si solo viajáramos a lo largo de la costa, como estas acostumbrada.

—Por favor. —dijo ella tratando de engatusarlo, poniendo su mejor cara de puchero. —No te causare problemas. Lo prometo.

Durante sus cortos veintiún años, solo habían sido ella y su Padre. Mamá murió dándola a luz, y aunque a veces deseaba tener una madre, siempre deseaba estar junto a su padre. Algunos de sus recuerdos más preciados eran navegando con su padre. Quizás su conexión era mucho más fuerte por todo el tiempo que han pasado juntos, solo ellos dos.

Él se paso una mano por la barbilla.

—Tú no me causas problemas jamás, pequeña. Como sea, tú perteneces aquí. ¿Quién se encargara de que todo aquí este en orden, si vienes conmigo?

—El señor Stratford es capaz de hacerlo. Conoce mucho mejor el negocio que yo. —Colocó su taza de té en la mesa. —Lo has estado entrenando durante años.

—Cierto, pero yo me refería a la propiedad.

—Oh Papá. Me importan n comino las responsabilidades domesticas, y tú lo sabes bien. —Levantó su cabeza desafiándolo. —Nuestros sirvientes

pueden encargarse de todos los asuntos de la casa. Se las arreglaran perfectamente aun sin mi presencia.

Papá se rio, sus ojos se le iluminaron.

—He temido que esa deficiencia te mantenga soltera; eres afortunada de que el señor Stratford se haya fijado en ti. —Miró una foto de su madre en el escritorio. —Quizás debí de haberme casado de nuevo. La guía de una mujer te hubiera beneficiado.

—No te fijes en el pasado, Papá. No cuando el futuro luce tan brillante.

El señor Stratford era un hombre amable y lo suficientemente guapo. Sería un gran esposo. No había ni una chispa, ni emoción entre ellos, pero el tiempo podría cambiar eso. Él la cortejaba de una manera admirable y todo el mundo asumía que pronto ofertaría por ella. Más importante aún, Papá quería que la unión sucediera.

—Realmente brillante. Y una razón más para que te quedes aquí.

Ella se mordió el labio, una idea comenzaba a tomar forma en su mente. Quizás... sí, podría funcionar.

—Papá, si me llevas contigo, puede que le dé al señor Stratford la oportunidad de extrañarme. Un pequeño empujón para que realice la petición de mi mano. —Se inclino hacia su padre. —La distancia crea cariño en el corazón, como bien dicen.

Papá soltó un suspiro exasperado.

—No pretendes dejar el asunto en paz.

—No hasta que digas que puedo ir contigo. No me dejes aquí, Papá. —Miró a los ojos viejos y verdes de su Papá, esperando su consentimiento.

Él se inclinó hacia adelante, estudiando su cara, con los dedos entrelazados.

—Sera un largo, y a veces duro, viaje.

—Disfruto ir a bordo de un barco. —Ella le dio lo que esperaba fuera una sonrisa confortante. —Y sabes que se cómo comportarme. Incluso ayudar, si es necesario. Me has visto escalar aparejos y reparar fugas. Me siento más cómoda en un barco que aquí en la casa.

La sola idea de manejar una propiedad la hacía desear retirarse del lugar. Nunca había tenido la fuerza para darles órdenes a los sirvientes, organizar eventos, o pedir suministros entre otras cosas. Las amas de llaves eran las que se encargaban de esas cosas. Prudence hizo un enorme esfuerzo por aprender en manejo de una propiedad pero nunca sobresalió en esa tarea.

—Las cabinas son pequeñas. Mucho más pequeñas de las que has experimentado anteriormente. —Él tomó un sorbo de su té.

—No requiero de mucho espacio. Yo soy pequeña también. —Levanto sus rodillas hacia su pecho y se abrazó las piernas para demostrarlo. Una cabina pequeña era preferible a que la dejaran atrás, y no mentía. No requeriría de un cuarto más grande porque no llevaría tantos listones y vestidos.

Él colocó su taza a un lado y la estudió.

— ¿Estás preparada para compartir una pequeña cabina con tu sirvienta? Su corazón se hincho. Había ganado esta batalla. El destello en los ojos de Papá le decían la verdad.

—Lo espero con ansias. Louisa ha estado conmigo por tanto tiempo que se ha convertido en una amiga. Será una aventura divertida.

La mirada de Papá se suavizó.

—Muy bien. Puedes acompañarme. Has que Louisa empaque tu baúl y prepárate para zarpar al amanecer.

Prudence se levantó y se paró a su lado antes de darle un beso en la mejilla.

—Gracias. No te arrepentirás.

—Eso espero, pequeña. —Le dio unas palmaditas en la mano. —Ahora, ve a dormir.

—Buenas noches, Papá. —Prudence camino hacia la puerta y añadió un brinquito en un paso.

—Dulces sueños, amor.

—Solo los más dulces. —Lanzó una sonrisa sobre su hombro. —Y en la mañana, los viviremos.

Capítulo 1

Océano Atlántico, 1815

— ¡Barco a la vista! —El aviso llegó desde la cola.

Jasper Blackmore levantó su catalejo para revisar. Lo que encontró provocó que la emoción corriera por su sangre. Una balandra pirata, y a juzgar por la actividad en la cubierta, recientemente había estado luchando.

—Es el *Amanecer Negro*, y luce llena. —Le entregó el catalejo a su maestre, Reed Hawkins. —Echa un vistazo.

Parecía que había pasado toda una vida desde que Jasper dejó el puesto de duque para pelear contra Napoleón. Jamás se hubiera imaginado en aquel entonces que se convertiría en un pirata empeñado en navegar por los mares llenos de sabandijas sin piedad junto con su primo, Hawkins, como su mano derecha.

—Parece que hemos encontrado un blanco, Capitán. —Hawkins bajo el catalejo y le sonrió astutamente.

—Deberían ser una presa fácil. Su mástil parece estar dañado. —Jasper miró de nuevo por el catalejo. —Y parece que también nos están viendo.

Ya había tenido sus enfrentamientos con el *Amanecer Negro* antes. Eran un manojo de repugnantes hombres que no les molestaba matar inocentes. No les permitiría escapar hoy. No era que disfrutaba de matar otros hombres (enserio que eso no le gustaba) pero después de todo lo que había visto y sufrido, no permitiría que la tripulación del *Amanecer Negro* presenciara otro amanecer.

Su mente divagó hacia sus días como un corsario de la corona. Los gritos de los hombres heridos y moribundos después de que la tripulación del *Amanecer Negro* los atacara. Habían sido débiles, después de haber sufrido daños en una pelea anterior y al estar cortos de pólvora para las armas. Los hombres de Jasper habían luchado con todo lo que tenían pero al final, más de la mitad de la tripulación pereció.

Hawkins asintió con la cabeza.

—Los superamos en cantidad y armas. Empecemos con la persecución. Jasper se dio la vuelta para darle órdenes a su tripulación.

—Hombres, a sus estaciones. Cazaremos al *Amanecer Negro*. Carguen los cañones de estribor y quiero a Styles en el arma delantera.

Styles Wither era el mejor artillero que Jasper hubiera tenido el placer de comandar. Entre la velocidad de su barco y su experta tripulación, aun no encontraban a un extraño que no pudieran derrotar. Hoy no sería la excepción. Ganarían la batalla y se quedarían con las ganancias.

Cerró los dedos alrededor de la empuñadura de su espada conforme la anticipación de la batalla calentaba su sangre. Esto era para lo que vivía, el mar abierto, la camarería de sus hombres y la emoción de la batalla. El hecho de que su estilo de vida irritaba a su padre solo endulzaba las cosas. Hasta donde le concernía al duque, Jasper había dejado de existir cuando él se enfrentó a puñetazos con su hermano mayor después de que la mujer a la cual estaba cortejando, la señorita Anna, lo había despreciado por el heredero al puesto de duque. Padre le había ordenado a Jasper que se inclinara ante su hermano, olvidando la traición, y que se comportara como un caballero. Eso no sucedería. Jasper se fue de casa y jamás miró atrás, aunque si le seguía escribiendo a su hermana y a su madre. El duque debió de estar muy enfadado con su hijo el pirata, un hecho que encajaba a la perfección con Jasper.

Jasper se acercó al timón en la cubierta principal conforme la distancia entre el *Amanecer negro* y el *Marion* se acortaba. El lisiado *Amanecer Negro* no podría escapárseles. Tal y como su tripulación había sufrido hace ya tantos años. Levantó su catalejo de nuevo y sonrió.

Una ráfaga de actividad y llamados a la guerra recorrían las cubiertas conforme sus hombres se movían alrededor preparándose. Sacudiendo sus espadas, corrían a sus estaciones, tomando sus posiciones detrás de las armas, al igual que con los cañones y aparejos. Preparaban los cañones conforme los chicos que cargaban la pólvora corrían de un lado a otro por las cubiertas. El aire se llenó de un deseo por la batalla que alimentaba las ambiciones de todos.

Jasper regresó su atención a Hawkins, golpeándolo en el hombro.

—Hoy será un buen día. —Por fin tendría su venganza, y en el proceso, él y sus hombres se llevarían las riquezas del barco.

—No me queda duda, Capitán. —Hawkins se dio la vuelta para gritar unas cuantas órdenes más antes de mirar a Jasper de nuevo. —Ya casi estamos en posición.

Un ligero escalofrío recorrió la espalda de Jasper. Habían pasado años desde su último encuentro con el *Amanecer Negro*, ¿y si había sobreestimado a su tripulación o subestimado al del *Amanecer Negro*? ¿Sería posible que

hubiera firmado las garantías de muerte de su tripulación al iniciar este ataque? ¿Qué pasaría con el orfanato sin su apoyo continuo?

Tragó saliva alejando sus dudas. Su tripulación era la mejor que se podía tener. *Marion* era el barco más fuerte del océano. Nada saldría mal hoy. Ellos verían la puesta de sol y todos se beneficiarían de este ataque.

Jasper apretó aun más la empuñadura de su espada.

—Espera un poco más. Un par de minutos más y podremos expulsarlos del océano.

—Le ordenaré a Styles que se deshaga de lo que resta de su mástil. — Hawkins comenzó a avanzar hacia la parte delantera.

La sugerencia pondría un fin rápido a la batalla, pero parecía demasiado sencillo. Tenía que darle al otro barco la oportunidad de defenderse. ¿Cómo podría verse al espejo la mañana siguiente si los derrotara desprevenidos justo como le había sucedido a él?

—Espera, —le dijo Jasper.

Hawkins se dio la vuelta, alzando una ceja.

— ¿Para qué?

La irritación comenzó a surgir en la parte trasera del cuello de Jasper.

—No es tu tarea cuestionar mis órdenes.

—Mis disculpas, Capitán. ¿Cuál es su plan para el *Amanecer Negro*, si no es el de destruir su mástil?

Sería un hombre mejor. Les daría la oportunidad de defenderse.

—El barco ya está lisiado. Su mástil está fracturado. Sería demasiado sencillo explotarlo por completo. Quiero una batalla propia. —Jasper tenía la reputación de ser tanto feroz como justo. Era conocido solo por atacar piratas y dar alojamiento cuando era apropiado. Su tripulación y su barco eran temidos y respetados por igual por los demás capitanes. No dañaría su reputación al tomar la vía rápida con el *Amanecer Negro*. Nadie jamás lo llamaría un cobarde o lo acusaría de ser un asesino de sangre fría.

La diversión se marco en el rostro de Hawkins.

—Soy todo oídos.

—Dile a Style que no dispare aun. Dañaremos la cubierta y los aparejos primero. Mostremos la fuerza suficiente para ganar su sumisión. Quiero mirar al Capitán Gregor a los ojos antes de hacerlo pagar por sus ofensas. —El hombre sabía lo que había hecho y quien lo estaba haciendo pagar por ello.

—Muy bien. —Hawkins camino por el barco haciendo saber sus órdenes.

Unos cuantos disparos bien colocados y la tripulación de Jasper estaría lista para abordar el *Amanecer Negro*. Sus hombres liberarían su carga, y luego mandarían al lisiado barco al fondo del océano. Con todo y tripulación. Gregor y su tripulación jamás lastimarían a ningún otro inocente o se aprovecharían de cualquiera incapaz de defenderse.

* * * *

Prudence se apresuro a sentarse en cuando el sonido de un cañón disparándose irrumpió el aire. ¿Podría esto estarle pasando *de nuevo*? No. No era posible. Seguramente sería rescatada. No podían ser más piratas luchando contra su amarre esperando que el barco que atacaba la salvara. Por favor, que sea la Armada. Por favor, que sea su salvación.

Le ardían las muñecas de tanto luchar contra las cuerdas. Aun así, tenía que tratar de soltarse. Otro disparo rompió el aire y ella se agachó por inercia, su corazón latía con fuerza conforme el barco se estremecía. ¿Y si el barco se hundía con ella atada a la maldita cama? Se ahogaría sin que nadie supiera que es lo que le había pasado a ella. ¿Quién se ocuparía del negocio familiar? ¿Quién recordaría a Papá y a Louisa? Se sacudió estos pensamientos de la mente. No había tiempo para tales reflexiones. Estaría de luto después. Se preocuparía por el futuro una vez que estuviera libre para hacer algo al respecto. Ahora, tenía que concentrarse en sobrevivir.

Respirando hondo, miró alrededor del escaso y oscuro cuarto. *Piensa, Pru*. Un sonido metálico fuerte atrajo su atención hacia la mesa donde un destello metálico atrapó su mirada. La batalla debió haber causado que se cayera. Estiró una pierna hacia el objeto, agradecida de que el bastardo que la tomó no la haya atado *en* la cama. En vez de eso, la dejó en el suelo, atándola justo donde había caído, junto al marco de madera de la cama. Se forzó y estiró su pie descalzo hacia el objeto, pero permanecía fuera de su alcance. Sus muñecas gritaban conforme el dolor se esparcía por ellas y por sus brazos mientras ella trataba de colocarse boca abajo.

Ignorando las quejas de sus adoloridos músculos, continuó estirándose hacia el objeto. Finalmente, pudo alcanzar la fría y dura superficie y la agarró con los dedos. Un cuchillo, tenía que serlo, y añadió una herida más a su cuerpo al hacerlo. Se mordió el labio inferior mientras trabajaba por acercarse a la cuchilla, ignorando el ardor de la nueva herida. Arqueó la espalda y tomó el cuchillo con las manos, antes de rodar para sentarse.

Otro disparo de cañón le envió escalofríos por la espalda, la cuchilla se cayó de sus temblorosos dedos, chocando con el piso de madera. Apretó los labios y movió los dedos, buscando el cuchillo de inmediato.

Con el cuchillo de nuevo en sus manos, trató de cortar las cuerdas que la sujetaban. Los duros pasos de unas botas pesadas sonaban justo arriba de ella, llevando el ritmo de su corazón. Ella movió el cuchillo rápidamente, con la desesperación al borde. Las cuerdas cayeron y ella se levantó.

Le ardían las muñecas pero no tenía tiempo de examinarlas o atenderlas. Corrió hacia la puerta, los pies le ardieron con cada paso, y tiro de la manija. Para su sorpresa se abrió con facilidad, enviándola de espaldas sobre el rastro de sangre que dejó. Parecía que el maldito bastardo no contaba con que ella escapara.

Se levantó antes de continuar con su camino hacia el pasillo. Apretando su corpiño roto con una mano y el cuchillo en la otra, avanzó por el estrecho pasillo. Si podía escabullirse hasta la cubierta, tal vez tendría la oportunidad de sobrevivir. Sus pisadas ensangrentadas revelarían su ubicación de inmediato, pero con suerte, para cuando los piratas siguieran el rastro, ya la habrían salvado. Tenía que tener fe, tenía que seguir intentando. No tenía tiempo de vendar la herida.

Se detuvo ante la escalinata. Un hombre alto con cabello de color rubio oscuro y ojos azules estaba al otro lado, lanzando una sombra alta hasta ella. El brillante sol se filtraba a su alrededor haciéndolo lucir como un ángel oscuro. Ella estudio la cicatriz en forma de luna creciente en su mejilla por un momento antes de mirarlo a los ojos.

Con el corazón acelerado, sostuvo el cuchillo enfrente de ella.

—Te mataré antes que permitirte que me toques.

—No pretendo lastimarla, señorita. —Comenzó a bajar la escalera hacia ella.

—Detente justo ahí. —Exigió ella, apuntando el cuchillo en su dirección. El hombre sonrió.

—Soy el Capitán Blackmore del *Marion*.

Ella se tragó la urgencia de confiar en su amigable sonrisa. Podría estarla engañando con una seguridad falsa. Ella apretó aun más el cuchillo y dio un paso hacia atrás. Algo en su tono le decía que debería confiar en su declaración. Aun así, nada de lo que decía tenía sentido para ella. Solo deseaba salir de este barco antes de que perdiera la habilidad de respirar. Este

hombre no llevaba un uniforme de la Armada. Como fuera, se llamaba a sí mismo Capitán...

— ¿Ha venido a rescatarme?

—Sí. Si es que necesita ser rescatada. —Él bajo un escalón más.

Ella retrocedió.

—Entonces, ¿viene con la Armada?

Él se rió.

—Por Dios, no. Soy un pirata.

Su sangre se enfrió, el pánico se apoderó de ella. Los piratas habían causado todos sus problemas. Habían asesinado a la gente que amaba y se llevaron su barco. En este momento, ella era la prisionera de un pirata que buscaba salvarse a si misma de cualquiera que fuera el horrible destino que él tenía para ella. No podía permitir que otro pirata se la llevara. No lo permitiría. Se enderezo y respiro hondo.

—Entonces puede escabullirse de nuevo a la cubierta. No iré a ningún lado con ningún pirata. —Apretó el cuchillo en su mano. El cabello en la parte trasera de su cabeza se levantó conforme la mirada del hombre bajo a sus pies ensangrentados, subiendo lentamente hasta sus ojos.

Brinco en la escalera y tomó su muñeca antes de que ella pudiera moverse.

—No me vas a cortar las vísceras hoy. En cuanto a piratas, parece que ya estas con uno.

—No por decisión propia. —Prudence lucho, sacudiendo su brazo y pateándolo. —Suéltame, enorme bruto.

Él se inclino hasta que su respiración tocó su mejilla.

—Pretendo hundir este barco. Puedes venir conmigo o hundirte hasta el fondo del océano.

—No hare ninguna de las dos cosas. —Ella se sacudió el brazo con todas sus fuerzas. Nada le agradaría más que presenciar la caída de sus captores. A pesar de su deseo de venganza, no se iría con el pirata enfrente de ella. Él podía matar, saquear, y hundir todo lo que quisiera, pero ella no se quedaría con él.

Él la soltó y ella cayó al suelo, el cuchillo se le escapo de las manos y se deslizo hasta el pasillo. Ella se arrastró hasta alcanzar su arma, pero él la atrapó, levantándola del suelo y abrazándola. Ella contuvo la respiración cuando sintió su duro cuerpo contra el suyo.

—No seas tonta, muchacha. ¿Qué pretendes hacer? ¿Nadar hasta la costa más cercana? Jamás lo lograrías. Soy tu única esperanza de ver otro amanecer. —La miró a los ojos. —Créeme.

¡Pero qué exasperante! ¿Creía que era una tonta?

—La confianza no es algo que concedo fácilmente.

Él no habló solo continuo mirándola.

Ella se mordió el labio inferior en un intento de acomodar sus pensamientos. La honestidad brillaba en la profundidad de sus ojos azules y fríos. Por mucho que ella quisiera, no podía discutirle ese punto.

—Muy bien, pero requeriré de mi cuchillo.

— ¿Para que puedas cortarme la garganta? No lo creo. —Él le sonrió traviesamente.

—La confianza es un camino de dos sentidos.

—Empecemos sin armas. —Él retiro su mirada de ella, hacia la parte superior de la escalera.

Lo último que ella deseaba era encontrarse desamparada en el agarre de otro pirata sediento de sangre. Tenía que intentar de influenciarlo. Para mantener alguna especie de control sobre su vida.

—Requiero de mi cuchillo para protección, —protestó.

La empujó hacia la salida.

—Yo soy toda la protección que vas a necesitar. Ahora, apúrate.

Confianza. Ya le enseñaría.

TITULOS DE AMANDA MARIEL

Ladies and Scoundrels series:

Scandalous Endeavors

Scandalous Intentions

Scandalous Redemption

Proximamente en la serie de Ladies and Scoundrels

Scandalous Wallflower

Fabled Love

Enchanted By The Earl

Proximamente en la serie de Fabled Love

Captivated By The Captain

Stand alone

Love's Legacy

Conjunto de libros y Antologias

Once Upon A Regency

Romantic Favorites

Wildly Romantic

Scandalous Scoundrels

SOBRE LA AUTORA

El autor más vendido del USA Today, Amanda Mariel, sueña con los días pasados cuando la vida se movía a un ritmo más lento. Le gusta tomar la pluma y papel y explorar períodos de tiempo históricos a través de su imaginación y la palabra escrita. Cuando no está escribiendo, se le puede encontrar leyendo, tejiendo, viajando, practicando sus habilidades de fotografía o pasando el tiempo con su familia.

Visita www.amandamariel.com para más información sobre Amanda y sus libros.

~Conmovedores romances históricos que te dejan sin aliento ~

Muchas gracias por tomarte el tiempo para leer este libro.

¡Tu opinión importa!

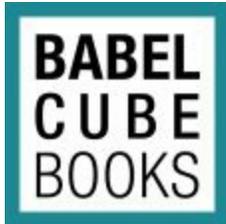
Por favor, tomate un momento para calificar este libro en tu sitio web favorito
y comparte tu opinión con otros lectores.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com